

se

Selección

TERROR

BOLSILIBROS

TERROR

extra

EL PUÑAL
DE PLATA

**Burton
Hare**



Mañana debo llegar al castillo de Shadow Hill. El hombre de la estación dio un respingo y su cara se volvió de color gris.



Burton Hare

El puñal de plata

Bolsilibros: Selección Terror Extra - 23

ePub r1.0

Titivillus 14-07-2019

Burton Hare, 1983

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Selección

TERROR *extra*



BOLSILIBROS BRUGUERA

LA niebla, callada y blanca, se deslizaba como una cosa viva por el desolado y solitario andén de la estación. Max Cameron descendió del tren y comprobó que él era el único viajero que se había apeado.

El vapor de la asmática locomotora se mezcló con la niebla, arremolinándose como, en un extraño pugilato. Alguien, en el extremo más alejado del andén de madera, agitó un farolillo y la locomotora resopló angustiosamente. Hubo un entrechocar de hierros y el tren emprendió la marcha.

Cameron dejó un momento la maleta en el suelo y pareció que la niebla la engullía. No veía ni sus propias piernas. El hombre que agitara la luz había desaparecido, o quizá también se lo había tragado la bruma, espesa y blanca, que se alzaba más y más como si quisiera envolver el mundo.

Max gruñó, disgustado. Tenía la sensación de encontrarse en un lugar irreal y en el que no hubiese un ser humano en un millón de kilómetros a la redonda.

Al fin agarró la maleta y se dirigió a la oscura mole del edificio. Cuando estuvo junto a la pared descubrió una débil luz amarillenta que luchaba con los sucios cristales de un ventanuco.

No podía entrar por la ventana, así que debía de haber una puerta en alguna parte. Rezongando, la buscó y al fin pudo colarse en la sombría sala de espera, desierta y fría.

Volvió a soltar la maleta y gritó:

—¡Eh! ¿Hay alguien aquí?

Pasó medio minuto y al fin, a su derecha, se abrió una puerta lo justo para que una cara arrugada y perpleja asomara por la rendija. Los dos hombres se miraron casi con sobresalto.

Luego, el dueño de la cara abrió un poco más la puerta y murmuró:

—No le vi apear. Disculpe.

—Yo tampoco vi mucho de usted, sólo su luz de señales. ¿Siempre tienen esa condenada niebla?

—Depende del tiempo y de la época del año. A veces aún es más densa.

—Pues sí que...

—¿Va usted al pueblo?

—¿A qué distancia queda?

—Medio kilómetro más o menos. Hay una buena posada donde pasar la noche. ¿O piensa quedarse un tiempo?

—Sólo esta noche. Mañana debo llegar al castillo de Shadow Hill.

El hombre de la estación dio un respingo y su cara se volvió de color gris.

—¿Habla usted en serio? —barbotó.

—Por supuesto.

—O está usted loco, caballero, o ignora lo que significa el castillo.

—¿De qué diablos está hablando? Por lo que sé, el castillo es la residencia de los Huntsbrand.

—Mucha gente piensa que es algo más que eso.

Max enarcó las cejas. Creyó comprender y soltó una risotada.

—Ya veo... Fantasmas, aparecidos y todo eso.

—Usted es muy libre de creer lo que quiera, caballero. Pero nadie en sus cabales iría al castillo... y mucho menos de noche.

—Pero, bueno, ¿qué es lo que asusta a la gente?

—No lo sé. Nadie lo sabe a ciencia cierta, pero de cualquier modo no son cosas de este mundo, puede creerme.

Max Cameron sonrió. Meneó la cabeza y gruñó:

—Pues sí que... Bien, para su tranquilidad le diré que no voy a presentarme allí a estas horas de la noche. Sólo indíqueme el camino del pueblo y podrá irse a dormir en paz con su conciencia.

—No quedaría en paz con mi conciencia si no le advirtiera a usted... No debe ir al castillo, créame. Hay otro tren a las nueve de la mañana... puede usted...

—¡Maldita sea, hombre! No voy a tomar ese tren, métase eso en

la cabeza. ¿Por dónde se llega al pueblo, por favor?

El hombre ya no insistió. Atravesó la sala de espera, abrió una puerta y señaló el mar de bruma que flotaba allá fuera.

—En esa dirección, caballero. Apenas se distingue el camino, pero los árboles a ambos lados le servirán de guía. Pronto verá las luces...

—Gracias.

Agarró la maleta y descendió los cuatro escalones. Antes que se alejara, el hombre de la estación aún murmuró: —Debería hacerme caso... en el pueblo le dirán lo mismo...

Max se detuvo un momento, volviéndose. En las tinieblas apenas distinguía la mancha un poco más clara del rostro de aquel hombre.

—Ahora que se me ocurre —dijo—, hace unas tres semanas debió llegar un forastero, un hombre de estatura mediana, rechoncho y con unos cabellos ralos y muy negros. ¿Lo recuerda?

—¿Tres semanas?

—Día más día menos...

Repentinamente, el hombre de la estación dio un respingo y se plantó en los escalones.

—¡Sí! —jadeó—. ¡Dios bendito, sí!

Parecía estar al borde de un ataque de histeria.

Max gruñó:

—Bueno, ¿qué le pasa? Sólo le hice una pregunta...

—El..., él también preguntó por el castillo.

—¿De veras?

—Nadie ha vuelto a verlo nunca más. Desapareció. ¿Se da cuenta? Fue al castillo y desapareció.

Max Cameron regresó sobre sus pasos, subió un par de escalones y enfrentándose con el hombre, dijo:

—¿Quiere decir que después que fue al castillo nadie ha vuelto a saber de él?

—Nadie, caballero. Este... ¿era amigo suyo?

—Le conocía.

—Ahora lo recuerdo muy bien..., llegó a esta misma hora, en ese tren. También preguntó por el castillo, y al fin dijo que se quedaría en el pueblo un par de días. Eso es todo.

—Gracias por su ayuda.

—¿Qué ayuda?

Max emprendió la marcha chapoteando en la densa bruma. Caminó a buen paso cargado con la maleta y pronto se convenció de que el encargado de la estación había dicho la verdad: de no haber sido por los árboles que se alzaban, fantasmales, a ambos lados del camino, hubiera sido imposible saber dónde dirigirse.

No dejaba de darle vueltas a lo que aquel hombre dijera respecto al castillo. Eso, y la desaparición del hombre llegado antes que él, más el terror supersticioso que parecían encerrar las palabras del jefe de estación, no dejaban de preocuparle, teniendo en cuenta lo que él ya sabía.

Llevaba pocos minutos de marcha cuando comenzó a caer una lluvia fina y helada que le arrancó un juramento. Se ajustó instintivamente el *macferlan* y apresuró el paso. Sus pies pronto se hundieron en un barro resbaladizo y cuando al fin, tras un recodo, descubrió las escasas luces del pueblo su humor había alcanzado el punto más bajo desde que emprendiera el viaje en Londres.

El pueblo se apiñaba en la oscuridad como un grupo de viejas temerosas. Las casas de tejados en punta estaban a oscuras, y sólo aquí y allá brillaba alguna que otra luz amarillenta que apenas si lograba abrirse paso entre la bruma.

Por lo demás, igual habría podido ser un pueblo muerto y abandonado. Las calles desiertas, el silencio en el que destacaba, como el murmullo de un moribundo, el chapoteo de la lluvia, la quietud...

Se preguntó cómo localizar la posada mientras se internaba por lo que parecía ser la calle principal. Así llegó a una plazoleta en la que, a la izquierda, había una sucesión de soportales oscuros, y al frente una muestra de hierro que se bamboleaba anunciando e hospedaje.

Llamó a la puerta. Había luz en una ventana alta, pero nadie acudió en los primeros minutos. Repitió la llamada, impaciente, sintiendo el frío y la humedad en los huesos, y al fin oyó correr los cerrojos al otro lado.

La cara de una mujer le miró sobresaltada por la rendija. Max no estaba en situación de andarse con cortesías. Empujó la puerta y se coló al interior resueltamente.

—Lo siento —refunfuñó—, estaba quedándome helado.

—Disculpe..., no esperábamos a nadie a estas horas...

Miró en torno soltando la maleta. Había cinco o seis mesas rústicas enriquecidas por la pátina del tiempo. Sillas de respaldo recto, un diminuto mostrador a fondo, junto a una puerta, y más allá el inicio de unas escaleras que se perdían en un pozo de tinieblas.

La mujer dijo:

—Encenderé fuego... Siéntese mientras tanto.

Fue hacia una enorme chimenea que ocupaba todo un ángulo de la estancia.

Max Cameron se libró del empapado *macferlan*, que arrojó sobre una silla. Se miró los zapatos llenos de barro y maldijo para sus adentros.

Mientras la mujer trasteaba en la chimenea, él explicó:

—He llegado en el tren..., no sabía si encontraría alojamiento en el pueblo. Supongo que tendrá usted habitación para pasar la noche, señora.

—Naturalmente...

Las llamas se alzaron pronto y Max se acercó al fuego frotándose las manos.

La posadera, con una leve sonrisa, murmuró:

—Le prepararé algo de comer si lo desea...

—Muchas gracias. Cualquier cosa estará bien.

—No tardaré.

Desapareció por la puerta que había al lado del pequeño mostrador.

Max se aproximó una silla a la chimenea y sentándose estiró las piernas hacia las llamas.

Poco después la mujer reapareció.

—Si quiere ir a la habitación entretanto para asearse un poco..., la comida tardará unos minutos.

—Muy bien.

—Después encenderé la chimenea de su cuarto. Estará cómodo.

Subió detrás de la posadera hasta el piso superior.

La habitación era pequeña, había una gran cama de hierro, un par de sillas, un armario y una mesa delante de una chimenea apagada. Una puerta estrecha comunicaba con un pequeño cuarto de baño.

Diez minutos más tarde, Max estaba de regreso a la planta baja.

La mujer había preparado una mesa al lado de la chimenea y apenas hubo tomado asiento le sirvió un plato de sopa humeante.

—No he tenido más que calentarla, ¿sabe? Nos sobró de la cena...

—¿Tiene muchos huéspedes?

—Sólo otro caballero y usted. En verano es distinto.

—Claro.

Ella le dejó solo. Cameron saboreó la sopa mientras el calor del fuego reanimaba todo su cuerpo.

Después comió un plato de pescado, lo regó con un vino flojo y pálido y tras encender un cigarrillo, esperó a que la mujer se acercara y entonces, dijo:

—Ese otro caballero de que habló usted debe ser el que llegó hace unas semanas. El jefe de la estación lo ha mencionado a mi llegada...

—Oh, no, señor —advirtió el escalofrío que parecía recorrer el cuerpo de la mujer—. El otro huésped llegó ayer y se marcha mañana. Vino para un asunto de tierras o algo así.

—Comprendo.

Hubo un silencio. La posadera parecía no tener ninguna prisa por dejarle solo. Al fin fue ella la que habló.

—Hace unas semanas vino un caballero... de Londres, dijo. A ése debía referirse el jefe de la estación...

—Seguramente.

Max sabía que sólo tenía que esperar. No deseaba poner en evidencia su interés.

Y acertó.

La mujer dijo con voz cauta:

—Aquel caballero estuvo aquí cinco días.

—¿Regresó a Londres?

Ella sacudió la cabeza. De modo instintivo miró en torno, como si temiera que las sombras de los rincones ocultaran un espía que pudiera oír lo que iba a decir.

—No, señor. ¿Sabe usted? ¡Fue al castillo!

Se santiguó precipitadamente. Max Cameron enarcó las cejas.

—¿Y eso es algo tan malo?

—Yo traté de disuadirle..., le dije una y otra vez que no fuera al castillo... No me hizo caso.

—¿Quiere decir que fue a ese castillo y no volvió?

—Así es, señor.

Max hizo una mueca incrédula.

Comentó con ironía:

—Espero que por lo menos le pagara su cuenta antes de irse.

—Pues no...

El levantó vivamente la cabeza.

—¿No le pagó?

—No, señor.

—Caramba, lo siento.

—Oh, me pagaron la cuenta... después.

—Eso no lo entiendo. Usted dice que ya no volvió. Entonces, ¿quién le pagó la cuenta?

De nuevo, el cuerpo voluminoso de la posadera acusó un escalofrío de temor.

—Ese hombre siniestro... El sirviente del castillo.

—¿Por qué dice usted que es un hombre siniestro?

—Porque infunde espanto, señor. Nadie quiere tratos con él en el pueblo. Bueno, vino, dijo que el señor Connors había decidido quedarse unos días en el castillo, abonó la cuenta y reclamó el equipaje. De eso hace casi tres semanas y nadie ha vuelto a ver al señor Connors.

—¿Se llamaba así?

—Ciertamente, y era una excelente persona..., tan amable y ocurrente...

—Oyéndola hablar cualquiera pensaría que está muerto y enterrado, señora.

—Eso es lo que pienso.

—Explíqueme eso.

Ella sacudió la cabeza.

—Creo que ya he hablado demasiado... Además, no es nada de mi incumbencia. ¿No va a acostarse aún, señor...?

—Cameron. Me llamo Max Cameron. No, todavía no. Aprovecharé un poco más ese fuego tan agradable.

—Cuando suba encontrará encendido también el de su habitación... Buenas noches.

Max estuvo tentado de detenerla y continuar sonsacándole, pero de momento ya tenía materia en qué pensar. Quedaría tiempo para

averiguar lo que necesitaba.

Así que permaneció ante las danzantes llamas un buen rato, inmerso en sombríos pensamientos. La desaparición de Connors no dejaba de sorprenderle, conociendo como conocía a aquel hombre tenaz, duro y resuelto.

También resultaba curiosa la mentalidad de esas gentes, en pleno siglo diecinueve. Creer en fantasmas, diablos y misterios infernales hasta el extremo de temor que había captado en el jefe de estación, y quizá en mayor medida en la posadera, era algo digno de un estudio profundo del sustrato del alma humana en esta remota región envuelta en bruma.

Absorto en sus pensamientos no oyó el gruñido de la puerta hasta que ésta volvió a cerrarse. Levantó la cabeza, intrigado, y descubrió al recién llegado parado allí, mirándole a su vez con unos ojos profundos y negros como la noche. Era un individuo alto, delgado, de rostro pálido y nariz afilada. Sobre sus ropas grises colgaba una capa negra húmeda de lluvia.

—Hola —exclamó Max—, Creía que la posadera había cerrado la puerta... Bonita noche, ¿eh?

El desconocido avanzó aproximándose a la lumbre. Sus ojos extrañamente penetrantes no se apartaban de Max Cameron.

—Una noche infernal —gruñó al fin—. Como la mayoría en esta tierra.

—¿Vive usted aquí?

El otro se encogió de hombros.

—Aquí... y en cualquier parte. ¿Puedo sentarme?

—Supongo que sí. Yo no soy más que un huésped recién llegado. La posadera acaba de retirarse.

—No es a ella a quien deseo ver.

Acercó una silla. Con un gesto brusco se libró de la capa y después de plegarla la depositó sobre el respaldo. Sólo entonces tomó asiento y su mirada negra y extraña se perdió en las danzantes llamas.

Cameron encendió un cigarrillo. Le ofreció al desconocido, pero éste rechazó con un gesto.

—Usted es el hombre que se dirige al castillo...

Cameron dio un respingo.

—¿Cómo dijo?

—Cameron... se llama Cameron.

—Cierto. Y mi intención es ir al castillo de Shadow. Lo que me intriga es cómo lo sabe usted.

—Eso no importa.

—Ya entiendo... hablé con el hombre de la estación.

—¿Qué?

—Él le dijo que yo...

—No. ¿Ese hombre de que habla sabe su nombre?

Max le miró boquiabierto.

—¡Maldita sea! —exclamó—. Yo no se lo dije en todo caso, sin embargo usted parece conocerme, en lo cual me lleva ventaja. Yo no sé quién demonios es usted.

La cabeza del desconocido giró hacia él. Cameron se enfrentó una vez más con los profundos ojos negros y le parecieron muy capaces de adivinarle hasta el pensamiento.

—Mi nombre es Larson Lakatos.

—Ahora que ya nos conocemos, ¿qué tal si me desvela el misterio?

—No existe ningún misterio. He venido porque deseo hacer un trato con usted. Proponerle un negocio, llámelo como prefiera.

Cada vez más sorprendido, Max esbozó una sonrisa incrédula. Luego murmuró:

—Sólo sabe mi nombre y ya quiere proponerme un negocio. Es usted un hombre muy extraño, señor Lakatos.

Este no parecía escucharle siquiera. Daba la impresión de hallarse sumido en profundas reflexiones, la cabeza caída sobre el pecho y la mirada hundida en las llamas de la chimenea.

Sin apartarla de allí murmuró:

—Un negocio muy importante para mí...

—Quizá si se decide a ser un poco más explícito sepa a qué atenerme.

—Diga una cifra, señor Cameron.

—¿Qué?

—Una cifra. Una cantidad.

—Eso es absurdo.

—Piense en una cantidad de dinero que le gustaría tener. Y menciónela. No es tan difícil.

—Se me ocurre que, o bien está usted loco, o intenta reírse de

mí. Ninguno de ambos supuestos me gusta poco ni mucho, así que dejemos eso, señor Lakatos. Es ridículo.

El extraño individuo sacudió la cabeza con evidente disgusto.

Antes que pudiera replicar, la posadera apareció con una expresión perpleja en la cara.

—Oí voces desde mi cuarto... ¿Cuándo ha llegado usted?

Estaba parada en el inicio de la escalera, mirando la tiesa espalda del desconocido. Este, con voz tranquila, replicó:

—Hace unos minutos, pero no se preocupe, me marcharé cuando termine de hablar con el señor Cameron.

—Oh, es usted amigo suyo.

—Ciertamente.

—Puedo servirle una bebida si lo desea, señor.

Siempre sin mirarla, Lakatos gruñó:

—Gracias, no necesito nada. Nada en absoluto, sólo hablar con el señor Cameron. Buenas noches, señora.

Max vio el gesto de contrariedad de la mujer, pero ésta giró sobre los pies y desapareció escaleras arriba.

—No estuvo usted amable precisamente —comentó.

—Sigo esperando su respuesta, eso es lo único que importa y no una posadera.

—Hábleme de lo que espera que yo haga a cambio de mencionar una suma de dinero.

—Primero el precio.

Max soltó una carcajada.

—Si todos los negocios los hace de ese modo, amigo mío, no me sorprendería que acabara usted en la más absoluta indigencia dentro de poco tiempo.

—Eso no debe preocuparle.

—De acuerdo, le seguiré el juego y luego iré a acostarme. He tenido un día muy duro.

—¿Y bien?

—Digamos... mil libras. O dos mil. ¿Le parecen suficientes?

—¿Son suficientes para usted?

De nuevo Max se echó a reír.

—Pude mencionar tres mil, o más. Así que sea lo que fuere que desea usted comprar le sale barato.

Eran cantidades absurdas, enormes, y él lo sabía, pero si todo

ese forcejeo era una suerte de juego burlesco lo seguiría hasta el fin.

Larsen Lakatos guardaba silencio, así que Cameron le atosigó entonces:

—¿Qué decide usted?

—Pensé que pediría usted más.

—Nunca supe aprovechar las oportunidades.

—Usted no lo toma en serio, Cameron.

—Naturalmente que no.

—Le pagaré tres mil libras.

—Espléndido.

—Mil quinientas ahora. El resto cuando regrese.

—Me parece un trato equitativo. —Max seguía con su tono irónico—: Y ese dinero, señor, ¿por hacer qué?

Larsen Lakatos se echó atrás en la silla. Por un instante cerró los ojos y pareció concentrarse en alguna visión interior.

Luego, suavemente, murmuró:

—Por buscar usted, y traérmelo, el Puñal de Plata.

Capítulo II

EL estupor le dejó mudo. Estaba más convencido que nunca en cuanto a la demencia del desconocido señor Lakatos.

—¿Qué clase de burla...?

Su voz se quebró. ¡Tres mil libras por semejante tontería! Una fortuna que aquel individuo mencionaba como si se tratara de unos chelines.

Larsen Lakatos gruñó:

—No se trata de ninguna broma. No intento burlarme de usted. Todo lo que deseo es que encuentre ese puñal y me lo traiga.

—¿Y he de buscarlo en el castillo?

—Allí es donde está.

—¿Por qué yo? Y ya que estamos en eso, ¿por qué no ha ido usted a buscarlo?

—Porque nadie se atreve a entrar en el castillo. Y yo... yo no puedo ni acercarme a él sin que... Pero eso no importa para nuestro negocio.

—Yo creo que sí importa, por cuanto me parece todo un absurdo monumental. ¿Desde cuándo está allí ese puñal?

—Hace mucho tiempo. Cientos de años.

—Ajá. Y hasta ahora no se le ocurre buscarlo. ¿Por qué esperó tanto?

El otro le miró y sus negras pupilas reflejaron las rojizas llamas del fuego.

—Porque ahora el tiempo se acaba, señor Cameron. Y no deseo responder más preguntas. Sólo dígame si quiere ganar esas tres mil libras o no.

—Sigo sin creer que hable usted en serio. Tres mil libras son una fortuna...

Por toda respuesta, el sombrío señor Lakatos hundió la mano en un profundo bolsillo de su levita gris y extrajo una bolsa de gamuza oscura, panzuda y pesada.

—Mil quinientas libras ahora —repitió—. Sólo para que se convenza de que poseer el Puñal de Plata es una cuestión de vida o muerte para mí.

Max se quedó mirando la bolsa sin hacer ningún ademán para tomarla. El otro vaciló y acabó depositándola sobre la mesa.

Preguntó con voz ronca:

—¿Acepta usted?

—Escuche, señor Lakatos; aceptar semejante trato sería lo mismo que estafarle descaradamente. Además, no tengo idea de cómo es ese puñal ni dónde buscarlo.

—Buscarlo es cosa suya, señor Cameron. Únicamente puedo decirle que está en algún lugar del castillo. En cuanto a su aspecto...

De nuevo rebuscó en sus bolsillos y esta vez sacó un pliego de papel amarillento doblado en cuatro. Crujió al ser desdoblado y el hombre lo extendió encima de la mesa con infinito cuidado.

Sin ninguna duda el papel era tremendamente viejo y estaba agrietado en los bordes y en los dobleces. Max Cameron se inclinó para mirar asombrado el dibujo que contenía.

El dibujo representaba una larga y aguzada daga, cuya complicada empuñadura más parecía un muestrario de pedrería que otra cosa. Había sido coloreado toscamente, pero incluso así se adivinaban las esmeraldas, los rubíes y los diamantes. Max silbó entre dientes, porque el remate de la empuñadura estaba formado por un diamante enorme; casi del tamaño de un huevo de gallina.

Lo señaló, estupefacto.

—Realmente, ¿es un diamante?

—Ciertamente. Un ejemplar único. En su época la misma zarina de Rusia intentó hacerse con él...

—Ya veo.

—Se equivoca.

Cameron respingó.

—¿Qué?

—Está equivocado al pensar que deseo ese puñal sólo por el valor de las joyas que contiene. No me interesan en absoluto ni los

diamantes, ni las esmeraldas... Nada.

—Por lo menos permítame dudarlo.

Larsen Lakatos se encogió de hombros. Al mismo tiempo se echó atrás en la silla con gestos cansados. Cerró los ojos y musitó:

—Cuando me lo haya entregado, y después de que yo... Quiero decir que podrá usted quedarse con él. Y le pagaré el resto de la suma convenida, por supuesto.

Max rezongó:

—Podría ser usted un poco más explícito.

—¿Qué más quiere saber?

—Muchas cosas. Para empezar, ¿por qué no puede presentarse usted en el castillo? Ofreciendo un buen precio quizá le venderían el puñal.

—No hay respuesta.

—No es un problema de dinero... usted parece disponer de él en abundancia.

—Jamás podré gastar ni una parte de mi fortuna.

—¿Entonces...?

—No puedo explicarle nada, mi joven amigo. Nada en absoluto. Quizá cuando regrese, si me trae el puñal.

Hubo una larga pausa. Lakatos continuaba con los ojos cerrados y la cabeza caída sobre el pecho. Respiraba lenta y profundamente de modo que Max aprovechó para examinarle con detalle.

Su piel semejaba pergamino viejo y era imposible adivinar ni remotamente la edad que contaría. Infinitas arrugas cercaban sus párpados y los cabellos negros sólo tenían ramalazos grises en las sienes, pero por lo demás eran largos y fuertes, como pertenecientes a alguien mucho más joven que aquel misterioso individuo que parecía nadar en dinero.

Se fijó en sus manos. Eran largas, delicadas, aristocráticas. Pensó que en toda su vida las había utilizado para hacer ningún trabajo rudo. Las uñas eran también largas y cuidadas.

—Lo intentaré —dijo de pronto, casi sorprendido él mismo por esta decisión.

Lakatos cabeceó en silencio. Luego, como si hablara para sí mismo murmuró:

—Usted es mi última esperanza. Tiene que traer ese puñal sea como sea.

—¿Y si no lo consigo? Puedo fracasar. Puede estar tan bien oculto que nadie pueda localizarlo. O puede haberse extraviado a lo largo de los años. O alguien haberlo destruido para vender las piedras preciosas de la empuñadura... Pueden haber sucedido mil cosas diferentes y usted debería entenderlo así.

—No quiero pensar en eso. Sería demasiado horrible, porque el plazo se acaba.

—¿Qué plazo?

—Olvidelo, Cameron.

Se levantó al fin. Alto, delgado, distinguido y sombrío. Se colocó la capa sobre sus hombros, miró al joven por última vez y luego susurró:

—Ahora todo depende de usted... estoy en sus manos. Mi destino le pertenece.

Giró sobre los pies y se dirigió a la puerta.

Atónito, Max le siguió con la mirada, casi sin verle tan asombrado estaba. La puerta se abrió y el misterioso señor Lakatos desapareció en la noche. La puerta volvió a cerrarse. Sonó el chasquido del cerrojo y después todo fue silencio.

Max Cameron se levantó temblándole las piernas. No estaba seguro de lo que acababa de ver, porque la puerta se había abierto delante de Lakatos sin que éste la tocara. Y había vuelto a cerrarse sola, con el hombre ya fuera y alejándose mientras se cerraba. Y el cerrojo de muelle se había corrido solo ante su desorbitada mirada. ¿O estaba volviéndose loco?

Se acercó a la puerta y examinó el cerrojo. Lo describió, soltándolo. No pasó nada. Hubo de correrlo otra vez para dejar cerrada la entrada.

Regresó junto al fuego, desconcertado. Vio la bolsa de gamuza y la tomó. Era muy pesada.

Abriéndola, dio un vistazo a su contenido. Por poco no se cayó de espaldas, porque estaba repleta de monedas de oro antiguas. No estaban en circulación ni él las había visto nunca antes.

Tomó una entre los dedos. Los caracteres y la efígie de algún rey estaban casi borrados. Pero aquello era oro sin ninguna duda, y quizá en sus tiempos aquellas monedas habían valido mil quinientas libras, pero en la actualidad su valor era por lo menos veinte veces superior.

No podía creerlo.

Vació la bolsa sobre la mesa y examinó las monedas una a una. Todas eran iguales, no cabía duda. Jamás, en todos los días de su vida, había soñado con poseer una fortuna semejante. Y si no estaba volviéndose loco, el señor Lakatos le había prometido otra suma igual cuando le trajera el «Puñal de Plata», con lo cual se convertiría en un hombre rico.

Devolvió las piezas de oro a la bolsa y cerró ésta con la tirilla de cuero. Encendió otro cigarrillo y permaneció frente a la chimenea mucho tiempo, intentando comprender algo de semejante misterio.

Después empezó a pensar en John Connors y su desaparición, en lo que ambos perseguían y en el condenado castillo que amenazaba convertirse en un buen dolor de cabeza.

Cuando se acostó no había llegado a ninguna conclusión, pero estaba mucho más preocupado que a su llegada.

Lucía un sol pálido y frío cuando salió a la calle a la mañana siguiente. Miró en torno a la plaza y pudo captar la curiosidad que su presencia despertaba entre los escasos habitantes del pueblo que haraganeaban debajo de los soportales.

Vio una taberna, y cruzando la plaza entró en ella y se ganó una gran sonrisa del rechoncho individuo que estaba al otro lado de un rústico mostrador.

Por lo demás, el establecimiento estaba desierto.

—Buenos días. Me llamo Cameron y estoy alojado en la posada —explicó acodándose en la barra—. ¿Qué puede tomar un forastero a estas horas de la mañana?

—Forastero o no, sólo tiene que pedir. Me alegro de conocerle, señor Cameron.

—¿Puede preparar café?

—Por supuesto. Cinco minutos.

Esperó y luego saboreó el brebaje, fuerte y amargo. El tabernero le examinaba sin ningún disimulo y de repente dijo:

—Dentro de poco empezarán a cruzarse apuestas sobre usted, señor.

Cameron enarcó las cejas.

El otro añadió:

—Alguien ha dicho que se dirige al castillo...

—El hombre de la estación sin duda. O quizá el señor Lakatos.

—¿Lakatos?

—Debe conocerle usted. Es alguien que vive en el pueblo, creo yo.

—Desde luego, no hay nadie aquí que se llame así... Lakatos... Un nombre extraño. No, seguro que no vive en el pueblo.

Maxapuró el resto del café.

—Me sorprende —gruñó—. Estuve hablando con él anoche y saqué la impresión de que era alguien del pueblo.

—Pues se equivocó. Aunque ahora que lo pienso... no es la primera vez que oigo ese nombre. O por lo menos me suena, aunque no podría decirle de qué aunque me fuera en ello la vida, Lakatos...

Sacudió la cabeza, contrariado por el inaprensible recuerdo. Max esperó unos instantes, esperanzado.

—Bueno, ya me acordaré en otra ocasión —rezongó el hombre—. Cuando uno menos lo piensa, ¡zas!, el recuerdo aparece sin buscarlo.

—En todo caso, viva donde viva, se trata de un hombre rico.

—Es posible. ¿Quiere más café?

—Sí, gracias.

Le llenó de nuevo la taza. Cameron indagó:

—¿Qué dijo usted de unas apuestas?

—Oh, eso. La gente de aquí es capaz de apostar contra cualquier cosa. Usted se propone ir al castillo... y algunos empezarán a apostar respecto a su vuelta.

—No lo entiendo.

—Hubo otro forastero que se cree que fue allí. Nunca volvió. Ya puede jurar que las apuestas sobre usted estarán cinco a uno a que tampoco regresa.

—Qué tontería...

—Aquí no hay muchos motivos de distracción, usted sabe.

—Pero, bueno, ¿qué pasa en ese castillo? El tipo de la estación parecía histérico de miedo con sólo hablar de él.

—Bueno, lo que pasa nadie lo sabe. Lo que pasó en otros tiempos es ya una leyenda.

—¿Qué le parece si me la cuenta?

El hombre sacudió la cabeza.

—No me gusta hablar de estas cosas. Además, quien realmente sabe toda la historia es el reverendo Hegan. Los demás estamos a leguas de distancia de él.

—Cada vez lo complica usted más, amigo.

—Nada de eso, sólo que el reverendo dedicó años a estudiar a fondo la historia del castillo. Eso fue antes de que vinieran a habitarlo sus actuales propietarios.

—Entonces creo que hablaré con el reverendo. Ha despertado usted mi curiosidad.

—Hágalo, quizá así desista de su propósito y renuncie a ir al castillo.

Cameron soltó un gruñido. Empezaba a cansarse de tanta monserga sobre el tema. Abonó los cafés, se despidió del tabernero y salió al sol pálido y frío de una mañana tranquila y sosegada como aquellas tierras del norte de Escocia.

Se fue en busca del reverendo Hegan.

EL reverendo Hegan era un vejete con cara alegre, delgado como un sarmiento, ojos vivos y una sombra de sonrisa en los labios que nada parecía capaz de borrar.

Escuchó la presentación de su visitante y cabeceó.

—Estaba seguro que aparecería usted por aquí, señor Cameron... Pero entre, no suelo recibir muchas visitas en este rincón.

Cerró la puerta y guió a Cameron hasta una estancia grande con las paredes cubiertas de estanterías repletas de libros.

Había una gran mesa inundada de papeles, un par de viejas butacas y algunas sillas, aparte de una chimenea encendida.

—Siéntese. ¿Ha desayunado usted?

—Seguro, en la fonda. Y tomé café en la taberna. Ha sido justamente el dueño de la taberna quien me indicó su nombre, reverendo.

—Entiendo.

—¿Por qué estaba usted seguro de que yo vendría a verle?

La sonrisa se convirtió en una risita cascada.

—Porque se propone ir al castillo, y se supone que la única autoridad en la materia soy yo, de modo que si usted está interesado en la historia local tenía que acabar viniendo a mí. Y presumo que sí está interesado.

—Sus conciudadanos tiene la culpa. Han conseguido despertar mi interés por la historia, o las leyendas del castillo.

—Pero usted vino aquí con el propósito de visitarlo, si lo que he oído es cierto.

—Ni más ni menos, pero mi visita no tenía nada que ver con viejas leyendas ni con las supersticiones de los lugareños. Si puedo decirlo así, ellos, con sus miedos y recomendaciones, han hecho que

mi curiosidad se desbordara. Y aquí estoy. Espero no molestarle con mi pretensión.

—Al contrario, mi joven amigo, al contrario. No tengo muchas oportunidades de demostrar mis conocimientos históricos. Las gentes de por aquí detestan hablar de los Huntsbrand, del castillo y de todo lo que se relaciona con ellos. Ciertamente que existe una siniestra leyenda en torno a esa familia y eso es suficiente para infundir espanto a los espíritus sencillos.

—Eso he podido comprobarlo.

El reverendo asintió con un gesto. Luego dijo:

—Sin embargo, a lo largo del tiempo sucedieron algunos hechos que reforzaron los terrores, dando lugar a ese miedo supersticioso que ha pasado de generación en generación. Hechos aparentemente inexplicables y que han sido la raíz de todas las leyendas surgidas en torno a los Huntsbrand.

Max no dijo nada. Se limitó a esperar mientras encendía un cigarrillo después de ofrecerle otro al reverendo Hegan, que lo aceptó complacido.

Sólo al cabo de unos instantes, Cameron sugirió:

—Quizá sería interesante que empezara usted por el principio, si he de entender esa misteriosa historia.

—El principio es bastante impreciso. En realidad, y a pesar de mis esfuerzos, no he conseguido averiguar el origen del primer conde de Huntsbrand. Se sabe que vivió la mayor parte de su vida en lo que entonces era el centro de Europa. Tampoco se sabe por qué méritos el rey le nombró conde ni tampoco el origen de su fortuna, a pesar de que he buceado entre montañas de viejos pergaminos de época. El caso es que cuando se estableció en este lugar era un perfecto desconocido para los primitivos habitantes de Greensborough.

—Hasta aquí no veo nada misterioso...

El anciano rio entre dientes.

—Comenzará a verlo usted, mi joven amigo, si le digo que el conde vivió la mayor parte de su vida en los Cárpatos. En Hungría... en Transilvania.

Max dio un respingo.

—¡Demonios, ya entiendo! —exclamó—. ¡Transilvania! El conde Drácula, los vampiros y todo eso. ¿Es posible que las gentes sean

tan crédulas?

—Siempre quedan las viejas supersticiones, los supuestos ritos secretos, las creencias ancestrales que de alguna manera perviven a lo largo del tiempo. Pero volviendo a la historia, el conde llegó aquí solo, mandó edificar el castillo, organizó la explotación de sus tierras y regresó a Europa. Un año después volvió, casado con una mujer de increíble belleza, si hemos de creer en las viejas crónicas.

—¿Qué edad se supone que tenía el conde?

—Más del doble de años que su flamante esposa.

Cameron esbozó una sonrisa.

—Lo suponía.

—Llegaron con un séquito completo. Incluso algunos parientes de la joven esposa, que volvieron pronto a sus tierras del continente. Esos orígenes de la historia son por demás confusos. En algunos documentos de aquella época se menciona al Vlad Szalasi, pero no queda claro si ese título correspondía a algún pariente de la mujer, o era el que en el continente le correspondía al aquí conocido como conde de Huntsbrand.

—Vlad Szalasi... Eso sí suena a centroeuropeo.

El reverendo rio entre dientes.

—Tan centroeuropeo —dijo—, como el Vlad Tepes, conocido como Vladimiro el Empalador y que se cree es el auténtico conde Drácula, o por lo menos quien dio origen a esa leyenda de vampirismo.

—De modo que todo se reduce a los oscuros orígenes de un noble medieval. Yo creí que sería algo más ingenioso.

—Eso es sólo el principio, amigo mío. La sórdida leyenda que envuelve el castillo comenzó con el descubrimiento, por parte del conde, de la infidelidad de su hermosa mujer. Sabemos que era extraordinariamente bella, de modo que debió vivir asediada por admiradores. O quizá fuera una dama ligera de cascos, vaya usted a saber. El caso es que el conde descubrió su infidelidad, y es ahí donde empieza el misterio. Le aseguro que he buceado en todos los archivos de la época, he consultado millares de documentos, pero nunca pude hallar un sólo dato veraz sobre lo sucedido en el castillo a partir del día que el noble centroeuropeo descubrió la infidelidad de su esposa.

—Supongo que mandaría decapitarla, o quizá la emparedó. Por

lo que yo sé, eran gentes muy expeditivas en estos asuntos.

—Tal vez sucediera eso, pero lo único cierto es que la condesa no volvió a ser vista jamás a partir de aquella fecha. Tampoco he logrado averiguar nada sobre el amante... no se menciona ni el nombre ni la suerte que corrió. Nada. Pero poco tiempo después de la desaparición de la condesa, el propio conde de Huntsbrand apareció bárbaramente asesinado.

—Y supongo que aquí es donde se inicia la leyenda, ¿no es cierto?

—Poco más o menos...

—¿Cómo, con la aparición de los espectros del conde y la condesa vagando por el castillo al filo de la medianoche?

—No, amigo mío. La leyenda dice que el cadáver del conde fue enterrado en la cripta del castillo, un lugar secreto que nadie descubrió jamás. Pero hay evidencias documentales de que a raíz de la muerte de los condes el castillo se volvió insano en extremo. Los sirvientes morían uno tras otro, uno degollados, otros de una rara enfermedad que nadie logró curar ni siquiera descubrir. Así fue como la fortaleza quedó abandonada, y seguiría estándolo de no haber aparecido esos remotos descendientes que vinieron a habitarla hace unos meses.

—Supongo que ellos no se preocupan mucho por los fantasmas...

—Imagino que no, sin embargo hay algo siniestro entre aquellos muros, amigo mío. Algo que ha seguido matando a lo largo del tiempo.

Cameron se enderezó en la butaca.

—¿Habla usted en serio, reverendo, es posible que usted crea en estas tonterías?

—Tres hombres muertos de un modo espantoso no son ninguna tontería —replicó el viejo abruptamente—, Y en sólo cuatro años.

—Explíqueme eso.

—El primero fue un vagabundo. Debió ver el castillo abandonado y se instaló allí. Lo encontraron con la garganta desgarrada bárbaramente. El segundo, fue un campesino. Se refugió en el castillo huyendo de una tormenta. La noche le sorprendió allí. Lo encontraron al día siguiente. Tenía la garganta cortada y ni una gota de sangre en el cuerpo.

—¿Y el tercero?

—No hace ni dos años... un desconocido que nadie sabe qué buscaba en aquel lugar. Murió igual que los otros.

—Sin embargo, a los nuevos habitantes del castillo no les ha sucedido nada, supongo.

—Ciertamente, no.

—Ya veo... En fin, ha sido usted sumamente amable y paciente conmigo, reverendo. Pero confieso que esperaba algo más emocionante de esa leyenda. Ya sabe, apariciones, fantasmas, tesoros ocultos... Cosas así.

—Hay quien cree haber visto extrañas apariciones, pero eso se da en todas partes. Cualquier sombra, en la noche, se vuelve siniestra y amenazadora. Y en cuanto a tesoros, quizá existan. El conde de Huntsbrand era inmensamente rico, pero jamás se encontró su fortuna en ninguna parte.

Max Cameron esbozó una mueca de incertidumbre. Repitió su agradecimiento y tras despedirse con cierto apresuramiento abandonó la casa del reverendo Hegan, dejando a éste un tanto intrigado.

Mientras se encaminaba a la posada, Max trataba de relacionar lo que acababa de oír con lo que ya sabía, y por encima de todo, con el motivo de su venida a ese lugar remoto.

Nada de cuanto pensaba le gustó poco ni mucho, y aún menos al relacionarlo con la desaparición de John Connors.

Desde cualquier ángulo que lo examinara era un mal comienzo.

Capítulo IV

DESPUÉS de un día anodino, aburrido, fastidiado ante la sensación en torno a él, Max Cameron salió de la posada con las últimas luces del crepúsculo.

Caminó cansinamente como si sólo se dispusiera a dar un corto paseo. Las calles estaban casi desiertas, y en la lejanía, sobre el mar, se alzaba la niebla.

Cuando dejó atrás las últimas casas del pueblo respiró con alivio. Se detuvo en un recodo del mal camino y volvió la mirada atrás. Nada. Nadie.

Era lo que deseaba, así que entonces apresuró el paso monte arriba, hacia la sombría mole del castillo que se alzaba allá en lo alto del risco.

Se internó por un bosquecillo espeso y umbrío. El aire frío del anochecer le azotó y maldijo su descuido al no haberse provisto del *macferlán*, pero había querido dar la impresión de que tan sólo se proponía dar una vuelta por las calles, y si hubiera salido con el abrigo la morbosa curiosidad de la gente se habría agudizado.

El camino era cada vez más empinado y a trechos desaparecía, cubierto de hojarasca seca y crujiente.

El bosquecillo quedó atrás. Levantó la mirada. Era casi de noche y no pudo ver el castillo desde esa posición. Pensó que la vieja fortaleza debía alzarse sobre su cabeza.

Continuó ascendiendo, y de pronto, al rodear un promontorio rocoso, descubrió el mar allá abajo, pero era un mar gris de niebla que ahogaba el chapoteo de las olas contra el acantilado convirtiéndolo en un sordo rumor de succión, áspero y siniestro.

Era noche cerrada cuando coronó la cumbre del acantilado y se enfrentó con la sombría mole del castillo.

Parado en la oscuridad, Max Cameron pasó la mirada por la impresionante fortaleza. Descubrió luces en dos ventanas de la primera planta, pero todo lo demás era una mancha más negra que la noche, apenas recortándose contra las estrellas.

Por el lado en que se hallaba oía el fúnebre canto del mar allá abajo, aunque no pudiera verlo. Por lo demás el silencio era absoluto, total, como si se hubiera internado en un mundo muerto en el que nada existiera.

La tierra en torno a la fortaleza era rocosa y estéril. Los escasos árboles que crecían en las laderas tendían hacia la oscuridad y la niebla sus ramas secas semejantes a brazos suplicantes.

Con cierta cautela se movió rodeando el edificio, tendiendo el oído, escrutando la oscuridad resuelto a formarse una idea exacta del terreno, del castillo en sí y de cuanto lo envolvía.

Quince minutos más tarde desembocaba de nuevo en el lugar donde había empezado la exploración, sólo que para entonces una capa de densa niebla flotaba a ras del suelo, alzándose poco a poco como un sudario.

Para entonces ya sabía que sólo había una manera de penetrar en la fortaleza: llamando a la puerta y dando la cara, porque las poternas de hierro que había descubierto estaban cerradas y enmohecidas, con aspecto de no haber sido abiertas durante siglos.

En cuanto a las ventanas no había ni que pensar en ellas, porque excepto las más altas e inaccesibles, todas las demás estaban protegidas por gruesas rejas de hierro.

Ahora su mente trabajaba con calma, analizando sus descubrimientos y tratando de sobreponerse a la sensación de desaliento que pugnaba por invadirle.

Sus ojos buscaron las ventanas iluminadas. Nada se movía tras ellas, pero aquella luz significaba vida y actividad dentro de los muros colosales.

Habría dado cualquier cosa por un cigarrillo, pero se abstuvo de fumar por miedo a que alguien descubriera su presencia antes de tiempo, antes de que él tuviera un plan concreto para presentarse abiertamente a los habitantes del siniestro recinto.

De cualquier modo quería dar otro vistazo a las varias poternas de hierro que había descubierto. Sólo con que una de ellas ofreciera una oportunidad...

Trataba de decidirse, cuando le pareció que una mancha blanca se movía al pie de un torreón, entre la fortaleza y el acantilado.

Se agazapó, súbitamente tenso y alerta. Aquella cosa blanca se detuvo unos instantes pegada al muro, como si titubeara. Le pareció que incluso alzaba los brazos, si es que se trataba de un ser humano, porque de eso tampoco estaba seguro. Luego retrocedió despacio, como resistiéndose a alejarse.

Moviéndose con extremada cautela, Max Cameron se dirigió como una sombra hacia aquella cosa blanca.

Sólo que antes que pudiera llegar lo bastante cerca para verla con detalle, la aparición dobló la esquina del torreón y desapareció. Sin embargo, Max había tenido tiempo de distinguir una túnica blanca y flotante como un jirón de niebla.

Corrió hasta el muro de piedra, rodeó la base del torreón y se dispuso a aclarar aquel misterio.

Se detuvo en seco, estupefacto. La cosa blanca había desaparecido y no pudo el menor rastro de ella. Era igual que si se hubiera desvanecido en el aire húmedo de la noche.

Estaba cada vez más seguro de haber visto una túnica blanca y flotante. Y debajo de una túnica sólo puede haber una mujer, y una mujer no se volatiliza en un segundo. También era como para pensar en ella por otro motivo... Una mujer sola, vagando en torno al castillo a semejantes horas, era, por decir lo menos, sorprendente.

Los siguientes quince minutos los empleó examinando los muros pulgada a pulgada, buscando una abertura por la que la aparición hubiera podido desaparecer.

No encontró nada factible de ofrecerle paso a nadie. Los muros eran sólidos, contruidos por enormes bloques de piedra, de modo que la aparición no podía haber entrado al castillo en los dos o tres segundos que él tardó en asomarse por la esquina del torreón.

Bueno, ¿entonces dónde estaba?

Ahogó una sarta de juramentos. Pero eso tampoco le ayudó poco ni mucho, así que decidió intentar algo más práctico.

Se dirigió a la más próxima poterna de hierro y agachándose tanteó la vieja cerradura. Correspondía a una llave de considerable tamaño. Sacó su llavero y probó a introducir una de sus llaves en el orificio. No lo consiguió, porque el interior de la cerradura debía estar convertido en una masa de óxido solidificado por el tiempo.

Pensaba que si una vez dentro del castillo se viera obligado a abandonarlo precipitada y subrepticamente, no podría hacerlo más que por la puerta principal.

La niebla seguía espesándose y la humedad le penetraba hasta los huesos. Decidió que por esa primera noche ya había visto bastante, y se disponía a emprender el regreso cuando el aire pareció arremolinarse y modular una palabra:

—¡ABRE!

Dio un respingo, volviéndose en redondo.

No había nadie lo bastante cerca como para haber pronunciado aquello.

Sacudió la cabeza, disgustado. Sin duda empezaba a dejarse influenciar por los terrores locales.

Sin embargo escrutó la niebla y la oscuridad sin descubrir ninguna presencia humana.

Se apartó de la poterna y de nuevo la voz surgió, susurrante, llena de urgencia:

—¡ABRE, NO TE VAYAS!

Sintió que un helado escalofrío recorría todo su cuerpo. Por un instante pensó que las palabras habían sonado dentro de su propio cráneo. Como si fueran fruto de su propio pensamiento.

Perplejo, volvió a mirar a su alrededor. Incluso levantó la cabeza para escrutar el muro de piedra. No había ninguna ventana cerca desde la que alguien hubiera podido hacer llegar la voz.

Echó a andar con muy poco entusiasmo. Era como si su voluntad se resistiera a alejarse de aquel lugar.

Pero, hundiéndose en la niebla, emprendió el casi invisible camino de regreso al pueblo y no volvió la cabeza hasta llegar al primer recodo.

La sombría masa del castillo era apenas visible, y la niebla desdibujaba el resplandor de las luces. Pero había una imagen blanca justo donde se iniciaba el camino, como sostenida por la bruma, cual si flotara en ella.

Era la misma forma envuelta en una túnica que viera antes.

No se movía, no hacía nada, limitándose a permanecer allí inmóvil, rígida, casi transparente. Cameron se quedó helado y un oscuro temor le asaltó de pronto.

Sin embargo, volvió atrás apresuradamente dispuesto a aclarar

aquel misterio.

Sólo que apenas había dado cinco o seis pasos hacia ella cuando la aparición se esfumó definitivamente.

Fue algo increíble. Simplemente, un segundo antes estaba allí, erguida, como mirándola, y después había desaparecido.

Max empezó a pensar si estaría volviéndose loco. Titubeó, pero al fin decidió que bucear en medio de la niebla para cazar una sombra blanca que ni siquiera estaba seguro de que existiera era una tontería y apresuró el paso cuesta abajo.

Fue su primera experiencia con el terror.

Capítulo V

EL tabernero sonrió de oreja a oreja al verle entrar. —¿Café? — preguntó antes siquiera de que Max hubiera dicho una palabra.

—Sí, gracias.

El hombre se apresuró a servirle un gran tazón de humeante y negro brebaje. Luego exclamó:

—¿Sabe usted? Están siete a uno.

—¿Qué?

—Las apuestas.

Cameron necesitó una pirueta mental para caer en la cuenta y entonces se echó a reír.

—¿Siete a uno?

—Y le apuesto el doble contra sencillo a que aún subirán más.

—¿A qué apuestan exactamente, a que no volveré si voy al castillo?

—Ni más ni menos. Siete a uno a que no vuelve. —¿Cuánto apostó usted?

—Dos libras.

—¿A que no regreso?

El hombre asintió, añadiendo apresuradamente:

—No es nada personal, ya sabe.

—Perderá usted, amigo.

—Veremos. ¿Piensa ir al castillo realmente?

—Claro. Si vive gente allí quiero hablarles de negocios.

El gordo sacudió la cabeza con evidente pesar.

—Lo siento... usted me cae bien, señor. No debería cometer semejante desatino.

—Es increíble que en estos tiempos puedan existir estas supersticiones. Si a los habitantes del castillo no les sucede nada,

¿por qué la gente cree que yo no volveré? Es absurdo.

—Bueno, si se detiene a pensarlo, «ellos» son descendientes de los primitivos dueños del castillo. Lobos de la misma camada para decirlo de un modo más claro.

—Tonterías.

Apuró el café, pagó y tras una breve despedida se encaminó a la puerta.

Tras él, el obeso propietario de la taberna se quedó meneando la cabeza con aire de conmiseración. Tal como había dicho, Cameron le caía bien.

Como debía caerles a la mayoría de gentes que encontraba a su paso, porque podía captar las miradas de simpatía que le dirigían, no exentas de cierta admiración por lo que consideraban una heroicidad...

Fastidiado, estaba tentado de encerrarse en la posada cuando al doblar una esquina casi tropezó con el reverendo Hegan.

El vejete estrechó su mano con entusiasmo.

—Me alegro de verle, amigo mío. ¿Sabe los rumores que corren en el pueblo respecto a usted?

—Seguro. Las apuestas y todo eso.

—A veces pienso que el ser humano está aún en los albores de su desarrollo intelectual. De cualquier modo es lógico que haya despertado usted su interés.

Echaron a andar uno al lado del otro y Max dijo sin preámbulos:

—Anoche estuve en el castillo.

El reverendo se detuvo en seco.

—¿Anoche? —jadeó.

—No entré. Me limité a reconocer los alrededores.

—De noche...

—Ciertamente. Es toda una fortaleza.

—Para sacar esa sencilla conclusión no necesitaba usted ir allí de noche.

—Fue una buena experiencia.

Volvían a caminar sin prisas y aparentemente sin rumbo. Así llegaron sobre el malecón del muelle de pescadores. El mar, frío y gris, se mecía bajo un viento perezoso y salobre.

Max sacó cigarrillos y ambos encendieron. Luego dijo:

—Vi un fantasma también, reverendo.

El vejete resopló esparciendo una nube de humo.

—¿De veras?

—No parece sorprendido.

—¿Por qué habría de estarlo? Todo el mundo cree en aparecidos de una clase. A propósito, ¿cómo era el suyo, mi joven amigo?

—Blanco. Una silueta blanca, como envuelta en una túnica. Eso me hace pensar en una mujer.

—Ya veo...

—Se esfumó en cuanto traté de aproximarme a ella.

—¿Por qué dice «ella», vio que se trataba de una mujer?

—Lógicamente, sólo las mujeres solían cubrirse con túnicas blancas, reverendo.

—¿Y por qué una túnica? Podía tratarse de una mortaja.

Max se quedó perplejo. Su mano se detuvo sosteniendo el cigarrillo a medio camino de sus labios.

—¡Una mortaja! —murmuró.

—Es una posibilidad, si aceptamos que usted lo vio realmente. ¿O sólo se trata de una broma?

—Lo vi. Y en cierto modo, incluso creo que me habló.

—Cada vez lo adorna usted más, señor Cameron.

—Y usted no me cree.

—Por supuesto, admito que creyera usted ver algo poco usual, pero en medio de la niebla uno puede sufrir cualquier alucinación. Y anoche hubo una niebla muy densa.

—No le reprocho que no lo crea, reverendo. Yo en su lugar tampoco creería una palabra. Pero se da la circunstancia de que no estoy en su lugar, yo viví la experiencia. Vi esa forma blanca, casi etérea. Y de algún modo estoy seguro que me hizo llegar su voz.

El vejete arrojó la mitad del cigarrillo al agua. Ladeó la cabeza y sus ojos vivos se clavaron en Max Cameron.

—Bien, continúe —le instó—. ¿Qué cree usted que le dijo la aparición?

—Que no me fuera de allí... que abriera una poterna de hierro. Por dos veces insistió en que la abriera.

—Curioso. ¿Qué hizo usted?

—Nada. No es posible abrir ninguna de las puertas de hierro que hay en los muros laterales. Las cerraduras están obstruidas por el óxido de años y años... Ni siquiera con la llave correspondiente

sería posible abrir ninguna de ellas.

—Sorprendente. Reconozco que tiene usted valor, mi joven amigo. Ahora, si está dispuesto a continuar discutiendo este asunto con un viejo clérigo, cuénteme por qué realizó esa extraña excursión, por qué examinó las cerraduras de las poternas de hierro, por qué eligió la noche para esa exploración. Yo pensé que usted se proponía subir al castillo para entrevistarse con sus actuales propietarios.

—Y eso es ciertamente lo que haré.

—Entonces...

—Uno nunca sabe. Me gusta saber el terreno que piso en todo momento. Quizá mi salida del castillo se vea dificultada y en ese caso será bueno conocer el escenario.

—No estoy seguro de comprenderle.

Cameron no replicó. Tiró la punta del cigarrillo y encendió otro, protegiendo la llama de la cerilla contra el viento salobre que llegaba del mar.

Inesperadamente se volvió hacia el reverendo y le espetó:

—¿Qué sabe usted de Larsen Lakatos?

—Un nombre exótico... ¿Quién es?

—Eso le pregunto a usted.

—Larsen Lakatos... He oído o leído ese nombre en alguna parte. U otro semejante tal vez, no sé.

—¿No puede recordar dónde?

—En absoluto. ¿Por qué se interesa por él?

—Porque yo pensaba que vivía en el pueblo, que era alguien de aquí, alguien acomodado. Incluso muy rico diría yo.

—Rotundamente no. Conozco a mis feligreses. Incluso a los que profesan otras creencias, y los agnósticos. Conozco a todo el mundo en esta región y no hay ninguno que lleve ese nombre.

—Curioso, muy curioso.

—¿Quién le habló de él?

—Nadie. Le conocí personalmente y de su conversación es de donde deduje que vivía aquí, o en las cercanías.

—Realmente, sí que es curioso.

Se apartaron del malecón emprendiendo el camino de regreso al centro del pueblo. No cambiaron palabra durante un trecho, hasta que el reverendo indagó:

—¿Cuándo piensa ir al castillo?

—Estoy tentado de demorarle un poco más, sólo para que suban las apuestas. La gente tiene derecho a divertirse, aunque sea a mi costa.

—Celebro su sentido del humor.

—Mañana —dijo Max—. Espero que los nuevos propietarios de la fortaleza sean, por lo menos, hospitalarios.

Le replicó un sordo gruñido del vejete, quien se despidió poco después y Cameron regresó a la posada más intrigado que nunca por el hombre que le entregara la bolsa llena de monedas de oro. Pensó que de un modo u otro habría de averiguar algo más sobre el señor Larsen Lakatos, fuera quien fuere.

Capítulo VI

A última hora de la tarde, Max abrió la puerta de su habitación y atisbo el desierto pasillo. Captó, lejanas, las voces de quienes estaban en el salón de la planta baja. Todas las tardes se reunían un grupo de contertulios en el bar de la posada, discutían interminablemente y apuraban inmensas cantidades de cerveza.

Seguro de que estaba solo en toda la planta superior, caminó hacia el fondo del pasillo hasta una puerta cerrada. Volvió a detenerse para escuchar. Desde allí, ni siquiera las voces turbaban el pesado silencio el viejo edificio.

Probó el tirador y la puerta se abrió sin dificultad. Se coló dentro y cerró a sus espaldas. La habitación era casi igual a la suya. Una luz débil entraba por la ventana, pero era suficiente para ver los muebles y las viejas paredes, y la chimenea limpia, y el armario cerrado.

Fue lo primero que examinó, pero estaba vacío y limpio. Siguió con su registro, pulgada a pulgada, moviéndose con extremada cautela para evitar todo ruido.

Incluso apartó la cómoda de la pared para ver si había algo detrás. No había nada.

Extrajo los cajones vacíos y les dio la vuelta con la remota esperanza de que hubiera algo adherido en su parte inferior, o el lateral posterior. Podía tratarse de una nota, un mensaje, cualquier cosa que John Connors hubiera dejado tras sí.

Sólo que no había absolutamente nada.

Desalentado, se disponía a introducirlos otra vez en su lugar cuando, preso de una súbita inspiración, metió primero la mano y tanteó la parte superior del hueco.

Casi pegó un brinco cuando sus dedos hallaron el pequeño

pliego de papel. Estaba sujeto por un pedazo de cinta adhesiva y la arrancó con extremado cuidado.

El papel era la hoja cuadriculada de una pequeña libreta de notas. Reconoció la letra desordenada de Connors y leyó el breve mensaje:

«Algo terrible está sucediendo en el castillo. Creo que tengo una pista, aunque sólo parece conducirme hacia el espectro del Vlad Szalasi. Pero incluso así estoy convencido de que nuestras suposiciones son ciertas. Si encuentras esta nota es que yo no he podido regresar, así que te deseo mejor suerte que la mía.»

La firma era de John Connors.

Asombrado, Max la leyó dos o tres veces intentando desentrañar el significado del extraño mensaje. Luego, fastidiado y sumamente inquieto, le pegó fuego y el desagüe del lavabo se encargó de hacer desaparecer las cenizas.

Abandonó la habitación y regresó a la suya, donde fumó un par de cigarrillos mientras reflexionaba profundamente.

Cuando descendió las escaleras era noche cerrada y los bebedores de cerveza habían desaparecido, de modo que sólo la posadera estaba detrás del mostrador lavando la cristalería.

—¿Desea que le sirva la cena, señor? —indagó la mujer.

—Sí, gracias.

Se acomodó en una mesa próxima a la chimenea. Poco después estaba cenando con buen apetito y no cambió una palabra con la posadera hasta que ésta se dispuso a retirar los últimos platos.

Entonces preguntó:

—¿Recuerda usted la noche de mi llegada, señora?

—Por supuesto...

—Otro hombre entró aquí cuando usted ya se había retirado.

—Lo vi, y bajé por si deseaban algo. Oí las voces desde mi cuarto.

—¿Le había visto usted antes alguna vez?

La mujer arrugó el ceño en un esfuerzo por recordar. Sacudió la cabeza.

—Desde luego que no. Pero de todos modos no le vi la cara, estaba de espaldas a mí cuando bajé las escaleras y ahora que lo pienso él no giró la cabeza en ningún momento.

—Ya entiendo. Se llamaba Larsen Lakatos. ¿Tampoco el nombre

le recuerda a alguien?

—Me parece que no... No, seguro que no, señor. ¿Se llamaba así?

—Por lo menos ése fue el nombre que me dio al presentarse. No tiene ninguna importancia, era sólo curiosidad, de manera que olvídelo y no se preocupe.

La mujer retiró los platos al fin y desapareció.

Max estuvo el tiempo justo de fumar un cigarrillo. Tanteó su bolsillo asegurándose que tenía la llave de la puerta, y al fin salió a la calle sumergiéndose en el manto de niebla que la inundaba.

Resueltamente emprendió el camino del castillo. Mientras avanzaba a buen paso iba preguntándose si esta segunda exploración estaba inspirada, como la primera, en la necesidad de reconocer y familiarizarse con el terreno, o la blanca aparición que creyera ver, misteriosa y etérea, era en última instancia, la motivación de que desafiara el frío, la niebla y el riesgo.

Para colmo, a mitad de camino empezó a caer una llovizna fría y persistente arrancándole una sarta de juramentos.

La llovizna se convirtió en un aguacero justo cuando desembocaba en el roquedal donde se alzaba la fortaleza. Corrió agazapado hasta una de las poternas de hierro, en cuyo profundo hueco se guareció resoplando y maldiciendo para sus adentros.

Entre la niebla y la cortina de agua no distinguía nada a dos pasos de distancia. Pensó que el mar debía estar muy alborotado, porque al romper las olas contra la base del acantilado estallaban como sordas explosiones por encima del chapoteo sonoro de la lluvia.

Más tarde, la lluvia amainó y él pudo abandonar su refugio, de manera que se deslizó agazapado hacia la fachada delantera del sólido edificio. Como la noche anterior, vio las luces en dos ventanas de la primera planta, pero en esta ocasión vio otra en un ventanal del torreón que marcaba la esquina del ala norte. Eso era una novedad, porque el torreón estaba muy alejado de las otras dos ventanas iluminadas.

Se preguntó qué clase de actividad estarían desarrollando en el interior de la fortaleza, y si también en esa noche despacible surgiría la aparición blanca.

Siempre pegado al sólido muro de piedra fue hacia el altivo

torreón. Poco antes de llegar a él, y confundido con el rumor de la lluvia y el violento rugir del mar, creyó percibir un sonido metálico.

Se detuvo, agazapado, hundido en la niebla, casi conteniendo el aliento. Las tinieblas le protegían, pero al mismo tiempo le impedían ver nada a su alrededor.

El sonido se repitió, metálico, seco. Luego, de nuevo sólo quedaron los rumores de la tormenta.

Rodeó la base del torreón con infinita cautela. Con la oscuridad no podía distinguir nada a dos pasos. Estaba vivamente intrigado por el ruido metálico que oyera.

Tal vez pasaron dos o tres minutos en su tensa escucha. Entretanto, la lluvia cesó por completo.

Y entonces sobre su cabeza chispeó un relámpago y por unos instantes brevísimos la noche se convirtió en día.

A lo lejos, allí donde el roquedal se prolongaba hacia el interior de la tierra firme, le pareció ver una figura oscura, grotesca, moviéndose con torpeza. Al apagarse el fulgor del relámpago no pudo estar seguro de haberla visto realmente.

Esperó con el alma en vilo a que otro chispazo viniera en su ayuda. Retumbó el trueno, horrísono sobre su cabeza. La tormenta procedente del mar estaba llegando a tierra.

Otro relámpago zigzagueó en las tinieblas. Breve, refulgente, con un seco chasquido ciclópeo.

El bulto oscuro, a lo lejos, desaparecía justamente en aquel momento más allá de lo que parecía una cerca de piedra.

El estampido del trueno le estremeció de los pies a la cabeza, o quizá su estremecimiento no fuera sólo debido al retumbar de la tempestad, sino a la visión de aquella figura grotesca moviéndose con tanta torpeza, en medio de una noche en la que parecían haber abierto las puertas del infierno.

Hubo otro chispazo que inundó de luz la tierra, pero ya no vio ni rastro de la figura en movimiento. Cuando estalló el trueno él estaba moviéndose a lo largo del muro, disponiéndose a rodear el perímetro de la fortaleza con la esperanza de que, de un momento a otro, surgiera la blanca aparición que no había podido olvidar ni un momento desde que la viera por primera vez.

Lo único que volvió fue la lluvia, más intensa que antes si cabe, obligándole a refugiarse de nuevo en una de las profundas

oquedades de una poterna.

Maldijo para sus adentros, porque estaba empapado y esa expedición nocturna era una perfecta pérdida de tiempo. De vez en cuando, los relámpagos desmenuzaban las tinieblas, cada vez más lejanos, sobre tierra firme, como huyendo del mar embravecido.

La lluvia no cesaba. Max acabó sentándose en el suelo de piedra, en lo más profundo del portal. El tiempo se deslizó implacable, y cuando al fin la lluvia degeneró en una ligera llovizna lenta y fría, él se levantó. Había pasado más de una hora.

Justo en aquel instante, en alguna parte resonó de nuevo el chasquido metálico, el ruido que ya oyera antes.

Esta vez corrió a lo largo de la colosal fachada del castillo, pero no descubrió movimiento alguno.

Entretanto la llovizna cesó por completo y sólo quedó el manto de bruma, ahora alzándose paulatinamente empujada por el viento marino.

Decidió regresar al pueblo de una vez y al día siguiente hacer las cosas como había imaginado desde el principio. Entonces recordó la torpe figura que viera moverse a la luz del relámpago y cambió de idea. Echó a andar hacia donde la viera desaparecer.

La cerca de piedra era en realidad el arruinado muro que cerraba un lugar sombrío, tétrico y siniestro: un cementerio.

Estupefacto, Max Cameron contempló las borrosas manchas de las lápidas emergiendo a duras penas de la niebla. ¿Qué demonios pudo buscar allí, bajo el aguacero, quien fuere que el relámpago puso al descubierto?

Más intrigado a cada instante, Max saltó la cerca. Sus pies se hundían en el barro y el sonido sordo de su chapoteo era lo único que turbaba la paz de los muertos.

Intentó descifrar alguna que otra inscripción de las lápidas, pero era imposible sin disponer de una luz. Por lo demás, muchas estaban caídas y cubierta de barro o de raquílicas hierbas.

Cansado de chapotear en el barro lo mandó todo al diablo. Ya había perdido demasiado tiempo para nada.

Fue entonces que le pareció descubrir algo anómalo a su izquierda. Aguzó la mirada y sintió que el corazón le saltaba en el pecho.

La tierra convertida en un barrizal aparecía revuelta en torno a

un túmulo de ella. Un amontonamiento alargado...

Tenía todo el aspecto de una tumba reciente. Tan reciente que al presionar la tierra con la mano, ésta se le hundió en ella hasta la muñeca sin el menor esfuerzo.

Notó un largo escalofrío ante las posibles implicaciones de semejantes descubrimiento. Luego, apresuradamente, abandonó el tétrico recinto y con la mente convertida en un caos emprendió el regreso al pueblo mucho más aprisa que la noche anterior.

VIO la agitación antes de llegar a la posada. Multitud de hombres y mujeres estaban reunidos en el extremo de la plaza. Algunos sostenían faroles y se alzaba un rumor sordo de exclamaciones y comentarios. Había luz en todas las casas y las puertas de la posada estaban abiertas de par en par.

Titubeó, consciente de que su aspecto, empapado de agua y barro despertaría las suspicacias de todo el mundo, así que se deslizó hacia la posada sin tropezar con nadie en el camino. Subió a su habitación y despojándose de las ropas, tomó una ducha y vistiéndose apresuradamente con otras limpias y secas, descendió a la calle.

El grupo se había hecho aún más numeroso, y las voces resonaban en medio de la niebla opacas y extrañas.

Vio a la posadera apartarse de la gente y retroceder hacia la posada. Él le cerró el paso.

—¿Qué ocurre, señora? He visto ese movimiento desde arriba...

—Los hombres van a salir para buscar a una mujer que ha desaparecido.

El dio un respingo.

—¿Desaparecido?

—Bueno, falta de su casa desde la mañana. Y con este tiempo no es lógico. Debe haberle ocurrido alguna desgracia y ahora están organizándose en grupos para rastrear los alrededores del pueblo.

La mujer se desentendió de él. Max se aproximó a la gente. Vio también al reverendo Hegan y se colocó a su lado. El clérigo le saludó efusivamente y él dijo:

—Acabo de enterarme de lo que sucede. Quisiera formar parte de los grupos, reverendo.

Varias cabezas giraron hacia él. El vejete gruñó:

—No se trata de una excursión, señor Cameron... No tiene usted obligación de intervenir siendo forastero.

—Insisto, reverendo. ¿Quién organiza la búsqueda?

Un hombre barbudo y con una cabellera revuelta y negra dijo:

—Nadie lleva el mando aquí, todos colaboramos por igual. Si desea usted ayudarnos será bien recibido aunque sea forastero.

—Desde luego que lo deseo. ¿Quién es la mujer que ha desaparecido?

—La hija de Donovan, el herrero.

—Mi hija, señor —masculló una voz a su lado.

El hombre estaba pálido bajo su piel curtida. Max captó la expresión de miedo e incertidumbre de aquel hombre.

—Iré con ustedes.

—Muy bien, puede unirse a nuestro grupo —decidió el barbudo—. Todos los demás saben cuál será su zona de rastreo. ¿De acuerdo?

Hubo un murmullo de asentimiento y los hombres se disgregaron en pequeños grupos. El barbudo, el padre de la muchacha desaparecida, Max y cuatro individuos más emprendieron el camino del bosque.

El barbudo gruñó:

—Mi nombre es Fingers, señor Cameron.

—Me alegro de conocerle. ¿Qué supone usted que ha podido ocurrirle a esa mujer?

—No tengo ni idea. Pero sea lo que sea, no es nada bueno. Con la lluvia y la tempestad, ninguna chica con sentido común se hubiera demorado fuera de casa tanto tiempo.

—¿Es joven?

—Veinticinco años. ¿No es cierto, Percy?

Donovan asintió. Con voz ronca murmuró:

—Los cumplió hace una semana. Nunca había hecho una cosa así..., no comprendo, de veras, no comprendo qué ha podido pasar...

—Tómalo con calma, la encontraremos —refunfuñó Fingers.

Caminaban a buen paso hacia la sombría masa del bosque que poblaba las laderas del roquedal en cuya cima se alzaba el castillo.

Max caminaba al lado del barbudo. De pronto le preguntó:

—¿No había sucedido nunca antes que alguien desapareciera del pueblo?

—Nunca, que yo recuerde. Algún chiquillo extraviado sí, pero siempre lograba volver a su casa o era localizado sin dificultad. Pero que una mujer de veinticinco años saliera de su casa y no volviera, no, amigo, eso nunca en nuestro pueblo.

Max arrugó el ceño.

—Da usted a entender que en otros pueblos sí había sucedido...

—Eso pasó hace algún tiempo.

—¿Qué?

—Bueno, nos enteramos porque una de las partidas que habían salido a buscar a la chica llegó hasta el pueblo. Eran de Stonhaven, una población que hay unas millas más al este. Buscaban una muchacha de veinte años.

—¿Y la encontraron?

—Por lo que oímos comentar días más tarde, no.

Max guardó silencio. Estaban llegando al bosquecillo y se detuvieron antes de internarse en él. El barbudo Fingers dispuso:

—Creo que será preferible separarnos para cubrir más terreno. Si alguien encuentra a la muchacha, o cualquier rastro, que llame a los demás a gritos. ¿De acuerdo?

Asintieron, y desplegándose en línea, avanzaron, sumergiéndose en la espesura. De los árboles se desprendían gotas de agua, y los pies se hundían en la empapada hojarasca que cubría el suelo.

Max avanzaba sin prisa, escrutando los alrededores aunque desconfiando de ver nada en la oscuridad. Se movían ruidosamente u oía los pasos de los demás, y los juramentos y maldiciones de quienes tropezaban o se daban de cabeza contra alguna rama baja.

Fue una búsqueda infructuosa y cuando volvieron a reunirse al otro lado del bosquecillo el desaliento se había apoderado de todos ellos, especialmente de Donovan.

Fingers refunfuñó, palmeándole la espalda:

—No desesperes aún, Percy. Tal vez alguno de los otros grupos tenga más suerte que nosotros. Una mujer de veinticinco años no puede esfumarse en el aire.

Emprendieron el regreso, cabizbajos, silenciosos, ceñudos.

Max pensó de repente en la tumba que había descubierto bajo el aguacero. La tumba con todas las trazas de haber sido rellena esa

misma noche por el ser contrahecho y torpe que vislumbrara a la luz del relámpago...

Se estremeció al asociar su descubrimiento con la desaparición de la muchacha. Luego se dijo que estaba desorbitando las cosas, dramatizándolas en exceso. Sin embargo, la idea le torturó durante todo el camino.

Las luces de la posada estaban encendidas y allí se dirigieron. Antes que ellos había vuelto otra de las partidas sin haber encontrado ni rastro de la muchacha.

Pidieron cerveza, bebieron, y nadie dio muestras de sentir deseos de charlar. Quien más quien menos se aferraba a la esperanza de que algunos de los otros tres grupos que aún estaban fuera tuviera mejor suerte.

Sentado a una mesa, el herrero tenía la cabeza apoyada en las manos y era la imagen de la desolación.

Fingers murmuró:

—Si no aparece va a ser su muerte. Sólo vivía para su hija desde que enviudó...

Una hora más tarde, todos los grupos habían vuelto con las manos vacías. Ahora flotaba sobre todos ellos la sombra de la tragedia.

El alba casi se insinuaba en la ventana cuando Max cerró la puerta de su habitación y se acostó. Le costó conciliar el sueño. Un sueño poblado de extrañas pesadillas que acabaron por desvelarle de nuevo. Permaneció mucho tiempo despierto, pensando y pensando sin cesar en la multitud de conjeturas que le inquietaban.

Acabó vistiéndose. Abrió la maleta que guardaba cerrada con llave y sacó una pistola automática de gran calibre.

Comprobó que estuviera cargada, corrió el seguro y cuando descendió a la planta baja había tomado ya una determinación.

Desayunó sin apetito, supo que no había ninguna noticia de la muchacha desaparecida, escuchó los comentarios pesimistas de la posadera y luego dijo que iba a dar un paseo por los alrededores.

Abandonó el pueblo y emprendió el camino del castillo.

EL aldabonazo en la enorme puerta claveteada resonó, lúgubre, en el silencio. Max aguardó pacientemente casi un minuto, y entonces la puerta se abrió despacio y él contempló al hombre que le miraba con sus ojillos de rata.

Era un individuo delgado, con la cabeza rapada, un rostro tan pálido que daba grima, en el que destacaba la afilada nariz semejante al pico de un pájaro.

—Deseo ver al dueño del castillo. Me llamo Max Cameron.

El sirviente hizo una mueca desagradable.

—Temo que eso es imposible, señor. El señor conde no recibe a nadie sin haber sido citado previamente.

—Espero que en este caso haga una excepción. Dígame que deseo hablarle de un hombre llamado John Connors.

—Lo lamento. No...

—No lo lamente, sólo avísele.

El hombre titubeó. Max aprovechó para adelantar sin aparente apresuramiento, pasó por su lado y se coló en el inmenso vestíbulo.

Miró en torno asombrado. Se le antojó tan grande como la nave de una catedral.

El sirviente rezongó, dominando muy mal su ira: —Veré si el conde accede a recibirle. Aguarde aquí. Max le siguió con la mirada mientras atravesaba la colosal estancia. Luego desapareció por una puerta de vieja madera tallada y entonces miró a su alrededor. Había grandes pinturas colgadas de las paredes construidas con bloques de piedra. La mayoría representaban a hombres de otras épocas. También colgaban polvorientos tapices. El suelo era de madera gastada y agrietada por el tiempo.

A la derecha, una amplia escalera subía a la planta superior. Una

recargada arcada de piedra se alzaba sobre los primeros escalones y al pie de una de sus dos columnas se erguían dos férreas armaduras medievales. Una sostenía una gran espada de dos filos, con los guanteletes de mallas cerrados en la empuñadura. La otra parecía apoyarse en una mohosa lanza y tanto la una como la otra estaban cubiertas de polvo. No parecía que los sirvientes fueran muy suficientes.

Cameron lo escrutaba todo con ojos de halcón, no tanto por curiosidad, sino grabando en su mente y la disposición del lugar, la situación de las puertas y todos y cada uno de los detalles que, quizá, fueran vitales según como se presentaran las cosas.

Al fin oyó abrirse la puerta de madera tallada y se volvió. El sirviente de cabeza rapada dijo:

—El señor conde le recibirá, señor... Sígame, por aquí.

Se fue tras él en lo que se le antojaron millas de pasillos y estancias. Vio infinidad de puertas cerradas, y luego el hombre que le precedía dio unos golpes en una de ella y esperó.

Una voz opaca gruñó al otro lado:

—¡Entre!

El sirviente abrió la puerta y se apartó a un lado. Max pasó junto a él y oyó cerrarse la puerta a sus espaldas.

La estancia era grande, había estanterías casi vacías, sólo aquí y allá aparecían algunos volúmenes de aspecto venerable. Una antigua mesa, sillones, y una lámpara de pie junto a la mesa era todo el mobiliario.

El hombre que le observaba desde el otro lado de la mesa parecía contar unos cuarenta años, y sentado allí no parecía gran cosa. De rostro enfermizo, sólo sus ojos tenían un brillo vital, astuto y, quizá, peligroso, según opinión de Max.

—Siéntese ahí, señor Cameron...

—Gracias.

—Soy el conde de Huntsbrand. Según el sirviente se interesa usted por John Connors. ¿Es cierto eso?

—Exactamente. Sé que estuvo aquí hace unas semanas.

—Es verdad.

—Quiero encontrarle, señor. Ese es el motivo de mi visita.

—Si ése era su objetivo al venir aquí, señor, mucho me temo que ha perdido su tiempo.

—¿Por qué?

—El señor Connors se presentó con un pretexto absurdo... o quizá fuera más acertado decir que era absurda su pretensión. Quería comprar este castillo en nombre de no sé qué consorcio de Londres. Una tontería.

Max luchó por dominarse. Sabía que aquel hombre mentía, pero no estaba en situación de demostrarlo sin delatarse a su vez.

—¿Y qué pasó luego?

—Nada. Simplemente, se fue. Yo creí que había regresado a Londres.

—Quizá no le guste lo que voy a decir, conde, pero creo que está mintiendo.

El noble se enderezó como si le hubieran azotado. Su rostro se crispó en una mueca.

—Mida sus palabras, señor Cameron. Nunca he sido muy paciente ni permitido que nadie me insultara impunemente.

—¿Y qué piensa hacer para remediar eso, organizar un duelo a espada? Por favor, no sea absurdo. Sé que Connors se quedó en el castillo y que uno de sus sirvientes fue a la posada en busca de su equipaje, e incluso pagó su cuenta, así que no se sorprenda si no creo en sus palabras.

El conde se echó atrás en su sillón. Estaba lívido y la ira burbujeaba en sus pupilas. Sólo que se necesitaba algo más que eso para impresionar a un tipo como Max Cameron.

Tras un prolongado silencio, el conde rezongó:

—Si me hubiese dado usted la oportunidad de explicarle las cosas, ambos nos habríamos ahorrado esas palabras... malsonantes.

—De acuerdo, lo siento. Explíquese ahora, señor.

Eran visibles los esfuerzos del conde de Huntsbrand para dominarse. No obstante, lo consiguió al fin y explicó:

—Como acabo de decirle, el señor Connors llegó aquí con esa ridícula pretensión. Le hice comprender lo absurdo de ella y hablamos un poco. Así descubrimos nuestra común afición a la caza, nuestra pasión diría yo, de modo que le invité a quedarse unos días para practicarla juntos. Debe comprender que no tengo muchas oportunidades de satisfacer mis aficiones cinegéticas en compañía. No puedo invitar a esos patanes del pueblo.

—Ya veo...

—Esa fue la razón de que enviara a uno de mis sirvientes a la posada en busca de su equipaje.

—¿Cuánto tiempo se quedó?

—Menos del que yo habría deseado... Era un tirador excelente. Cinco días en los que pasamos horas muy gratas. Luego dijo que sus obligaciones en Londres ya no podían demorarse por más tiempo y se marchó.

—¿Cómo?

Parpadeó, intrigado.

—Temo que no le comprendo.

—¿Cómo se fue, en tren?

—Supongo que sí.

Max casi rechinó los dientes. Pero pensó que aún no era el momento de quitarse la careta. Se esforzó por controlar su voz y murmuró:

—Es sorprendente que no llegara a Londres, ¿no cree usted?

El conde se encogió de hombros.

—Quizá algo le retuvo en alguna otra parte. Parecía un hombre de múltiples intereses a mi modo de ver.

Max esbozó un gesto que no le comprometía a nada. Sentía hervir la cólera dentro de él y le costaba dominarse.

Al fin, levantándose, murmuró:

—Siento que no haya podido usted ayudarme, señor. Había puesto mis esperanzas en esta visita.

—Yo también lo lamento profundamente. Aunque el trato con el señor Connors fue breve, llegué a apreciarle. Le deseo a usted mucha suerte para localizarlo pronto, señor Cameron.

Este asintió. No ofreció su mano al propietario del castillo. Saludó con una inclinación de cabeza y se encaminó a la puerta.

Esta se abrió antes que llegara a ella y el sirviente de cabeza rapada apareció allí, sombrío, rígido y expectante.

De pronto, Max se volvió en redondo.

—Ahora que se me ocurre, señor conde. ¿Significa algo para usted el nombre de Larsen Lakatos?

Una sombra de sonrisa distendió los labios del conde.

—¿Dónde oyó hablar de él?

Cameron titubeó.

—En el pueblo..., creo que lo mencionaron al hablar de las

viejas historias de este castillo.

—Es posible... Larsen Lakatos fue un contemporáneo de mis antepasados. Concretamente, del fundador de nuestra dinastía.

Max enarcó las cejas.

—¿Está usted seguro?

—Absolutamente. Consta en algunos de nuestros pergaminos familiares y no hay duda al respecto.

—Bien, gracias por atenderme, señor.

El sirviente cerró la puerta al salir y él le siguió de nuevo por el dédalo de pasillos hasta el colosal vestíbulo.

El hombre de la cabeza rapada esperó a que Max cruzara el umbral, y luego cerró el portalón de golpe, sin una palabra de despedida.

Cameron se apartó de la fortaleza rumbo al camino que descendía monte abajo. Pero volvióse de pronto, a tiempo de sorprender un movimiento en una ventana de la primera planta.

Aguzó la mirada. La cara de una mujer de extraña belleza le observaba desde el otro lado de los cristales. La cara era muy blanca y estaba aureolada por una larga y espesa cabellera negra como ala de cuervo.

Aún estaba mirándola cuando ella retrocedió y dejó de verla. Intrigado, reanudó el camino, y ahora tenía casi el convencimiento de que John Connors ya no existía, porque todo lo que el conde le dijera respecto a su amigo había sido una sarta de embustes.

Tal vez incluso estuviese enterrado en el viejo cementerio que visitase en la noche negra y tormentosa, envuelto en la niebla.

Si era así, alguien habría de pagar por ello aunque fuera alguien arropado por un título nobiliario.

EL conde permaneció sentado, inmóvil, un buen rato después de la salida del visitante. La expresión de su rostro aguileño era sombría y preocupada.

Cuando se abrió de nuevo la puerta, él levantó la mirada, clavándola en el sirviente de cabeza rapada. Este entró sin ceremonia alguna y gruñó:

—¿Qué quería ese individuo?

—Buscaba a Connors.

—¿Qué le has dicho?

El conde se encogió de hombros.

—Le conté una historia como cualquier otra. Desde el primer momento supe que no le engañaría fácilmente, dijera lo que dijera.

—¿Y no te creyó?

—Estoy seguro que no. Es un hombre peligroso, Cooper, muy peligroso.

El sirviente esbozó una mueca.

—¿Te parece que va a volver?

El conde refunfuñó:

—Con toda seguridad.

—Bien...

—¿En qué estás pensando?

—En que, cuando vuelva, se quede aquí. El otro ya apenas sirve para nada... está agotado, hecho una ruina. Y ese tal Cameron parece fuerte..., mucho más que el otro. Podría servir perfectamente hasta el final, porque ya debe faltar muy poco.

—Demasiado.

—Entonces, ¿qué sugieres?

Tras un breve silencio, el conde gruñó:

—Llama a Carmody.

El sirviente titubeó un instante. Luego, girando sobre los pies, abandonó la estancia dejando la puerta abierta.

Instantes después, una mujer apareció en ella, deteniéndose en el umbral.

El conde torció el gesto. Ella murmuró:

—He visto a ese hombre, Barony.

—¿Y qué?

—Le has dejado marchar...

—¿Qué querías que hiciera? Ese no es como el otro.

—Es fuerte, robusto. ¿Es que no lo entiendes? Fuerte y poderoso, lleno de sangre.

El conde se levantó, rígido.

—Ya lo sé, pero estamos casi llegando al final. Sería demasiado arriesgado tratar de capturarlo vivo. Conozco muy bien esa clase de tipos, querida. Son demasiado peligrosos.

—Pero...

La llegada de un hombre la interrumpió. Era de estatura mediana, corpulento, de anchos hombros y cuello corto que sostenía una cabeza pequeña en la que se abrían unos ojos apagados, sin brillo, casi sin vida. Semejaban los ojos de un pescado.

O de una serpiente.

Pasó junto a la mujer sin mirarla siquiera y gruñó:

—¿Me llamaste?

Ella insistió:

—¿Qué vas a hacer, Barony?

—Ahora lo sabrás. ¿Has visto a ese hombre que salió hace unos minutos, Carmody?

—Sí.

—¿Te vio él?

—No.

—Perfecto. Se aloja en el pueblo, en la posada casi con toda seguridad.

—No hay otro lugar.

—Debe morir esta noche.

Carmody ni parpadeó. Sólo dio una mirada de reojo hacia la bellísima mujer.

Preguntó:

—¿Sólo eso?

—¿Qué otra cosa, qué quieres decir?

—¿No hay que capturarlo ni traerlo aquí?

El conde soltó un bufido.

—No. Sólo mátalos.

—Bien.

No esperó más instrucciones y desapareció más allá de la puerta abierta.

La mujer avanzó unos pasos. Tenía la piel blanca y suave y unos ojos de un verde profundo, hondo y misterioso en los que parecía burbujear un fuego extraño y demencial. Sus largos cabellos negros enmarcaban el rostro de una belleza frágil de pómulos acusados.

Con voz que temblaba de ansiedad, ella insistió:

—Ordena que lo traiga, Barony. ¡Por favor, por favor!

—No.

—Tú mismo reconoces que el otro ya no te sirve apenas.

—Y es verdad.

—¡Entonces, tráelo! Carmody puede hacerlo. Es fuerte, astuto...

—Es inútil que insistas. Te entregaré al que tenemos aquí cuando ya no podamos utilizarlo. Mañana, o pasado. Hasta entonces, tranquilízate. No hace tanto tiempo que te sacias.

La mirada de la mujer relampagueó. Por unos instantes el conde temió que le agrediera. Luego, gruñendo entre dientes como un animal rabioso, ella giró sobre los pies y salió rápidamente.

Barony de Huntsbrand suspiró con evidente alivio.

Estuvo a punto de pegar un respingo cuando vio aparecer a Cooper en la puerta. El sirviente de cabeza rapada dio un vistazo por encima del hombro, asegurándose de que la mujer se había ido definitivamente y gruñó:

—Ya no puedes contenerla, ¿no es cierto?

—¿Estuviste escuchando?

—Lo oí todo. ¿Hasta cuándo vamos a soportarla? Me pone enfermo cada vez que pierde el control, y eso sucede con más frecuencia cada día que pasa.

—Tan pronto encontremos lo que andamos buscando nos libraremos de ella. Lo tengo todo calculado hasta el último detalle.

—¡Maldita sea! Podríamos hacerlo de otra manera.

—No hay otra manera, Cooper. ¿Crees que la saqué del

manicomio y dediqué meses a sugestionarla, además de invertir en este asunto todo mi dinero, para que ahora me arriesgue a estropearlo todo por tus malditas tonterías?

—Bueno, reconozco que hiciste un buen trabajo. Ella está convencida de que es una sacerdotisa de ese culto a su antepasado vampiro, o lo que fuera. Pero ha llegado a creérselo demasiado. Ya no aguanta dos días sin su condenada ceremonia demencial. Estoy harto, eso es. ¡Harto!

El conde hizo una mueca despectiva antes de espetarle con voz helada:

—Muy bien. Entonces baja a la cripta y cava. Cava hasta romperte la espalda, hasta romperte el alma. Así quizá lo encontraríamos antes. Pero en lo que a mí respecta no pienso quebrarme el espinazo manejando un pico.

Cooper le sostuvo la mirada durante un tiempo. Al fin se encogió de hombros y gruñó:

—Estamos corriendo infinidad de riesgos por culpa de ese demencial fanatismo que le inculcaste. Podríamos haberlo hecho por nuestra cuenta sin tanto teatro. Si la gente del pueblo empieza a alborotarse, todo se hundirá y tú lo sabes.

—Es un riesgo, nada más.

—¡Condenación! ¿Le llamas un riesgo tan sólo a que todo el mundo recorra los alrededores buscando a esa mujer? Si atan cabos...

—Olvidalo. Por ese lado no sucederá nada.

—Eso dices tú. ¿Olvidas que cuando desapareció la de ese otro pueblo, sus gentes llegaron hasta el castillo buscándola?

—¿Y qué? Se fueron por donde vinieron, con las manos vacías. No pasó nada más.

—Porque era la primera vez. Ahora, alguien puede empezar a atar cabos... Y todo por culpa de esa maldita bruja. Repito que podíamos haberlo hecho de otro modo.

—¿Tú crees? Bueno, explícame cómo, teniendo en cuenta que el castillo le pertenece realmente a ella. Que era preciso acreditar la propiedad en los procuradores de Londres para ocuparlo y entrar en posesión de todos los documentos antiguos que nos ayudaron a atar cabos. Sin ella, yo no tenía ninguna oportunidad de engatusar a los procuradores, aunque quizá tú seas más inteligente que yo y tengas

otra solución.

Cooper refunfunó entre dientes, pero no replicó.

Ante ese silencio, el conde dijo:

—No se hable más. Cuando esto haya terminado nos libraremos de ella... y si las cosas se pusieran difíciles, también cargaría con el mochuelo. Ahora, sube arriba y tráeme los legajos de pergaminos. Quiero aclarar algo que me preocupa, algo que dijo ese tipo.

—¿Cameron?

—Sí. Cuando ya se iba me preguntó si conocía a un tal Larsen Lakatos. Ese nombre consta en alguno de los legajos que estudié al venir aquí, aunque no recuerdo en cuál exactamente. Ni sé si tuvo algo que ver con el ataúd de oro o no.

—Está bien.

De nuevo, el conde quedó solo con la mirada perdida en el portal por el que el falso sirviente acababa de desaparecer.

Cada día le preocupaba más la impaciencia de Cooper, su afán de protagonismo, discutiéndole todas sus decisiones. Pensó que habría que hacer algo al respecto.

Minutos más tarde, el objeto de sus preocupaciones regresó cargado con dos grandes legajos que depositó sobre la mesa.

Eran pliegos de viejos pergaminos, algunos casi destruidos por el tiempo, amarillentos, rotos, escritos en una extraña caligrafía, y parte de ellos en una lengua no menos extraña.

Se enfrascó en su estudio, ante la mirada sombría del silencioso Cooper.

Media hora más tarde el conde gruñó:

—¡Aquí está!

—¿Qué?

—¿Te habías dormido?

—Casi. ¿Qué dijiste?

—Encontré el nombre... Larsen Lakatos. Lo que no comprendo es de dónde lo obtuvo ese individuo.

—¿Lakatos?

Pasaron varios minutos mientras el conde leía dificultosamente el casi destruido pergamino. Soltó un gruñido, asombrado.

—¡El amante! —exclamó.

—¿El amante de quién? Supongo que sigues hablando de ese Lakatos...

—Fue el amante de la condesa de Huntsbrand, el hombre que en cierto modo desencadenó la vieja leyenda de la familia. Según parece, vino de Rumania cuando el conde se trajo a su esposa.

—¿Y todo eso, qué diablos nos importa ahora?

—¡Idiota! ¿Es que no comprendes nada? Cameron sabía ese nombre. ¿Cómo pudo averiguarlo, qué documentos consultó, en qué otro lugar consta el nombre de Lakatos? Y si hay ese nombre no sabemos qué más ha averiguado por otras fuentes.

—Ya veo.

—Es más necesario que nunca acabar con él esta misma noche. Y terminar el negocio antes de que aparezcan otros con los mismos conocimientos.

—Tienes razón, Barony. ¿Qué le pasó a ese tal Lakatos después de acostarse con la condesa?

—No consta nada sobre su fin. Tal vez pudo escapar antes de que mi antepasado le echara el guante, cualquiera sabe. Todo es endiabladamente confuso, porque tampoco queda claro la razón por la cual el castillo y todas sus propiedades pasaron a poder de la familia de la condesa cuando mi antepasado murió.

—Está bien, no nos devanemos los sesos con estas tonterías, tenemos otras cosas en qué pensar. ¿Quieres que vaya con Carmody esta noche, para asegurar el golpe?

—No, ése es trabajo para un hombre solo. Carmody sabe lo que tiene que hacer. Llévate todo eso arriba y luego ve a comprobar cómo sigue el trabajo en la cripta.

Mientras reunía los desperdigados pergaminos, Cooper soltó una risita.

—El pobre tipo debe estar hecho migas... Le señalé un buen trozo de tierra para antes de la noche.

Cargó de nuevo con los legajos y abandonó la estancia.

El conde abrió un cajón, revolvió entre un montón de papeles y al fin encontró lo que buscaba: un diminuto frasco de cristal lleno de un líquido incoloro.

Hizo una mueca y se guardó el frasquito en un bolsillo.

Ya sabía qué debía hacer con Cooper.

Capítulo X

ANOCHECÍA cuando Max llegó al malecón en su solitario recorrido por el pueblo silencioso. Descubrió al reverendo Hegan acodado sobre la balaustrada de piedra y fue a reunirse con él.

El clérigo sonrió al verle.

Max dijo después de los saludos:

—Estaba usted muy pensativo, reverendo.

—Ciertamente, estoy preocupado.

—¿Por la muchacha desaparecida?

—Es terrible que no haya aparecido. Esta tarde estuve con el pobre Donovan. Está destrozado.

—Es comprensible.

El crepúsculo ensombrecía el mar, dándole un aspecto melancólico. Max tendió la mirada hacia el horizonte que se esfumaba en la lejanía y murmuró:

—¿Qué opina usted que le sucedió a la muchacha?

—No lo sé. Pudiera haberse extraviado, pero ella conocía muy bien esta comarca.

—¿Tenía novio?

—No, que yo sepa. ¿Por qué pregunta eso?

—Es una posibilidad. Quizá su padre no estaba dispuesto a perderla si ella se casaba y decidieron escapar juntos en un acto desesperado.

El reverendo sacudió la cabeza.

—No hay nada de eso. Donovan sólo quería la felicidad de su hija. Y yo conocía muy bien a la chica. Estoy dispuesto a jurar que no se fue por su propia voluntad.

—Entonces, qué, ¿la raptaron?

—¿Con qué objeto? Su padre es un artesano, no tiene fortuna

con que pagar un rescate.

Cameron permaneció mudo un buen rato. El viejo le observó de reojo y al fin comentó:

—Ahora es usted quien se ha quedado ensimismado, mi joven amigo.

—Pensaba en algo que contaron..., en otra muchacha de un pueblo cercano que también desapareció hace poco tiempo.

—Cierto. Hablé con los que la buscaban. Y no la encontraron nunca.

—Es como para preocuparse, ¿no le parece?

—¿En qué piensa concretamente?

Max guardó silencio unos instantes. Luego, con voz pausada, dijo:

—En algún tarado mental.

—¿Qué?

Se volvió hacia el reverendo. En la creciente oscuridad apenas veía la cara de su compañero.

—Usted debe haber leído lo sucedido en Londres hace un año...

El clérigo dio un respingo.

—¿Piensa usted que...?

—Es una idea tan buena como cualquier otra.

—No lo creo. En un manicomio como Londres puede darse un caso así, pero no en un lugar aislado, pequeño, donde nos conocemos todos como aquí...

—Probablemente tenga usted razón. Pero hasta que mató a una mujer por primera vez, Jack *el Destripador* debía ser un hombre normal, con el que uno podía cruzarse en la calle sin que se diferenciara de los demás. Luego, ya sabe usted; fue una orgía de sangre, matando a todas esas desgraciadas.

—Y hace un año dejó de matar y no se ha sabido nada más de él... Pero esas cosas no pueden suceder en un lugar como nuestro pueblo. Esto no es Londres.

—Yo no dije que fuera eso lo que ha sucedido con esas dos mujeres desaparecidas, me limité a aventurar una teoría, una posibilidad, remota si usted quiere, pero una posibilidad.

—Jack *el Destripador*... sin duda, un loco, un pobre demente...

Max no discutió eso. La oscuridad era total y un viento húmedo comenzaba a empujar la niebla hacia la tierra.

El reverendo Hegan se estremeció.

—Creo que regresaré a casa. Es muy tarde para mí. ¿Me acompaña usted?

—No..., me quedaré un poco más, hasta que la niebla me eche de aquí.

—Cambiando de tema... ¿Sabe usted que las apuestas han subido? Están ocho a uno.

Cameron se echó a reír.

—Debería estropearles el juego..., pero les dejaré un poco más.

—Sólo se lo estropeará si va usted al castillo... y vuelve.

—El caso es que ya estuve allí. Y regresé, reverendo.

El vejete se quedó helado, tratando de distinguir el rostro de Cameron en la oscuridad.

—¿Se burla de mí?

—Por supuesto que no. Fui al castillo y hablé con el conde.

—¿Qué le pareció?

—Un mentiroso.

—¡Caramba!

—Respondió a mis preguntas con una sarta de embustes. Hay algo muy extraño en ese hombre. Y conocí también a su sirviente..., ese hombre con la cabeza rapada. Tiene tanto de sirviente como yo de obispo, dicho sea con todos los respetos.

—Y al otro criado, ¿lo vio usted?

—No. ¿Hay otro?

—Ciertamente, y tampoco parece un hombre muy sociable a juzgar por las escasas veces que le he visto en el pueblo.

—Y a la mujer, ¿la ha visto usted alguna vez?

—No, a ella, no. ¿Es realmente tan bella como afirma la gente?

—No lo sé. La vi un instante tan sólo, detrás de los cristales de una ventana.

—Todo muy misterioso, ¿no le parece?

—No lo sabe usted bien. Tal vez cuando vuelva logre aclarar algunas cosas que ahora son un misterio para mí.

—¿Les ha dicho eso a los apostantes? —inquirió el clérigo con acento irónico.

—Aún no... y le ruego que tampoco usted lo divulgue. Por lo menos, de momento.

—Está bien, es su juego, amigo mío. Y ahora me voy, ya es muy

tarde para mí.

Max oyó alejarse los pasos del anciano y volvió a acodarse sobre la baranda del malecón.

Oía el chapoteo del agua, pero no podía verla en la oscuridad. La niebla se alzaba paulatinamente, invadiendo la tierra con su lento avance, cada vez más densa.

Ahora comenzaba a creer que habían cometido una insensatez, tanto él como Connors, cuando se dejaron ganar por una ambición absurda. Una cosa era trazar planes en torno a un par de vasos, en Londres, y otra muy distinta llevarlos a la práctica.

Y ahora Connors había desaparecido. Tal vez estuviera muerto. Y entrar en el castillo sin ser descubierto por sus habitantes era punto menos que una quimera. Claro que era una construcción inmensa, en la que sólo vivían cuatro personas. Una vez dentro sería difícil que le descubriesen...

Oyó vagamente unos pasos en alguna parte. Pasos que se acercaban, como los de un paseante en la noche, otro tipo solitario y preocupado como él mismo quizá.

La niebla borraba el mundo a dos pasos de distancia. Pensó que ya era hora de regresar a la posada, de modo que, enderezándose, se volvió.

Y entonces la silueta fantasmal surgió de la niebla, saltó hacia él y el acero brilló de un modo opaco al alzarse.

Sorprendido, Max trató de esquivar. Saltó a un lado cuando el cuchillo descendía como un rayo de muerte.

Su espalda golpeó la baranda del malecón y por muy poco pudo evitar zambullirse al vacío, a las aguas que chapoteaban allá abajo.

Oyó al jadeo del otro, una forma vaga e imprecisa entre la densa bruma, agazapada como una fiera al acecho.

Recobró el equilibrio y él también tensó los músculos, sintiendo una ira sorda y destructiva apoderarse de sus sentimientos ante el cobarde atentado.

De nuevo, el cuchillo describió un arco, centelleante como un mortecino rayo de luna entre la niebla. Sólo que ahora, Max lo esquivó y al mismo tiempo disparó un puntapié con todas sus fuerzas.

Hubo un sordo quejido y el atacante retrocedió unos pasos a trompicones.

—¡Vamos, hijo de perra, inténtalo otra vez! —barbotó Cameron, agazapado—. Acércate...

Se interrumpió cuando su enemigo se tiró a fondo, jadeando, apenas visible. Max esperó hasta el último instante y sólo entonces brincó al aire hacia su derecha, y una vez más el mortal acero silbó al hundirse en el vacío.

El asesino golpeó el malecón antes que pudiera frenar su embestida. Max se revolvió enfurecido y volteó el brazo. Sintió un dolor terrible cuando sus nudillos golpearon como un mazo el cráneo del atacante, que se fue dando tumbos, desapareciendo de su vista.

—¡Fallaste otra vez! —masculló—. Debieras haber aprendido en el Soho..., sabrías cómo se debe pelear con un cuchillo.

Avanzó paso a paso hasta descubrir de nuevo, envuelto en niebla, el manchón oscuro del hombre agazapado y jadeante. Rechinó los dientes y le espetó:

—¡Estoy aquí todavía, bastardo!

Dio un salto. Vio voltear el cuchillo en el instante en que sus pies juntos golpeaban el pecho del criminal. Sólo al hecho de que su acrobática posición le hizo caer de espaldas se debió que tampoco esta vez el cuchillo se hundiera en su cuerpo.

Se levantó como si hubiera rebotado. El otro estaba de rodillas, seguramente buscando aire para sus castigados pulmones, cuando Max descargó otro puntapié con todo el furor que le dominaba.

Oyó crujir los huesos de la cara del hombre y éste semejó volar hacia atrás. Pegó contra el malecón, su cuerpo osciló un instante, y al fin, con un bronco grito, desapareció al otro lado.

Max se asomó a la negrura a tiempo de oír el chapoteo del cuerpo al hundirse en las invisibles aguas del mar.

—Espero que no sepas nadar, hijo de una hiena...

Sólo entonces se dio cuenta de que le temblaban las piernas. Se forzó a controlar la respiración y el miedo, escuchando con todos sus sentidos. Así pudo oír el rumor de las brazadas del frustrado criminal alejándose cada vez más, hasta desvanecerse en el sordo ir y venir de las olas.

Aún aguardó unos minutos más, por si el hombre ganaba la tierra en las proximidades, pero ya no le oyó.

Enfurecido como no recordaba haberlo estado nunca, emprendió

el camino de la posada, intentando hallar una explicación al criminal ataque.

Estaba seguro que sólo podía proceder de un lugar: el castillo. El conde debía haberse inquietado mucho por su visita, para haber llegado al extremo de intentar asesinarle. Aunque no creía que el frustrado asaltante fuera el conde en persona. Para eso debía disponer de sus servidores.

El hombre de la cabeza rapada, quizá.

O el otro de quien le hablara el reverendo...

Cualquiera de ellos que fuere, debería conservar las huellas de la pelea. El pensamiento de que pronto le ajustaría las cuentas le consoló en parte.

Capítulo XI

PROTEGIDO por la niebla, Max Cameron llegó hasta los muros del castillo semejante a una sombra.

De nuevo, brillaban luces en un par de ventanas. Y reinaba un silencio absoluto, irreal, en el que apenas si el susurro de la brisa nocturna lo turbaba.

Dejó pasar unos minutos con el oído alerta, hasta convencerse de que no le habían descubierto. Ignoraba si vigilaban durante las noches, aunque lo dudaba. Luego, cautelosamente, se dirigió hacia el lado en el que viera la figura torpe e imprecisa moviéndose rumbo al cementerio.

Aquel hombre debía haber salido del castillo sin ninguna duda. Y lo que se le antojó una figura contrahecha no debía ser tal, sino que le dio esa impresión por llevar sobre el hombro, un bulto grande y pesado...

Como un cuerpo humano, por ejemplo.

Había sido al pensar en eso, encerrado en su habitación de la posada, lo que le había hecho pegar un salto y dirigirse una vez más al siniestro castillo.

Pegado al colosal muro de piedra que se alzaba sobre él con su oscura masa ciclópea, descubrió el profundo hueco de una poterna. Se inmovilizó, de nuevo, escuchando casi conteniendo el aliento. Al fin se decidió.

Encendió una cerilla, protegiéndola en el hueco de sus manos y la acercó a la cerradura. Estaba obstruida por el óxido de siglos. Aquella puerta no había podido ser abierta.

Siguió adelante hasta la segunda puerta de hierro, poco más alta que él, y también embutida en el fondo de una oquedad tan profunda como el colosal grueso del muro.

Otra cerilla se encendió en las tinieblas. Max casi lanzó un grito al descubrir la cerradura, libre de óxido.

De modo que era por esa poterna por donde el hombre había salido.

Dejó pasar unos minutos calmándose, sumergido en la oscuridad. Luego comenzó a forcejear en la cerradura valiéndose de sus propias llaves, sólo para comprobar las posibilidades que tenía de abrir aquella puerta.

Pronto se convenció de que necesitaría algo más que sus simples llaves para conseguirlo. La cerradura era grande, antigua. Y a pesar de que su mecanismo debía ser rudimentario, forzarla requería por lo menos una fuerte ganzúa. Habría de volver.

Salió de la oquedad. A pesar del frío sentía un sudor frío correrle por la nuca.

Y entonces sucedió otra vez.

Aquel sonido que no era voz, que no era nada, pero que estaba allí:

—ABRE. NO TE VAYAS. ¡ABRE!

Dio un salto, volviéndose y escrutando la niebla en todas direcciones.

Nada. No había nadie.

—Es para volverse loco —murmuró para sí.

Dio unos pasos, apartándose del muro y tratando de ver en las negras tinieblas que la bruma convertía en una masa impenetrable.

—¡ABRE, ABRE!

Sacudió la cabeza. No sabía si la voz sonaba realmente. Era como si fuera él mismo quien modulara las palabras sin sonido. O como si las pensara y el eco del pensamiento retumbase en sus oídos con un poder increíble.

Siguió alejándose del muro paso a paso, cauteloso y negándose a reconocer que sentía un naciente miedo supersticioso.

De repente, ante él, una sombra blanca osciló en la niebla. Max se detuvo, sintiendo el loco golpeteo del corazón contra las costillas.

La aparición estaba quieta, informe entre los jirones de flotante niebla. Casi sin que su voluntad interviniera, murmuró:

—¿Eres tú quien me habla?

—¡ABRE. ABRE LA PUERTA!

—¡Dios, no puedo! ¿Quién eres?

—AQUÍ NO SOY NADA. HE DE ENTRAR... ¡ABRE!

Max avanzó, ahora obligándose a dominar el temor.

Pero la silueta blanca e informe retrocedió y la niebla pareció engullirla, como si se fundiera en ella, desvaneciéndose.

Incrédulo, se alejó ahora casi corriendo en busca del sendero. No estaba dispuesto a creer en fantasmas ni aparecidos del más allá, pero la absoluta incomprensión de aquel fenómeno ponía repeluznos en su piel y hubiera deseado no haberlo visto...

¡Hubiera deseado no haber salido jamás de Londres!

Se detuvo ante la puerta de la posada y como hiciera tantas veces en el camino miró hacia atrás.

No vio más que la niebla.

Sacó la llave y tanteó en busca de la cerradura. Justo en aquel instante, tras él, la voz dijo:

—Estuve esperándole, señor Cameron.

Dio un salto, girando violentamente.

Se quedó mirando con ojos desorbitados al hombre erguido a dos pasos de distancia. Al hombre envuelto en su capa, apenas una silueta más negra que la noche.

—¡Larsen Lakatos! —jadeó.

—Claro que soy yo. ¿Por qué está tan asustado?

—No le esperaba. ¿Quiere entrar?

—Despertaríamos a la gente. Aquí estamos bien. No le detendré mucho.

—Si ha venido por ese puñal, aún no he empezado a buscarlo.

—Pero usted estuvo en el castillo. Entró en él.

—¿Cómo lo sabe?

—Eso no importa.

—Sólo fui para conocer al conde y reconocer el terreno. Más importante que su Puñal de Plata es encontrar a un amigo mío.

El extraño desconocido permaneció en silencio unos instantes.

De pronto, indagó:

—¿Y esta noche, qué sucedió?

—Descubrí un lugar por donde entrar, pero necesito una llave grande, o una ganzúa. Ahora ya sé que habré de hacerlo sin contar con la ayuda del conde. Me mintió al hablar de mi amigo.

—¿Por dónde piensa entrar?

—Hay una poterna de hierro que tiene la cerradura en buen

estado. Todas las demás son imposibles de forzar porque el óxido ha inutilizado los mecanismos. No queda ni el hueco de la llave.

—¿Qué poterna es ésta?

—Una que hay en lado este, en el muro que mira hacia el cementerio.

Larsen Lakatos avanzó un paso. Casi saltó hacia él.

—¿La primera o la segunda? —exclamó.

—La segunda. ¿Por qué lo pregunta?

Hubo un largo silencio. Luego, la voz alterada del hombre de la capa, dijo:

—Tendrá usted la llave, señor Cameron. Esta noche. Mañana podrá entrar.

—¿Usted me facilitará la llave?

—No se preocupe, la tendrá. Mañana noche, usted entrará en el castillo y buscará el Puñal de Plata.

—Hicimos un trato, así que intentaré encontrarlo, pero recuerde que mi objetivo es mi amigo. Tengo el convencimiento de que no salió del castillo.

—¡Pero tiene que encontrar el puñal!

—¿Por qué es tan importante para usted? Dijo que no le interesaban las piedras preciosas que lo adornan. ¿Por qué entonces?

—Eso no importa ahora. Descanse esta noche, señor Cameron. Mañana podrá entrar en el castillo.

Sin una palabra de despedida, Larsen Lakatos se envolvió en su capa y giró sobre los pies.

Antes que diera más de tres pasos, Max comentó como despedida:

—Alguien más entrará conmigo, si logro abrir esa maldita poterna.

—¿Qué?

El hombre se volvió. En la oscuridad su cara era apenas una mancha clara en la que relampagueaban aquellos ojos inquietos y escrutadores.

—Hay alguien más rondando el castillo para entrar en él sin que le descubran.

—¿Quién?

—No sé quién es. Realmente, no sé siquiera «qué» es.

—¿Está burlándose de mí?

—Por supuesto que no.

Tras un breve silencio, Larsen Lakatos se le acercó otra vez y gruñó:

—Cuénteme. Necesito saber.

—No hay mucho que contar, señor. Por dos veces, me ha parecido oír una voz extraña y profunda pidiéndome angustiosamente que abra la poterna. Y he visto también una silueta blanca, algo impreciso, ¿comprende? Algo que parece formar parte de la misma niebla.

Larsen Lakatos emitió una suerte de sordo quejido.

—¡El tiempo se acaba! —susurró—. ¿No pudo ver nada de ella, ningún detalle?

—Yo no dije que fuera una mujer, señor. Hablé de una silueta blanca que parecía flotar en la niebla. Y usted ha dicho «ella». ¿Por qué?

—No lo sé. Que descanse usted, amigo mío.

Esta vez se alejó apresuradamente.

Max hubiera deseado detenerlo. Tenía infinidad de preguntas que hacerle. Necesitaba saber.

No hizo ninguna. El señor Larsen Lakatos se fundió en la niebla y sus pasos se perdieron en la distancia, y al fin Max abrió la puerta y subió a su cuarto.

Se acostó, pero le costó dormir. Su mente era una lanzadera imparable. Luego, al cabo de mucho tiempo, el sueño le venció y quedó profundamente dormido.

Cuando despertó, a la mañana siguiente, sobre la mesita de noche había una gran llave de hierro como él no había visto otra semejante en toda su vida.

Sintió un ramalazo de pánico. Luego, temblándole las manos, la tomó para examinarla con detalle.

La forma era endiabladamente complicada y pesaba una enormidad. Aún quedaban en ella restos de óxido, a pesar de que no cabía duda que la habían raspado para librarla de él.

De un salto estuvo junto a la puerta. Recordaba muy bien que la había cerrado por dentro al acostarse.

Seguía cerrada con llave.

La ventana, entonces.

Sólo que la ventana continuaba también perfectamente cerrada y la falleba encajada en su sitio.

No obstante, alguien había llegado hasta él. Alguien que había depositado la llave de hierro en la mesita mientras él estaba sumido en el pesado sueño en el que no hubo pesadillas ni temores.

Alguien como Larsen Lakatos, tal vez.

Capítulo XII

ENVUELTO en una bata de noche, el conde se paseaba de un extremo a otro de la biblioteca conteniendo apenas su cólera.

El alba naciente se insinuaba más allá de los sucios cristales del ventanal.

—Debería arrancarte la cabeza —gruñó una vez más.

Sentado en una silla, aún con las ropas chorreando, Carmody ni le miró. Estaba muy ocupado tanteando los desperfectos de su cara machacada.

Y no era sólo la cara lo que le dolía.

El conde se detuvo ante él echando chispas.

—Hasta ahora había confiado en ti ciegamente —le espetó, rabioso—. Nunca habías fallado.

—Nunca había tropezado con un hombre como ese Cameron. Es un luchador, hábil y duro. Creí que podría vencerle, le sorprendí... Bueno, no me ahogué de milagro. Si el mar hubiese estado un poco revuelto no lo cuento. Incluso así, la corriente me arrastró.

—Y Cameron sigue vivo.

—Lo intentaré otra vez, no te preocupes.

—Sólo que ahora, él estará prevenido. Y seguramente a estas horas debe empezar a preguntarse por qué alguien intentó matarle, y quién fue. ¿Sabes si pudo verte la cara?

—Lo dudo. Todo estaba oscuro y la niebla era muy espesa. De todos modos, aunque me hubiera visto no sabría quién soy. Cuando estuvo aquí, sólo vio a Cooper.

—Eso es cierto.

—A propósito, ¿dónde está?

—¿Cooper?

—Sí.

—Salió a caballo para otro trabajo. Espero que no fracase también..., está convirtiéndose en un problema —refunfuñó entre dientes.

Carmody le observó unos instantes en silencio. Cuando el conde estaba tan enfurecido era mejor establecer distancias, así que siguió mudo otro rato y al fin, levantándose, gruñó:

—Iré a cambiarme de ropas. Estoy helado.

—Puedes acostarte unas horas. No te necesitaré hasta la hora de bajar a la cripta.

Carmody asintió y se fue apresurado.

El conde se dejó caer sentado en una butaca. Luchaba por calmarse, por dominar el furor que le invadía. Jamás había soportado los fracasos, y no iba a admitirlos justo cuando estaba a punto de alcanzar su meta.

Vio nacer el día, un día gris, con el cielo cubierto por compactas nubes grisáceas que flotaban muy bajas sobre la tierra y el mar.

Cuando al fin regresó a su cuarto continuaba lleno de ira, pero también más resuelto que nunca a llevar sus planes hasta las últimas consecuencias.

Era domingo y el reverendo Hegan había terminado los oficios de la mañana. Despidió al último de sus feligreses y la pequeña iglesia quedó desierta. Las nubes, cada vez más oscuras, no auguraban nada bueno. Él les dio un desconfiado vistazo y entró, dirigiéndose al despacho.

Casi dio un salto al ver a Max Cameron sentado allí como si fuera el dueño del lugar.

—Entré por la otra puerta —explicó Cameron—. Estaba abierta.

—Nunca se cierra. ¿Por qué tanto misterio, amigo mío? Si deseaba hablarme, pudo haber asistido a los oficios como el resto del pueblo.

Max esbozó un gesto ambiguo.

—No quiero que nadie advierta que usted y yo mantenemos largos diálogos, reverendo. Y necesitaba verle, así que adopté estas precauciones en su obsequio.

—Desde luego, no comprendo absolutamente nada.

Se despojó de los ornamentos sagrados mientras hablaba. Luego,

volviéndose, se enfrentó con su visitante.

—Bien, ¿ha desayunado usted?

—Sí, en la fonda, hace rato.

—Yo no, así que si quiere hablar conmigo, habrá de acompañarme. Podrá tomar café, si es usted aficionado a él. Mi ama de llaves lo prepara como los ángeles.

—Escuche, no se trata de una conversación trivial. Han sucedido algunas cosas que me tienen en vilo.

—Nada es tan urgente como mi desayuno —replicó el clérigo, con ironía—. Vamos, venga conmigo.

Refunfuñando, Max le siguió escaleras arriba.

En la vivienda del reverendo esperaba una mesa puesta para el desayuno. Una mujer pálida, de aspecto frágil, le miró con reproche por atreverse a turbar el sagrado desayuno del anciano.

—Siéntese ahí, amigo mío... Señora Ford, éste es el señor Cameron, y apreciaría mucho que usted le sirviera una taza de ese café especial suyo, y luego déjenos solos.

La mujer apareció dispuesta a protestar, sobre todo por las últimas palabras, pero pensándolo mejor, dio media vuelta y salió muy tiesa, rígida.

—Se ha enfadado —rio el vejete—. Me gusta hacerla rabiar de vez en cuando... ¿Y bien, de qué se trata? Puede hablar mientras doy cuenta de estos manjares.

Los manjares consistían en un huevo revuelto, tostadas y mantequilla.

Cameron dijo:

—Anoche, poco después de que usted se separara de mí, alguien intentó asesinarme.

El reverendo se atragantó con el primer bocado.

—¿Asesinarle?

—Con un cuchillo.

—¡Dios bendito!

Max le contó a grandes rasgos la pelea con el desconocido cuchillero, hasta el momento en que lo arrojó al mar.

—No se ahogó —dijo, ceñudo—. Le oí alejarse a nado. El maldito sabía nadar.

—¡Señor Cameron!

—Lo siento..., disculpe.

—Bien, comprendo que esté usted furioso y resentido, pero, ¿por qué viene a contármelo a mí?

—Porque tengo la sospecha de que ese ataque es consecuencia de mi visita al castillo. El conde debe haberse inquietado por mi pretensión de localizar a Connors, el hombre que desapareció allí.

—Así que es eso lo que persigue.

Max titubeó. Sacudió la cabeza y gruñó:

—Ahora, eso es la máxima aspiración. Pero la idea inicial, tanto de Connors como mía, era otra. Él fue al castillo y nadie volvió a verle, y el conde me mintió cuando hablé con él.

—A mi modo de ver, eso no es motivo suficiente para que haya intentado asesinarle, señor Cameron.

—Nadie más puede tener interés en verme muerto.

—Quizá está equivocado. Tal vez algún vagabundo intentó robarle...

—¿Sin mediar palabra? No, reverendo; el hombre surgió de la niebla con el cuchillo por delante. Todo lo que quería de mí era mi vida.

—Ya entiendo...

La entrada de la mujer trayendo una humeante cafetera, tazas, leche y azúcar, les interrumpió. Esperaron que les sirviera y a que hubiera desaparecido de nuevo antes de reanudar el diálogo.

—He pensado que si mi sola presencia les ha inquietado hasta ese extremo —prosiguió Max—, quizá sientan la misma aversión por quienes establezcan relaciones conmigo. Quizá teman que estén enterados de mis propósitos. Esa es la razón por la que, de ahora en adelante, me mantendré apartado de usted.

El reverendo dio un sorbo a su taza. Tenía el ceño fruncido y parecía preocupado.

—Por mí no debe inquietarse, amigo mío. Nadie se atrevería a causar daño a un anciano, y además clérigo. Pero comprendo sus temores.

—Bien, quería que supiera cómo están las cosas.

—Siga, no parece que haya agotado usted el tema a juzgar por su actitud.

—Hay algo más, ciertamente. Anoche, muy tarde, volví a inspeccionar el castillo desde el exterior.

El viejo dio un respingo.

—Pero usted ya había hecho eso antes...

—Y lo repetí. Encontré una poterna de hierro con la cerradura en buen estado, aunque no pude abrirla por mis propios medios.

—Claro, sin la llave...

—Ahora tengo la llave, reverendo.

Hundió la mano en el bolsillo y sacó la enorme llave de hierro.

El clérigo se inclinó sobre la mesa, estupefacto.

—¿De dónde la ha sacado? Es de las más antiguas que he visto nunca...

—Eso es otro misterio del que también quería hablar.

Los ojos vivos del anciano se clavaron en él, escrutadores, chispeantes de interés.

—¿Dónde la encontró? —quiso saber, impaciente—. ¿Y cómo sabe que es la llave de esa puerta de hierro que ha mencionado?

—Aquí es donde entra una vez más el hombre por el que le pregunté una vez: Larsen Lakatos. Usted dijo que había oído ese nombre en alguna parte.

—¿Oído? No sé... quizá lo leí. Imposible recordarlo ahora.

—Ese hombre aparece en los momentos más inesperados. Estoy seguro de que es él quien me ha hecho llegar esta llave, y maldito si comprendo cómo, ni por qué la tenía en su poder. Ni siquiera puedo comprender cómo logró dejarla en mi habitación, esta madrugada.

—Cada vez lo entiendo menos.

—Dígame, ¿habría algún modo de averiguar quién es Larsen Lakatos, dónde vive, si alguien le conoce? No puede habitar muy lejos de aquí, si tenemos en cuenta que desde mi llegada ya lo he visto dos veces.

—No se me ocurre cómo..., estoy seguro que no es un habitante de la región.

—Pero usted reconoció que ese nombre le recordaba algo.

—Y así es. Si lo he leído en algún lado, y está ligado a la historia del castillo, como parece si poseía esa llave, quizá fuera en alguno de los viejos documentos que estudié alguna vez. Pudiera tratarse de un descendiente de los antiguos dueños del lugar..., un miembro de alguna rama europea de esas familias.

—¿Podría usted volver a examinar esos documentos en mi obsequio?

—Lo veo difícil. Muchos de ellos están en los archivos reales, en

Norfolk y en Londres. Y otros en las bibliotecas. Años atrás no me importaba viajar impulsado por mi curiosidad histórica, pero en la actualidad soy demasiado viejo, mi joven amigo.

—Comprendo.

Se miraron unos instantes en silencio. Una lenta sonrisa distendió las facciones del anciano.

—De cualquier modo —dijo—, volveré a buscar entre mis anotaciones. Tengo cientos de hojas escritas con datos que reuní... Pensaba escribir un libro sobre el tema, pero nunca me decidí a empezar. Si ese nombre consta en alguna de ellas, se lo diré.

—Le quedaré muy agradecido, reverendo. Como le agradezco ya ahora la paciencia que ha tenido conmigo.

—Y el caso es que no suelo ser tan paciente, y menos con quien no asiste a mis oficios del domingo...

Cameron sonrió.

—Me lo he ganado. Gracias otra vez.

Se levantó. Se estrecharon las manos, y antes de soltarle el reverendo murmuró, intrigado:

—¿Qué se propone hacer con esa llave?

—Probar si abre aquella puerta.

—¿Esta noche?

—Sí.

—Que Dios le proteja.

Max abandonó la casa con la esperanza de que el anciano pudiera aclarar algo del misterio que envolvía la personalidad de Larsen Lakatos.

Fuera estaba lloviendo a mares.

Capítulo XIII

ERA muy tarde cuando Max Cameron llegó a las inmediaciones del castillo, de modo que la niebla se había levantado y apenas si veía sus propias manos.

Había debido esperar que cesara de llover, y a que la posada estuviera oscura y silenciosa, con los posaderos acostados para que no descubrieran su escapa nocturna. De modo que, con los pies chapoteando en el barro, soportando el aire frío y húmedo que empujaba la niebla procedente del mar, había emprendido el camino que ya conocía de memoria con una vaga sensación de incertidumbre o de irrealidad, como si además de entre la niebla, estuviera también sumergido en una atmósfera que no perteneciera siquiera a este mundo.

Atravesar el bosquecillo fue un suplicio, porque las ramas de los árboles goteaban y antes de salir de nuevo en descampado estuvo empapado hasta los huesos.

Entre la bruma veía las ventanas iluminadas, como difuminadas luciérnagas brillando en las tinieblas. Caminó con cautela hasta pegar la espalda en el muro y allí se deslizó hacia la esquina.

Allí se detuvo, escuchando, tal vez temiendo captar la voz que parecía nacer en su propia mente; o quizá esperando ver surgir la aparición blanca y etérea que tan preocupado le tenía.

No hubo nada de eso. Ni voces, ni apariciones. Sólo niebla, cada vez más espesa y húmeda. Y silencio.

Se dirigió, ahora apresurado, hacia la poterna ansiando probar si la pesada llave era capaz de abrirla.

Justo cuando se guarecía en la profunda oquedad del muro, oyó el sordo golpeteo de los cascos de un caballo.

Se inmovilizó conteniendo el aliento. El rumor procedía del ala

norte del castillo, la que correspondía al lado opuesto al mar. Oyó aproximarse cada vez más el trote del animal, y agazapado donde estaba, lo vio poco después cuando pasó como una gran sombra negra rumbo a la entrada principal de la fortaleza.

No pudo distinguir nada en absoluto del jinete debido a la completa oscuridad, y no dejó de intrigarle la llegada de alguien a semejantes horas de la noche.

Oyó rechinar la gran puerta de entrada, los cascos del caballo sobre la piedra, y luego las enormes puertas debieron cerrarse otra vez, puesto que rechinaron de nuevo, y al fin el denso silencio.

Sacó la llave del bolsillo y sin titubear la insertó en la cerradura. Entró sin dificultad, y también sin ningún impedimento, giró y la enorme cerradura emitió un chasquido al correr.

Permaneció muy quieto, sorprendido. De modo que Larsen Lakatos había acertado. Aquélla era la llave de la pesada poterna de hierro.

Empujó al fin con cautela, temiendo que los goznes rechinaran escandalosamente. No fue así. Estaban aceitados y el único rumor que escuchó fue su alterada respiración.

El interior era un pozo de sombras de una negrura absoluta. Sacó la llave de la cerradura y la guardó en el bolsillo. No pensaba cerrar la puerta por dentro, sólo la dejaría entornada para el caso de que hubiera que salir con excesivas prisas.

Fue entonces que la voz retumbó, triunfante:

—¡AL FIN!

Dio un salto. La silueta blanca estaba allí, envuelta en niebla, a menos de tres pasos. Sintió que los pelos se le erizaban, porque realmente parecía flotar en el aire. Y era blanca y lo que estaba allí era una mujer envuelta en una flotante túnica. Pudo ver una guedeja de largos cabellos negros escapando de un pliegue de la capucha.

Ahogó un grito y retrocedió.

La voz aún dijo:

—¡TU HAS ABIERTO MI PUERTA AL FIN!

Max encontró una pared a sus espaldas y detuvo su retroceso. Vio la forma blanca cruzar el portal materialmente en las tinieblas.

Y de pronto desapareció y él empezó a dudar de que la cosa hubiera sucedido en realidad, aunque sus piernas temblaban y en

sus oídos aún parecían resonar las palabras moduladas no sabía bien cómo ni por quién.

Empujó la puerta hasta encajarla en el marco, pero dejándola así. Luego, encendió una cerilla y miró alrededor.

Se encontraba en una estancia reducida, desprovista de muebles. Las paredes ciclópeas estaban formadas por enormes bloques de piedra, y en la pared opuesta a la puerta se abría un amplio pasillo negro como la tinta. Eso explicaba el modo cómo aquella cosa blanca había desaparecido.

Si es que había estado allí...

La cerilla quemó sus dedos y la apagó de un soplo, guardándose el resto en el bolsillo para no dejar rastros. Tras esto se internó con infinitas precauciones por el pasillo.

Se movía tanteando cada paso por temor al ruido, a tropezar con cualquier obstáculo, al tiempo que tanteaba con la mano la pared de la izquierda para guiarse. Así fue como su mano localizó una abertura.

Se detuvo y escuchó.

Silencio.

Total y absoluto silencio, como si se hallara en un mundo muerto, o sumergido en un lugar vacío.

Se arriesgó a encender otra cerilla. El pasillo se prolongaba hasta no sabía dónde, porque la oscuridad seguía imperando delante de él.

A su izquierda se abría un estrecho arco, y más allá de éste nacían unos escalones que se hundían en la tierra.

Se internó hacia ellos y cuando la cerilla le chamuscó los dedos había empezado a descender con la misma cautela.

Poco después, los escalones terminaban en un rellano.

Otra cerilla le mostró que a la derecha del rellano se abría una puerta. Pero vio también un estrecho pasillo abovedado a su izquierda, y delante otro tramo de escalones que seguían hacia abajo.

Tanteó la puerta y ésta giró silenciosamente al tiempo que se apagaba la cerilla.

Antes de encender otra, escuchó con todos los sentidos en tensión.

No captó el menor ruido.

Pero sí un hedor peculiar y extraño que procedía del interior de la estancia cuya puerta acaba de franquear a oscuras. Husmeó el aire como un perro de caza.

Se le antojó un olor dulzón, pasado y mareante, a cobre viejo. Se colocó a un lado de la puerta y encendió otra cerilla. Sus sentidos identificaron el olor antes de que brillara la llamita y sintió un helado escalofrío.

Sólo había una cosa que oliera de semejante modo:

¡La sangre!

La sangre solía tener ese débil y dulzón hedor a cobre...

La luz de la cerilla le reveló que estaba en una estancia cuadrada, grande. En el centro vio una gran mesa alargada, de madera y con recias patas incrustadas en el suelo.

De los extremos de la mesa colgaban gruesas correas de cuero, y en uno de ellos sobresalía un aro de metal.

La cerilla se consumió y encendió otra aproximándose a la extraña mesa, observándola perplejo. Era de madera vieja y con millares de orificios de carcoma en toda su superficie.

Junto al aro metálico la madera era mucho más oscura a causa de las gruesas manchas.

Max se echó atrás instintivamente al comprobar que las manchas eran de sangre seca. De ellas procedía el hedor que le había sorprendido al entrar.

De nuevo se quedó a oscuras. Procuró calmarse porque sentía los nervios excesivamente tirantes. Luego, encendió otra cerilla para seguir examinando lo que le rodeaba.

Negros y pesados tapices colgaban de las paredes. En un ángulo, casi a ras del suelo, había algo semejante a un lecho amplio también cubierto por un dosel negro. Cerca de él, encima de una losa de mármol negro semejante a un pequeño altar, reposaba un extraño cuchillo de afilada y curva hoja.

Max se inclinó sobre él con la vaga esperanza de que su empuñadura fuera semejante a la que viera dibujada en el viejo pergamino de Larsen Lakatos.

No era así ni remotamente. La empuñadura era simplemente de madera oscura y sucia. La suciedad era sangre seca.

El oscuro temor que le asaltara antes se agudizó. Con el último chisporroteo de la cerilla llegó a la puerta, salió y cerró a sus

espaldas, para continuar después descendiendo las escaleras.

Las descendió a tientas, con la sensación de que no iban a terminar nunca.

Pero de pronto ya no hubo más peldaños y se detuvo.

Lejano, le pareció escuchar el sonido del hierro contra la tierra. Otra cerilla. Estaba en una bóveda inmensa, con profundos sepulcros abiertos en los muros. Todos estaban vacíos, invadidos por espesas telarañas.

El suelo, de tierra, era un revoltijo increíble. Lo habían cavado de un extremo a otro y había montones de tierra por todas partes.

El sordo ruido que captara antes llegaba del fondo de la cripta. Encendió una segunda cerilla cuando se le apagó la primera y trastabillando por el revuelto suelo avanzó guiado por el ruido.

Había un corto pasillo, y más allá brillaba un débil resplandor amarillento.

Apagó la cerilla, y ahora guiándose por la turbia luz casi corrió hacia el final del pasillo.

Lo que vio tuvo la virtud de dejarle paralizado de horror.

Un hombre cavaba la tierra valiéndose de un pico, que manejaba apenas sin fuerzas.

O lo que una vez fuera un hombre.

El que una vez fuera John Connors.

Ahora no era más que un amasijo de huesos y piel cubierto de harapos. Más parecía una calavera viviente que un ser humano. En el cuello y en los brazos desnudos mostraba distintos vendajes, que debían de haberse aflojado con sus movimientos y se bamboleaban a cada gesto.

Antes de que recobrara la facultad de moverse, le vio tambalearse, emitió un angustioso quejido y se desplomó de bruces.

Con un rugido de ira salvaje Max se precipitó hacia él.

Capítulo XIV

CON una expresión ávida en el rostro, los ojos relucéndole como llamas, el conde no podía despegar la mirada de la hermosa mujer tendida en el diván.

Tras él, Cooper rezongó:

—Esto tiene que acabar, Barony. Esta vez corrí unos riesgos terribles para cazar a esa chica.

—¡Cállate!

—¡Con mil diablos! No pienso volver a arriesgar el cuello por esa maldita loca.

El conde giró en redondo. Levantó la mano para abofetear a Cooper, pero la actitud desafiante de éste, y la presencia de Carmody a su lado le inmovilizó.

Bajó la mano a regañadientes y gruñó:

—No vuelvas a hablarme en ese tono jamás o te mataré. Yo te diré lo que tendrás que hacer en cada momento te guste o no.

Cooper sacudió la cabeza.

—Ni lo sueñes. Ya me harté de eso. Si no puedes manejarla, es asunto tuyo acabar con la situación.

Rojo de cólera, el conde luchó por contenerse. Les dio la espalda a sus hombres y volvió a clavar la mirada en la mujer inconsciente.

—No despertaré en unas cuantas horas —explicó.

Cooper con voz ronca—. Le administré suficiente soporífero para dormir a un caballo. Quería estar seguro de que no alborotaría por el camino.

—¿Dónde la encontraste?

—En un pueblucho del interior... Estaba alojada en una posada de las afueras. Ella y dos mujeres más, viejas y gruñonas.

Carmody murmuró suavemente:

—¿Estás pensando lo mismo que yo, Barony?

—No sé qué piensas tú. A veces creo que ni siquiera sabes pensar.

—Sí, bueno, pero esa chica es una belleza. Nunca había visto otra tan hermosa.

—¿Y qué?

Carmody carraspeó.

—¿He de decírtelo con todas las letras?

Poco a poco, el conde despegó la mirada de la inconsciente muchacha y se volvió.

—La quisieras para ti, ¿eh? Es eso lo que estás deseando.

—¿Y tú no?

—Olvidalo.

—¡No quiero olvidarlo! ¿Es que no tienes ojos en la cara? Llevamos meses metidos en este maldito mausoleo, como topos, sin más diversiones que beber y beber, sin mujeres, sin nada. Y ahora Cooper trae esta belleza y tú vas a entregarla a esa sucia bruja para una de sus delirantes ceremonias.

El conde empezó a preocuparse. Ya era malo que Cooper le discutiera las órdenes, pero que Carmody se le enfrentara era mucho peor, porque Carmody podía ser muy peligroso.

Rechinando los dientes gruñó:

—Total, tú quieres acostarte con ella.

—Lo mismo que tú si tienes sangre en las venas.

Cooper rezongó:

—No hables de sangre, me da náuseas pensar en ella de un tiempo a esta parte.

El conde escrutó sus caras con ojos llenos de ira.

Pero sólo dijo:

—Habrà tiempo de discutir todo eso. De momento hay que encerrarla abajo.

—Muy bien, pero procura que la bruja no se desmande...

Carmody levantó el cuerpo inerte y echó a andar. Sentir en sus manos la tibieza de la carne, y la turbadora fragancia de la mujer en sus sentidos casi le hizo tambalearse.

—Ve con él, Cooper —ordenó el conde—. No quiero que intente nada con la mujer, sólo dejadla encerrada. Luego, ocúpate de Connors, en la cripta. Si tiene fuerzas para cavar un poco más esta

noche, márcale otra porción de tierra. Si no, que descanse. De cualquier modo mañana o pasado habrá debido terminar, y si fuera preciso lo haríamos nosotros. Ahora ya sólo falta esa parte de la cripta, de modo que debe estar allí si el ataúd existe.

—Bueno.

Sin otra palabra, Cooper le dejó solo.

Rechinando los dientes, el conde acarició, dentro de su bolsillo, el diminuto frasco lleno de aquel líquido incoloro...

Estaba más resuelto que nunca a utilizarlo, antes que fuera demasiado tarde.

Angustiado, Max zarandeo a su compañero.

—¡John! ¿Me oyes? Johnny...

Connors movió apenas los labios, aunque ningún sonido brotó de ellas. Después, sus párpados se abrieron y trató de enfocar la mirada.

—¡Max... Dios bendito... Max!

—¿Qué infiernos hicieron contigo?

—Una pesadilla... no son humanos, Max...

—Cálmate.

—¿Cómo pudiste llegar aquí... no sabes... no sabes...?

—Tú me ilustrarás. Ahora descansa y tómallo con calma.

—Te cazarán... nadie puede huir de este laberinto.

Intentó sentarse en el suelo y Max le ayudó, sosteniéndole. Notó que pesaba menos que una pluma.

Luego gruñó:

—Si he podido entrar igual podremos salir. Ahora sólo descansa, ya hablarás después.

—Descansar... —de repente se estremeció, enderezándose, tenso y asustado—. ¡No puedo, Max... he de terminar...!

—¿Qué es lo que haces con toda esta excavación?

—Todas las cavernas, la cripta. He de terminar...

Con un esfuerzo increíble logró ponerse en pie. Max, atónito, le sujetó antes de que se desplomara otra vez.

—¡Maldita sea, Johnny, no puedes ni sostenerte! ¿Qué es lo que tienes que hacer con tanta urgencia?

—Me señalan un trozo de suelo y he de cavarlo en el tiempo

señalado o...

Su voz se quebró.

—¿O qué? ¡Habla, condenación!

Los ojos hundidos, apagados, casi muertos de su amigo le miraron llenos de desesperanza.

—Es de locos, Max... una pesadilla. Son engendros del infierno, encarnaciones del diablo, estoy seguro.

—¿Por qué dices eso?

—Porque es cierto.

Trató de desprenderse para agarrar el pico. Max lo impidió, casi zarandeándole con violencia.

—¡Ya basta, maldita sea! Quiero saber qué está cociéndose aquí y luego te sacaré.

—No lo conseguirás. Es imposible escapar.

—Ya veremos. ¿Para qué demonios te obligan a cavar toda esta tierra?

—El tesoro, Max... Nosotros estábamos equivocados. Ellos tienen pruebas de que está enterrado en el suelo, saben lo del ataúd de oro... pero no está en un sarcófago como tú y yo creíamos, sino sepultado en la tierra, en estas catacumbas, aunque ignoran dónde, así que hay que remover todo el suelo... no sabes las tumbas que he profanado... los huesos que esparcí sin querer...

—Eso no debe preocuparte, cálmate.

Connors emitió una suerte de sollozo.

—Cava, Max...

—¿Qué?

—Vendrán a comprobar mi trabajo... tengo que terminarlo. ¡Por Dios, cava!

—¿Y si no lo terminas qué pasa?

—Ella... la bruja... es peor que todos los demás...

—¿De qué hablas?

Connors se arrancó uno de los vendajes del cuello. Apareció la costra de una extraña herida.

—No lo creerás... pero ese engendro del infierno ha bebido mi sangre... varias veces, siempre que no he cumplido el trabajo.

Max Cameron sintió que le temblaban las piernas, pero también experimentó una oleada de furia demencial.

—Antes de salir de aquí —masculló con voz ronca—, les

ajustaremos las cuentas, Johnny.

—¡Cava ahora... tú estás fuerte... cava!

Impresionado a su pesar, Max agarró el pico y refunfuñó:

—Está bien si eso ha de tranquilizarte. ¿Hasta dónde tienes que cavar esta noche?

—No sé siquiera cuándo es de noche o de día... Hasta ese rincón... y a esa profundidad.

—Bueno, no es mucho.

—Para ti, quizá no.

Comenzó a trabajar furiosamente, como si con el ejercicio quisiera librarse de la furia destructiva que le impulsaba.

Diez minutos después había revuelto toda la tierra hasta el lugar señalado.

—¿Y ahora qué?

—Puedo descansar...

Se dejó caer sentado y apoyando la cabeza en el muro cerró los ojos y susurró:

—Han salido del infierno, Max... no puede ser de otro modo.

Cameron le observó preocupado.

Antes que pudiera replicar se oyó un sonido de pasos en la tierra revuelta. Dio un salto y Connors empezó a gimotear.

—¡Te cazarán...!

—Escucha y no cometas ninguna imprudencia. Me ocultaré hasta que se vayan... son más de uno. ¿Podrás disimular?

—Sí... sí, creo que sí.

Max saltó hacia las profundas tinieblas que se enseñoreaban del extremo más alejado de la cripta, y allí se tendió junto a un montón de la revuelta tierra y esperó.

Vio aparecer a los dos hombres y casi dio un salto.

Uno de ellos mostraba sin la menor duda las huellas de una dura pelea en la cara. Incluso a la pobre luz del farol de petróleo, eran tan visibles que no dejaban lugar a dudas.

El otro era el criado de cabeza rapada que ya conocía.

Se detuvieron delante del derrengado Connors. La voz sarcástica de Cooper llegó hasta Max.

—Te diste prisa esta vez, amiguito. Aprendiste la última lección por lo que veo.

Hubo un murmullo ininteligible de Connors. El otro rufián

gruñó:

—Ya viste lo que pasó con la paloma que tu trabajo debía proteger... fracasaste...

Un chillido horrible brotó de la garganta de Connors. Espantado, Max le vio derrumbarse de bruces, gimoteando, retorciéndose como un gusano.

Los dos hombres se echaron a reír y el mismo que hablara antes añadió:

—Ahora tenemos otra esperando. ¿Entiendes lo que te digo? Claro que lo entiendes. Y como imagino que estarás impaciente por asegurar su vida, esta noche seguirás cavando. ¿Eh, crees que podrás hacerlo?

Si hubo alguna respuesta, Max no pudo oírla. Apenas podía contener las ansias de salir y enfrentarse a los dos rufianes. Nunca antes había sentido esos deseos de matar, de destruir a unos hombres que se le antojaban encarnaciones del mal.

—Hasta el otro rincón —prosiguió la voz—. Cavarás hasta allí y por la mañana podrás descansar... y a esa belleza que tenemos esperando no le sucederá lo mismo que a la otra. De ti depende. Y si fracasas... ya sabes.

Se echaron a reír. Max oía los sollozos de su amigo y sentía escalofríos.

Al fin, los dos hombres se fueron y él aún permaneció quieto unos minutos, oyendo los quejidos de Connors en el siniestro silencio de la cripta.

Cuando avanzó vio a su compañero acurrucado en el suelo, sacudido por terribles estremecimientos de terror.

—¡Connors! —barbotó—. ¡Johnny! ¿Qué te pasa?

—Lo vi... lo vi todo... me obligaron...

—¡Ya basta!

Le obligó a sentarse en el suelo.

—¿Qué es lo que quieren, que caves hasta ese otro ángulo?

—Sí... ya lo oíste, hasta ese saliente de piedra.

—Lo haré yo, no te preocupes. En menos de media hora lo habré terminado y tú podrás descansar. Necesitamos tiempo...

—Pero no comprendes... no sabes...

—¡Condenación! ¿Qué es lo que he de saber?

Los ojos desolados de Connors se elevaron hacia él. Era una

mirada llena de horror, como si hubiera visto el infierno.

—Mataron a una muchacha, yo lo vi.

Max contuvo el aliento.

—Sigue... desapareció una mujer del pueblo.

—Debía ser la misma... ¡Oh, Dios! Lo que le hicieron...

—¡Acaba!

—Realizan ceremonias demoníacas... recogieron su sangre en una gran copa de oro...

Un quejido desgarrado quebró su voz. El desgraciado se cubrió la cara con las manos y se encorvó sobre sí mismo, lloriqueando y balanceándose como un péndulo.

Cameron esperó rechinando los dientes, pero sintiendo una profunda piedad por su amigo. Y un odio rugiente contra aquellos engendros que lo habían convertido en ese guiñapo asustado.

Cuando logró calmarse, Connors añadió:

—Estaba sujeta a la mesa y la maldita bruja le abrió el cuello con un cuchillo... todo aquel torrente de sangre cayendo en la copa de oro...

—¿Estás seguro que viste eso?

—Lo vi.

—¿Para qué demonios quieren la sangre?

—¿Es que no entiendes? Realizaron una ceremonia diabólica en un altar negro... todo es negro allí.

—¡Ya sé, ya sé! Sigue.

—La bruja necesita la sangre para vivir. ¡La bebe!

Max Cameron por poco no se cayó de espaldas.

—¿Te has vuelto loco?

—No me sorprendería después de ver eso... Practican esa especie de culto al vampirismo o algo semejante. Descienden de los antiguos vampiros, Max...

—Desvarías. Eso son tonterías, aunque discutirlo ahora no nos lleva a ninguna parte.

—¡Pero ellos han dicho que tienen a otra mujer! Si no hago el trabajo, la sacrificarán también.

—Escucha, John, y trata de razonar. Si para ellos esos sacrificios son una especie de culto diabólico, la matarán tanto si tú trabajas como si no. Lo único que pretenden contigo es que caves cuanto más mejor para encontrar antes el ataúd de oro.

—Quizá sí, pero no puedes estar seguro. Cava, Max... es necesario llegar a ese extremo para que me dejen descansar.

Cameron titubeó.

Pero acabó por atrapar el pico y dijo:

—¿Tú sabes dónde tenían encerrada a la mujer que mataron?

—Sí.

—De modo que a esa otra deben haberla llevado al mismo sitio... Intentaremos sacarla cuando nos vayamos.

—No lo conseguirás... no saldremos de esta tumba... jamás.

—Realmente, te han convertido en una ruina, y te juro que pagarán por eso. Ahora, tiéndete ahí y descansa. Necesitas recuperar fuerzas porque habrás de andar dentro de poco.

Maldiciendo al conde y a sus esbirros empezó a cavar con toda su furia.

Quince minutos después el pico golpeó contra una masa sólida.

Tomó la pala y apartó la tierra.

Se quedó muy quieto, mirando la lisa superficie de una gran lápida de piedra.

Un sudor helado empezó a correrle por la espalda. Iba a llamar a Connors, pero desistió.

John Connors estaba profundamente dormido.

Capítulo XV

EL conde acababa de prepararse una bebida cuando la mujer apareció en la puerta del salón.

La miró de mala manera cuando ella susurró:

—Esta es una noche sin luna, querido.

—Lo sé.

—Tú me dijiste...

—¡Ya sé lo que te dije!

—Entonces debes cumplir. Es preciso. Y lo necesito. El rechinó los dientes. Bebió un sorbo y ella adelantó unos pasos.

El conde gruñó:

—Vuelve a tus aposentos. Te llamaré después.

—¿Quién...?

—Ya lo verás.

—Otra mujer —susurró la estática belleza—. ¿Lo has conseguido?

—¡No!

—Entonces, ¿quién?

—¡Vete arriba! Necesitas tiempo para prepararte. —Como tú digas.

Salió mansamente. Casi al instante, Cooper y Carmody entraron con gesto iracundo.

Cooper masculló entre dientes:

—Cada vez es peor. Ya no puedes controlarla y va a meternos en un aprieto.

Carmody dijo:

—No le has dicho que tenemos a esa mujer, Barony.

—Estuviste escuchando por lo que veo.

—Los dos gritabais lo bastante para que eso fuera fácil. ¿Por qué

no se lo dijiste, la quieres para ti esta vez?

—Hablas demasiado.

—Me parece que ya es hora de dejarnos de rodeos. Tú la quieres, está bien. Es la mujer más bella de cuantas he visto nunca. Pero no olvides que Cooper y yo también tenemos nuestros derechos en esta asociación. Desde el principio quedamos que nos corresponderían partes iguales.

—Del tesoro.

—De cualquier cosa que encontrásemos —rio Carmody—. Esa mujer se incluye en el botín.

El conde estaba rojo de ira. Cooper le miraba con ojos chispeantes, y Carmody parecía más resuelto que nunca.

—Bien, no vamos a estropear nuestra amistad por una mujer. Nos divertiremos con ella antes de terminar! el negocio.

Cooper suspiró.

—Eso me parece muy bien, Barony. Pero tú le has dicho a esa loca que esta noche podría realizar una de sus delirantes ceremonias. ¿A quién piensas entregarle, si no es a esa muchacha?

Barony les volvió la espalda y empezó a preparar unos vasos.

—A Connors —masculló—. Ya apenas sirve para el trabajo. Lo poco que falta lo haremos nosotros.

Carmody gruñó de mal talante: —Aún sirve... ha cavado todo lo señalado, y esta noche aún terminará con otro trozo que le hemos ordenado.

—Lo haremos nosotros y no se hable más.

Se volvió con un vaso en la mano. Señaló la mesa y añadió:

—Aquí tenéis los vuestros.

Los dos hombres se acercaron. El conde fue a sentarse en una butaca y saboreó el licor con gesto pensativo.

Carmody dio un sorbo y dijo:

—Deberíamos acabar con esa bruja y no preocuparnos más por ella.

—Seguro. ¡Qué inteligente eres! Terminaremos con ella y después continuamos en el castillo... ¿Con qué derecho, qué sucedería si los albaceas de Londres iniciaran cualquier gestión? La propietaria es ella, no nosotros.

—Pero para entonces ya estaríamos lejos de aquí.

—O no, vete a saber. Si el tesoro no aparece en estas

excavaciones habrá que remover todo el castillo, buscarlo pulgada a pulgada. Sabemos que está aquí, de eso no nos cabe ninguna duda porque los pergaminos son claros al respecto. No sabemos más que eso.

—Ya veo... la cosa puede durar meses aún.

—Eso quería decir.

Carmody apuró el vaso y se dejó caer sentado en una silla.

Cooper barbotó:

—No es una perspectiva agradable, ¿eh?

El conde se encogió de hombros.

De pronto, Carmody emitió un quejido, se dobló sobre sí mismo y cayó de bruces fuera de la silla.

Cooper giró en redondo. Barony rezongó:

—¿Qué le pasa a ése?

Cooper dejó el vaso casi vacío y se acercó a su socio.

Antes que llegara hasta él sus piernas se le doblaron y se desplomó. Antes de quedar inerte aún tuvo una fugaz visión del rostro crispado del conde que le observaba con una mirada diabólica.

Al fin, Barony se levantó y acercándose a la mesita dejó su vaso vacío. Sacó la mano del bolsillo. En la mano sujetaba el diminuto frasquito... ahora vacío también.

La hermosa y diabólica bruja podría celebrar su sacrificio esa noche...

Connors balbuceó:

—No podrás moverla, Max, es demasiado pesada.

—Veremos.

Apalancó con el pico y sus músculos se tensaron como cables bajo el tremendo esfuerzo. La enorme losa de piedra se deslizó unas pulgadas.

—¡Se mueve, Johnny!

Hizo otro esfuerzo hasta lograr deslizaría un poco más.

—Hay que cavar para que pueda echarla a un lado. Entonces veremos lo que hay debajo.

Esta vez cavó con entusiasmo, ganado ahora por la impaciencia. Tras él, Connors murmuró:

—Si hubiera el ataúd de oro...

—A juzgar por el tamaño de esa piedra ahí caben dos ataúdes por lo menos. De cualquier modo no te entusiasmes todavía. Quizá sólo encontremos un montón de huesos pelados.

Sentía el sudor correrle por la espalda, pero no cesó de manejar el pico hasta que hubo espacio suficiente para poder retirar la losa empujándola a un lado, puesto que levantarla era una tarea imposible debido a su enorme peso.

Sacó la tierra con la pala y al fin arrojó ésta y gruñó:

—Tal vez podamos hacer algo más que ajustarles las cuentas a esos bastardos, Johnny.

Connors no replicó. Estaba temblando.

Valiéndose del pico como palanca. Cameron empezó a empujar la masa de piedra. Esta se deslizó pulgada a pulgada.

Pronto vieron que debajo había una profunda y negra cavidad. Luego, cuando al fin la losa estuvo completamente apartada, se quedaron mudos mirando los dos ataúdes que reposaban uno al lado del otro.

Max dejó escapar el aire retenido en los pulmones como una caldera a presión.

—¡Que me cuelguen! —balbuceó—. ¿Qué te parece eso?

—Siento escalofríos, Max.

Uno de los ataúdes era de madera sin ninguna duda. Madera perfectamente conservada y adornada con extrañas tallas.

El otro tenía un tono cobrizo y era muy distinto.

—¿Será posible...?

Max agarró el pico y frotó la superficie metálica. Pronto cambió de color...

—¡Johnny!

Connors había retrocedido y estaba sentado sobre un montón de tierra, temblando.

—No quiero verlo, Max... es una profanación.

—¡Qué profanación ni qué...! ¿No te das cuenta? Es el Ataúd de Oro, no me cabe duda. ¡Lo hemos encontrado!

—No lo toques, Max. Vuelve a echar la tierra y tratemos de escapar...

Cameron se volvió, atónito.

—¿Y abandonar el tesoro?

—No sabes lo que hay dentro de esa cosa. Y tengo miedo, Max. Un terror espantoso.

—¿Crees que ellos se andarán por las ramas si lo encuentran? Después de todo, tú y yo nos propusimos descubrirlo. Para eso hemos venido.

—Ojalá nunca te hubiera escuchado...

—¿Qué infiernos te pasa? Ahora lo tenemos, y en cuanto a esos asesinos les daremos lo que se merecen.

—No sabes lo que dices. Hablas así porque no has visto lo que yo... no has padecido su satánica crueldad, pero yo sí.

Max maldijo entre dientes. Se dejó caer dentro de la fosa y examinó el ataúd.

Desde allí dijo:

—Maldito si sé cómo abrirlo. Parece macizo, o construido de una sola pieza...

Connors no pronunció una palabra.

—En cambio, este otro parece un ataúd normal, de madera. La tapa está clavada.

—¡Por favor, Max, salgamos de aquí!

—¡Cállate!

Connors se retorció las manos, angustiado.

—Voy a probar con la pala.

Max luchó para introducir la punta de la pala entre la tapa y el sarcófago. Forcejeó rabiosamente y tras no pocos envites la tapa saltó, con la madera desgarrándose en torno a alguno de los enormes clavos.

Excitado, la echó a un lado.

De nuevo, la sorpresa le paralizó unos instantes.

Bajo la tapa de madera había otra de plomo, y encima de ésta, profundamente grabados, unos extraños caracteres que no pudo descifrar.

—Echa un vistazo, John.

Connors sacudió la cabeza y repitió:

—Déjalo, Max, por lo que más quieras.

—Lo que más quiero ahora está dentro de ese ataúd. Pero ese extraño idioma me intriga. Ven y echa un vistazo, a ver qué opinas.

A regañadientes, Connors se acercó.

Tampoco él pudo descifrar los enrevesados signos.

Resuelto a llegar hasta el final, Max se valió del pico para romper la protección de plomo. Lo desgarró con cuidado, y repentinamente un penetrante hedor casi le tiró de espaldas, como un golpe físico.

Saltó fuera del agujero maldiciendo entre dientes.

—¡Eso no es ningún tesoro! —refunfuñó.

—Te advertí... no tienes derecho a profanar un sarcófago.

Cameron titubeó.

Dijo:

—El tesoro debe estar en el otro ataúd, Johnny. Pero si hay un cadáver en éste, no comprendo cómo apesta de ese modo. Debieron enterrarlo hace cientos de años y no debería quedar ni el polvo.

Connors estaba cada vez más asustado.

—Vámonos, Max —susurró—. Si no te importa profanar una sepultura, por lo menos piensa en esos malditos carniceros... pueden sorprendernos y estaremos perdidos.

—Ellos creen que aún tardarás horas en acabar el trabajo. No bajarán hasta por la mañana seguramente. Y ya que hemos empezado vamos a terminar.

Volvió a dejarse caer dentro de la fosa conteniendo la respiración. Con gestos bruscos acabó de desgarrar la cubierta de plomo a despecho del hedor nauseabundo que a cada instante era más denso.

Lo que había dentro del ataúd le hizo dar un brinco y salir de estampida del profundo hoyo.

—¡Acerca la luz, Johnny! —balbuceó.

—Yo no... no quiero verlo.

Con una maldición, Max tomó el quinqué y lo aproximó a la fosa.

Un hombre reposaba en el ataúd. Un hombre de una edad indeterminada, con el rostro semicorroído por la descomposición, como si ésta se hubiera detenido a la mitad de su tarea destructora. La barba revuelta y los cabellos eran negros como la tinta.

Tenía los ojos cerrados y sus manos estaban engarfiadas en torno a la empuñadura de un puñal hundido en su pecho hasta la cruz.

La empuñadura de la daga estaba rematada por un diamante gigantesco como no existiera otro jamás.

—¡El Puñal de Plata...! —jadeó sin voz—. El puñal de Larsen

Lakatos.

Johnny le observaba temblando.

Cameron se volvió.

—¡Maldita sea, Johnny, acércate! Quiero que lo veas.

Temblando, Connors obedeció a regañadientes. Lanzó un grito cuando vio al hombre vestido con jubón y mallas de guerra, y a tropicones retrocedió.

Max murmuró:

—Te han convertido en un guiñapo, Johnny.

—Y tú estás desafiando al infierno...

—No digas tonterías... Me pregunto cómo diablos consiguieron que se conservara así, a pesar del hedor que desprende. ¿Crees que se trata del primer conde de Huntsbrand?

—No lo sé. Ni quiero saberlo. Tápalo y déjalo en paz, Max.

—¿Viste ese puñal?

—Todo lo que vi es que se lo hundieron en el corazón. Y a través de las mallas. Y no quiero ver más.

—Pero yo sí, sobre todo el puñal. Cuando salgamos te contaré por qué.

Dejó el quinqué en el borde de la fosa y una vez más se introdujo dentro. Inclinandose, tanteó las manos agarrotadas en torno al puñal.

Estaban frías como el hielo, tan frías que casi daban la sensación de quemadura. Con precaución, intentó apartarlas lo suficiente para ver toda la empuñadura. Debían estar rígidas como madera...

Las manos cedieron sin ningún esfuerzo. Sintiendo un extraño repeluzno en la nuca, las separó hasta descubrir toda la asombrosa pedrería que ya viera reproducida en el pergamino de Larsen Lakatos.

No cabía ninguna duda de que aquél era el puñal que ansiaba poseer el misterioso hombre de la capa negra.

Ópalos de fuego llameaban ante sus ojos, y esmeraldas chispeantes y verdes como los ojos de una mujer hermosa; y rubíes y diamantes...

Y sobre todos ellos, el brillante colosal que remataba el conjunto despidiendo chispazos al herirlo la luz, chispazos como rayos de plata.

Sin saber por qué, pero sintiendo un incomprensible temor, Max

miró una vez más la cara corroída del cadáver. Producía escalofríos, y repugnancia.

—No es más que un cadáver —murmuró para sí.

Pero su mano temblaba cuando la cerró en torno a la empuñadura cuajada de pedrería. Pensó que habría de hacer esfuerzos para arrancar el arma...

Salió tan suavemente como si hubiera estado hundida en un girón de niebla. La hoja de plata era afilada, limpia y brillante.

Salió de la fosa y llevando el quinqué fue adonde Connors seguía acurrucado, temblando.

—Míralo, muchacho. Vale una fortuna...

—No creo que nos sirva de nada su valor —dijo Connors con voz apagada—. Es un sacrilegio profanar un cadáver.

—No he querido profanarlo en absoluto, puedes creerme.

—¿Qué piensas hacer ahora?

Max arrugó el ceño. Esa era una buena pregunta.

—Tenemos el tesoro al alcance de la mano, pero sin tiempo para sacarlo. Y hay esa mujer prisionera con la que hay que contar también. Hemos de sacarla de aquí.

—No lo conseguirás. Te atraparán.

—Eres fenómeno dándole ánimos a uno, muchacho. Pero algo hay que decidir, y pronto.

Sujetó el puñal en su cinturón. Pesaba una barbaridad.

—Ya sé lo que haremos —exclamó—. Escucha y dime qué te parece la idea. ¿Me oyes, John?

—Sigue hablando.

—Volveré a colocar la losa de piedra en su sitio. Luego echaré tierra encima, tierra revuelta, dejándola como el resto que tú has cavado, así cuando ellos bajen creerán que tampoco en ese rincón hay nada. ¿Comprendes?

—¿Y después?

—Buscaremos a esa mujer y saldremos de aquí. Tú y ella os quedaréis en la posada y yo me ocuparé entonces de esa pandilla. Y el tesoro será nuestro.

—Así suena muy bien, Max.

—Lo conseguiremos, muchacho. No te muevas mientras yo sudo un poco más.

Tomó el pico para utilizarlo de nuevo como palanca y se inclinó

sobre la fosa.

Sintió que los pelos se le ponían de punta y un frío glacial culebreó por todos sus miembros.

En el borde del desgarrón que atravesaba las ropas, allí donde había estado hundido el puñal, habían aparecido unas diminutas gotas de sangre.

¡Sangre roja, líquida, en un cuerpo muerto cientos de años atrás!

No podía creerlo. Instintivamente miró el rostro descompuesto del muerto y casi saltó hasta la alta bóveda, porque ahora los ojos estaban abiertos y fijos.

Eran como cuencas de cristal. ¡Pero estaban abiertos!

—¡Johnny! —jadeó.

—¿Qué pasa ahora?

—Acércate.

Con gesto resignado, Connors obedeció. Tan pronto fijó su mirada en el cadáver, emitió un alarido y retrocedió a trompicones.

—¡Es cosa del demonio, Max! —lloriqueó—. ¡Estamos perdidos...!

—Por primera vez creo que tienes algo de razón. Eso no es lógico, no tiene explicación. Pero no podemos dejar eso al descubierto.

Rápidamente, evitando ahora mirar el cuerpo del ataúd, colocó la tapa sobre éste y luego luchó frenéticamente para volver a deslizar la losa de piedra.

Jadeaba y sudaba a mares cuando terminó. Apresurado, la emprendió con la pala amontonando tierra encima hasta que quedó como el resto ya excavado de la cripta.

—Se acabó —gruñó, jadeando—. Nadie sospechará que el tesoro está aquí.

Connors pareció animarse al fin.

—Vámonos, Max. Te mostraré el camino de la cueva donde encerraron a la otra mujer.

Tomó el quinqué y siguió a su camarada hasta el pie de las escaleras. Las subieron con cautela y desembocaron en el rellano donde estaba la puerta de la estancia negra. John Connors la señaló.

—Ahí —dijo en un susurro—. Es el lugar donde celebran sus ceremonias de vampirismo, Max.

—¿No puedes olvidarlo un momento? Guíame.

—Hay un pasillo ahí...

—Ya lo vi al bajar.

Se internaron por él. Instantes después Connors señaló otra puerta, esta pequeña y recia. Una gran llave estaba puesta en la cerradura.

—Sujeta el quinqué...

El dio vuelta a la llave y abrió la puerta. Entraron.

La muchacha estaba tirada en el suelo, junto al recio muro. En el primer instante pensaron que estaba muerta debido a su absoluta inmovilidad.

Max se inclinó sobre ella, sobrecogido por la soberbia belleza de la muchacha.

—¡Está viva! —murmuró.

La levantó en brazos sin que reaccionara.

Volviéndose, dijo:

—Vamos, Johnny, ahora sí que hemos de salir de aquí volando. Veremos si recuerdo el camino por donde entré...

Con la turbadora muchacha en brazos, y oyendo tras él los vacilantes pasos de su amigo, se lanzaron escaleras arriba.

Capítulo XVI

COOPER parpadeó. Sentía como si fuera a estallarle la cabeza, igual que si le hubiera aumentado de tamaño. Por lo demás, no experimentaba ninguna otra sensación.

Sólo ese latir extraño en el cráneo.

Curioso.

Ni siquiera el resto del cuerpo acusaba percepción alguna. Era como si ni siquiera tuviera cuerpo.

Espantado de repente, abrió los ojos y los fijó en la alta bóveda de piedra en la que una luz vacilante creaba una oscura danza de sombras.

Trató de volver la cabeza, pero los músculos no obedecieron su voluntad.

Ahora el terror le asaltó como una marea. Recordó de pronto. Había estado bebiendo con Barony y su otro camarada... y de repente todo se había puesto a girar y eso era todo...

Quiso gritar, pero tampoco la voz le obedeció.

Sólo los ojos estaban vivos en él. Ese pensamiento le arrancó silenciosos alaridos. Los ojos, fijos en aquella alta bóveda.

Luego, el oído captó algunos ruidos, a su izquierda. Estaba tendido en el suelo y una vez más quiso girar la cabeza para descubrir el origen de los rumores que oía. No lo consiguió, de modo que miró por el rabillo del ojo.

El conde estaba inclinado sobre la larga mesa de madera, la mesa de los horrendos sacrificios de la loca. Sobre la mesa, inmóvil, yacía Carmody, con la cabeza encajada en el aro de metal que sobresalía de uno de los extremos. Barony estaba sujetándole brazos y piernas con las correas de cuero.

Cooper comprendió que la víctima del sacrificio sería esta vez su

propio compañero y se horrorizó.

Pero ¿por qué Carmody no luchaba, por qué ni siquiera protestaba? Estaba vivo aún, podía ver que tenía los ojos abiertos.

Entonces comprendió y el terror se enseñoreó de su mente. Él también estaba vivo, él también tenía los ojos abiertos, y sin embargo no podía gritar ni moverse.

El conde se irguió frotándose las manos. Miró unos instantes la cara del desgraciado tendido en la mesa y comentó:

—Espero que estés cómodo, amigo mío.

Los ojos de Carmody expresaron el espanto que le dominaba, pero también la ira, el odio, la frustración.

Barony añadió:

—Tanto tú como el otro socio empezabais a ser demasiado exigentes... No te esfuerces, estás paralizado y ni siquiera puedes mover la lengua. Sé lo que me dirías si pudieras, así que ahórrate el esfuerzo.

Ladeó la cabeza y sus ojos implacables se fijaron en Cooper, tirado en el suelo.

Sonrió como un chacal.

—Tú también despiertas, ¿eh? Bien, ya no necesito de ninguno de los dos, y lo que falte por hacer lo haré yo personalmente. ¿Cómo te sientes, Cooper?

Un ronco graznido brotó de la garganta del aludido. Fue todo lo que logró articular.

—Supongo que la voz la recobrarás tarde o temprano, pero sólo la voz. Tus músculos no volverán a funcionar jamás. Entonces podrás decirme lo que opinas de mí si eso ha de hacerte feliz. A propósito, ¿quieres que te deje ahí para que veas la culminación del ritual de sangre de nuestra hermosa vampira?

Cooper hubiera deseado aullar pidiéndole que le sacara de la estancia negra. No quería verlo... no quería ni pensar en lo que se avecinaba...

—No creo que te interese verlo, teniendo en cuenta que la próxima vez tú ocuparás el lugar de Carmody —sentenció el conde con voz llena de sarcasmo—. Te llevaré a los que será tu última residencia antes de ser inmolado.

Dio un último vistazo a Carmody, cuyos ojos desorbitados parecían a punto de saltarle fuera de las órbitas. Luego, levantó el

cuerpo inerte de Cooper y medio a rastras lo sacó de la estancia negra.

Sujeto a la mesa, Carmody también veía la alta bóveda, y los pesados tapices negros, y forzando la mirada aún podía distinguir de refilón el altar de mármol negro sobre el que reposaba el afilado cuchillo.

¡El cuchillo!

Oleadas de terror le revolvían las entrañas. Boqueó luchando por gritar, para aullar el espanto de su situación. Un ronco gorgoteo fue lo que surgió de su garganta paralizada.

Giró los ojos hacia el otro lado, hacia la puerta, temiendo ver aparecer la diabólica belleza de la loca.

Ella había visto ataviada para el sacrificio otras veces, aunque nunca había querido estar presente porque le asqueaba sólo imaginar lo que ella hacía... y ahora...

Estaba viendo la puerta vacía. La maldita bruja aún no llegaba...

Si pudiera valerse, aflojar las correas...

Pero era como si no tuviera cuerpo. No lo sentía.

El terror le llenó los ojos de lágrimas de desesperación.

Fue entre ese velo de lágrimas que le pareció ver un movimiento en la puerta. El movimiento de alguien vestido de blanco.

¡Ya estaba allí!

Pero la bruja se vestía de negro para sus ceremonias de sangre. Una túnica negra con el rostro de Satán bordado en oro sobre el pecho...

Y esa vestía de blanco. No podía ser ella...

Parpadeó furiosamente para librar los ojos de lágrimas.

La silueta blanca avanzaba como si flotara. Se movía lenta, pausadamente. Y era una mujer también cubierta de la cabeza a los pies con una túnica blanca.

Carmody no comprendía. Creyó que estaba volviéndose loco.

Largos cabellos negros brotaban del interior de la capucha que cubría la cabeza de la mujer, pero la pobre luz del quinqué que humeaba en un rincón no permitía ver nada más de ella.

Si no fuera la bruja... si no fuera ella...

Pero si no lo era, ¿quién...?

La aparición llegó junto a la mesa y se inclinó un poco hacia él. Los largos cabellos oscilaron casi rozándole la cara.

Carmody vio entonces el rostro que se ocultaba dentro de la capucha y sus ojos giraron en las órbitas, horrorizado.

Llamó a gritos a la sedienta bruja loca. Llamó a gritos que no resonaban más que en su cráneo a la muerte, a la inconsciencia, a cualquier cosa factible de librarle del espanto que se inclinaba sobre él.

Porque la cara que le miraba con unas cuencas vacías, en el fondo de las cuales parecía burbujear el fuego del infierno, era el rostro corrompido de alguien muerto y descompuesto, con los huesos de la calavera asomando en los pómulos, allí donde la podredumbre había roído la carne.

Aulló en su impotencia. Aulló y sólo emitió un ronco, inútil quejido.

Entonces la horrenda aparición pareció como si empezara a sonreír. Lo que quedaba de sus labios se abrieron en una mueca dejando al descubierto los dientes... los colmillos...

¡Los colmillos!

Carmody estaba llegando al cénit del pavor más absoluto. Los colmillos se le antojaron los de un lobo. Unos colmillos largos, aguzados, amarillentos.

¿De un lobo?

Entonces comprendió.

Ella inclinó la cabeza poco a poco y los cabellos le cubrieron la cara, los ojos. Sintió la fetidez de la boca, y después la boca tanteó su garganta...

Los colmillos se clavaron en su carne y Carmody entró en el infierno.

La túnica negra cubría a la mujer de los hombros a los pies. Sobre sus pechos, bordada en oro, la efigie de Satán tenía una expresión estáticamente diabólica.

Parada en la puerta del siniestro recinto negro murmuró:

—Ven, entra conmigo, querido.

Barony dijo:

—No es necesario. Él es tuyo, condesa. Carmody es tuyo.

—Tú sabes que eso es necesario, ¿no es cierto?

—Claro que lo sé.

—Me dará poder... tendré todo el poder que ellos tuvieron.

—Sin duda, condesa.

—¿No quieres entrar?

—No es necesario —repitió Barony, dominándose.

—Está bien.

Ella desapareció dentro de la estancia negra.

El conde soltó una soez maldición entre dientes. Por lo menos, esta vez no oiría los alaridos de la víctima. Carmody no podría chillar.

Dio unos pasos hacia la escalera. Sentía la boca seca y necesitaba un trago. Lo necesitaba como el aire.

Entonces oyó el grito de la mujer y se detuvo.

Ella repitió:

—¡Barony!

—¿Qué quieres, condesa?

—¡Ven! ¿Qué le hiciste a ese hombre?

—Sólo está paralizado. No puede moverse. Lo preparé para que todo fuera más fácil para ti.

—¡No, no, ven aquí!

Maldiciendo entre dientes, entró en aquel antro siniestro.

La mujer estaba parada al lado de la mesa. Tenía el cuchillo en una mano y en la otra sostenía una gran copa de reluciente oro.

—¿Qué pasa? —barbotó el conde.

No necesitó respuesta.

Había dos profundas desgarraduras en el cuello de Carmody, y unos hilillos de sangre se habían deslizado en torno a su garganta. El rostro era tan blanco como la harina y tenía los ojos inmensamente abiertos.

Estaba muerto.

Estupefacto, no podía apartar la mirada de él.

La mujer repitió, frenética:

—¿Qué le hiciste? ¡Maldito! ¿Qué le hiciste? No tiene una gota de sangre.

—No comprendo..., no comprendo nada.

—¡No tiene sangre! —repitió la mujer rechinando los dientes.

Ciertamente, por las desgarraduras no brotaba ni una gota de sangre a pesar de que eran heridas recientes. Barony pensó que eran tan recientes que sólo debían haber pasado unos minutos desde que

se las infligieran.

—¡Tú lo hiciste! —silbó la loca entre sus dientes apretados como un cepo—. ¡Tú, maldito, porque no quieres que yo alcance todo el poder de mis antepasados!

—¡Cállate! Ni siquiera sabes lo que dices.

—Sí lo sé... Quieres tener el poder tú. ¿No es cierto? Pero no podrás... el Vlad Szalasi era mi padre, no el tuyo.

Barony comenzó a arrepentirse de haber inculcado en aquella mente enferma semejantes historias.

—Vuelve arriba..., debe haber alguien aquí, oculto en algún lugar.

—¡Pero es la noche sin luna Barony, la noche del sacrificio...!

—¡Tendrás a Cooper, pero más tarde! Ahora regresa a tus aposentos... hay que encontrar al intruso cuanto antes.

Por unos instantes pareció que ella iba a resistirse. Aferraba el cuchillo salvajemente.

Barony retrocedió un paso.

—Está bien. Pero apresúrate, conde, porque yo no esperaré toda la noche...

Pasó por su lado altiva, majestuosa dentro de su pesada túnica de seda negra.

Barony dio un último vistazo a la garganta de Carmody. Luego, él también salió apresuradamente jurando en voz alta.

Capítulo XVII

—NOS hemos extraviado —exclamó Max, deteniéndose.

Connors se recostó de espaldas a la pared, angustiado. Las piernas apenas le sostenían.

Cameron también buscó el apoyo del muro porque se sentía cansado, con el peso de la muchacha en sus brazos.

—No lo comprendo..., seguimos las escaleras que yo descendí al llegar. En algún punto de ellas debe haber una desviación y a oscuras, nos hemos metido en una trampa.

—Nunca saldremos de aquí, Max.

—Has repetido lo mismo un millón de veces, Johnny, de modo que no lo repitas.

—Está bien, pero yo apenas puedo dar un paso.

—Descansa un poco.

Él se inclinó con precaución para depositar a la inerte muchacha en el suelo. Al erguirse de nuevo, masculló:

—No entiendo qué le han dado para que su inconsciencia dure tanto tiempo.

—¿Has pensado qué sucederá cuando recobre el conocimiento? Si empieza a chillar estaremos perdidos.

—Lo evitaré. ¿No oyes nada, ningún ruido?

—En absoluto.

—Yo tampoco. Esto es un auténtico laberinto.

Callaron y durante un buen rato se escuchó sus respiraciones alteradas.

Después, en el suelo hubo el roce de la mujer al moverse ligeramente.

Max se inclinó junto a ella.

—No debimos abandonar el quinqué por miedo a que la luz nos

delatara —rezongó, encendiendo una cerilla.

La muchacha se recobraba poco a poco. Parpadeó y el primer instante sus pupilas intensamente azules trataron de enfocar la llama de la cerilla.

Max murmuró:

—No tiene nada que tener de nosotros..., pero no grite o nos descubrirán. ¿Entiende lo que le digo?

Ella no respondió y en ese instante la cerilla quemó sus dedos y la tiró, encendiendo otra.

Tropezó con los ojos inmensamente abiertos, ahora fijos en él, y se apresuró a decir:

—No tenga miedo, somos amigos. Vamos a sacarla de aquí.

Inesperadamente, ella dio un respingo y quedó sentada en el suelo. Max repitió:

—¡Por lo que más quiera, no grite!

—¿Qué..., qué me hicieron...?

—No lo sé, supongo que le darían algún soporífero.

—¿Qué lugar es éste, dónde estoy?

—En los sótanos de un castillo. Mi amigo y yo intentamos escapar de aquí, por eso la llevamos con nosotros.

—Es..., es una locura. No recuerdo nada. ¿Cómo llegué aquí?

—Supongo que la raptaron.

—Pero yo estaba en una posada..., en Stonehaven...

—Ya lo aclararemos cuando salgamos de este lío.

De nuevo la cerilla se apagó y Max no encendió otra.

Dijo:

—Aproveche para recobrar fuerzas, señorita, porque nos espera un trago muy duro antes de encontrar la salida.

—¿Quiénes son ustedes?

Connors gruñó:

—Un par de estúpidos ilusos.

—¿Qué?

—Olvídelo, mi amigo está de mal humor.

—Por lo que usted dice nos amenaza algún peligro. ¿Es así?

—Y grave. Aunque eso no debe sorprenderle. Si la raptaron puede imaginar lo que nos espera si pueden cazarnos.

—¿Quiénes?

—Explicar eso es un tanto complicado.

Hubo un silencio, que rompió Max al fin:

—A pesar de todo lo toma usted con bastante calma... Temí que se pusiera histérica.

—Intento dominar el pánico, eso es todo.

—Buena chica.

Connors terció:

—Opino que deberíamos retroceder. Descender otra vez las escaleras y buscar el lugar donde nos hemos desviado.

—Es una idea. ¿Cree que podrá usted andar, muchacha?

—Creo que sí...

—Apóyese en mí. Hasta ahora la llevé en brazos y era muy agradable, pero incómodo su hay que correr.

—¿Que usted me...?

—Vamos, y procure no hacer ruido.

Comenzaron a bajar peldaño a peldaño en absoluta oscuridad, sumidos en el siniestro silencio de aquellas catacumbas.

Entretanto, las fuerzas del infierno empezaron a agitarse.

También Cooper estaba sumergido en tinieblas y silencio.

Su única compañía era el terror. Imaginaba lo que ya debían haberle hecho a Carmody y si hubiera podido habría gritado como un demente a impulsos del pánico.

Luego pensó que la maldita bruja sedienta de sangre nunca celebraba dos orgías de muerte en una misma noche y eso le infundió cierto consuelo. Por lo menos aún le quedaba algún tiempo de vida.

Si pudiera reaccionar, vencer la pócima que el traidor Barony le había administrado...

Entonces le mataría. Pensó que nada le gustaría tanto como matarlo poco a poco. A él y la maldita loca. Lo haría despacio, para que supieran en su propia carne lo que era el pánico y el dolor.

Ese pensamiento no le consoló porque sabía que jamás lo conseguiría. No podía ni gritar, ni mover un dedo.

Un sordo quejido brotó de su garganta tensa y contraída. Casi se asombró de oír ese bronco y apagado sonido. Moviò la lengua una y otra vez contra el paladar. ¡Podía mover la lengua!

Intentó gritar. El quejido sonó un poco más agudo, pero eso fue

todo.

Estaba luchando con la desesperación cuando oyó chirriar la puerta. Una corriente de hielo le inundó al imaginar que el conde venía a por él.

Luego, una voz queda susurró:

—¿Hay alguien ahí?

¡No era Barony!

Concentró toda su voluntad en emitir algún sonido y logró una suerte de desgarrado sollozo.

La misma voz de antes, gruñó:

—¡Hay alguien!

Una cerilla brilló en las tinieblas. Por el rabillo del ojo, Cooper vio al hombre que la sostenía. En el primer instante no le reconoció.

Luego, cuando avanzó unos pasos, sí. Era el peligroso visitante que tanto había inquietado al conde.

También Max le reconoció a él y se detuvo a su lado. La muchacha y Connors se quedaron en la puerta.

Cameron le observó unos instantes, perplejo. Los ojos desesperados de Cooper estaban fijos en él, implorantes.

—Volvemos a encontrarnos, hijo de perra —murmuró Max, ceñudo—. ¿Qué te ha pasado, estás enfermo?

¡Si pudiera hablar!

Su lengua le obedecía, podía moverla. Pero no así los labios. Barbotó unos sonidos ininteligibles y en aquel instante la cerilla se apagó.

Max encendió otra. Se agachó junto a Cooper.

—Bueno, ¿qué es lo que pasa?

El seguía perfectamente inmóvil.

Desde la puerta, Connors dijo:

—¡Vámonos, Max, olvídate de esta basura! Yo sé la clase de bastardo que es...

—Espera. Él debe conocer el modo de salir de aquí.

Cooper no apartaba la mirada de aquel hombre recio que se inclinaba sobre él. Una vez más, barbotó aquellos sonidos que él pretendía convertir en palabras.

Max le agarró un brazo, levantándolo. Lo soltó y el brazo cayó pesadamente al suelo.

—Maldito si lo entiendo..., está paralizado y no puede ni hablar.

—Eso es cosa del diablo, Max. Larguémonos de una vez.

Cameron apenas le oyó.

Dirigiéndose a Cooper, dijo:

—Tú puedes oírme, ¿no es cierto?

El rufián parpadeó repetidamente.

—¡Ajá! Pero no puedes hablar. No puedes moverte...

—N...no...

—Sigue intentándolo. ¿Qué te ha dejado en ese estado?

—E...él...

—¿Qué?

¡Dios, si pudiera explicárselo! Si pudiera decírselo, y pedirle que le sacara de ese antro de muerte...

—E...él... —repitió.

—¿El conde?

De nuevo parpadeó velozmente.

—¿Cómo lo hizo? Oh, bueno, no puedes, ya sé... ¿Algún veneno, una pócima?

—Sí...

—¿Por qué?

Impaciente, Connors refunfuñó:

—Sigue perdiendo el tiempo, Max, dales más facilidades para que nos cacen.

—Nunca había visto nada igual.

Estaban otra vez a oscuras y se decidió a encender otra cerilla. Advirtió que le quedaban muy pocas y maldijo entre dientes.

—¿Por dónde se sale de aquí? —le espetó—, ¿Hacia arriba, abajo, por dónde?

Cooper sólo le miraba. Sus facciones estaban inexpresivas, incapaz de reflejar en ellas sentimiento alguno.

Y entonces Connors susurró:

—¡Oigo pasos, Max!

Este saltó hacia la puerta. Sus dedos se cerraron en torno al brazo de la muchacha.

Era cierto. Se oían pasos en algún lugar indeterminado.

Tiró la cerilla que le quemaba los dedos y gruñó:

—¡Arriba, veremos adónde vamos a parar!

—Al infierno —gruñó Connors.

Los escalones de piedra eran resbaladizos a causa del limo y la

humedad acumulada durante siglos, de modo que tenían que moverse con precaución.

Inesperadamente, los peldaños terminaron. Max tanteó en torno hasta que sus dedos encontraron una pared.

—¿Oyes algo? —musitó Connors.

—No... Acércate, Johnny, hasta que tropieces conmigo.

Connors obedeció. Max le agarró del brazo y murmuró:

—Quédate aquí, pegado a la pared, junto a la chica. ¿Me oyes, Samantha? No te muevas tú tampoco.

—¿Y tú...?

—No quiero encender más cerillas por si el resplandor nos delata. Tantearé en torno buscando una puerta, o más escaleras que sigan hacia arriba.

Se apartó de ellos. Unos segundos después sus manos se quedaron sin apoyo en la pared.

Era una puerta y al empujarla, giró con un chirrido. La abrió lo justo para colarse dentro y allí sí encendió una cerilla.

Era una estancia lóbrega y desprovista de muebles. No había más que las desnudas paredes de piedra, sin ventanas, sin nada.

Guiados por el resplandor de la llamita, Connors y la muchacha entraron también. Ella musitó:

—Eso parece una mazmorra.

—Quizá lo fuera en otros tiempos. Ahora es un buen refugio.

—¿Refugio? No pensarás que nos quedemos aquí esperando que suceda un milagro —rezongó Connors.

La cerilla se apagó. Max dijo con voz queda:

—A oscuras, sin una maldita luz, nunca encontraremos el camino de salida.

—¿Y qué piensas hacer?

—Tú y Samantha vais a quedaros aquí, en silencio. Te dejaré las cerillas que quedan y yo saldré para buscar un quinqué, o una salida, lo que sea. Yo solo podré moverme más rápido, y si tropiezo con el conde... Bueno, nuestros problemas habrán terminado.

—No me gusta eso. Puedes extraviarte por este laberinto y nosotros quedarnos aquí hasta el día del juicio.

—Volveré, no te preocupes. Esta vez tendré mucho cuidado en fijarme en el camino que recorro. ¿Qué opinas tú, muchacha?

—No sé..., tengo mucho miedo. Pero confío en ti.

—Eso está bien. Quédate junto a Johnny sin hablar, sin hacer ruido. Te aseguro que volveré.

Tanteó en la oscuridad. Sus dedos se cerraron sobre la mano de Connors y le dio la caja de cerillas.

—No las utilices más que en caso de apuro. Quedan muy pocas.

Con voz como una caricia, la muchacha musitó:

—Buena suerte, Max... Ten mucho cuidado.

—Sí.

Les dejó sumergidos en las tinieblas y él volvió hacia la escalera. Fugazmente pensó si sería ésa la última vez que se separaban...

Capítulo XVIII

EL conde levantó el quinqué por encima de su cabeza y sus ojos se clavaron en el inmóvil Cooper, tendido en el suelo.

—Tienes mala suerte —comentó Barony—. Una suerte perra, Cooper.

La mirada de éste se desorbitó al fijarla de reojo en el conde. Un gorgoteo brotó de su garganta y luego pudo articular:

—¡Ma... maldito!

—Así que recobras la voz. De todos modos no te hagas ilusiones. La voz es todo lo que recobrarás. Incluso es posible que puedas gritar cuando ella te corte el cuello.

—¡NO!

—Ajá, chillarás..., ya lo creo que sí.

No comprendía. La loca debía haberse saciado con el pobre Carmody, y nunca antes había realizado dos de sus sangrientas orgías en una misma noche.

Sus ojos expresaron el terror y eso hizo que el conde sonriera con sarcasmo.

—Casi puedo adivinar tus pensamientos. Tú pensabas vivir algunos días más, ¿eh? Le había tocado a Carmody esta noche. Pero algo ha sucedido que lo ha echado todo a rodar, algo que aún no he comprendido. ¿Tú no habrás visto algún intruso, no ha entrado nadie aquí?

Cooper contuvo el aliento. Luego articuló:

—No...

—Pues alguien se le adelantó a nuestra querida e impaciente vampiresa, de manera que si he de mantenerla quieta unos días más he de darle lo que necesita.

Agarró a Cooper con una mano y tiró de él, arrastrándole hacia

la puerta. El desgraciado llamó salvajemente a sus evaporadas fuerzas, ansiando resistirse, matar a Barony, luchar...

Sólo la lengua le obedeció y dejó escapar un grito ahogado antes de emitir una sarta de maldiciones.

El conde rio mientras le arrastraba escaleras abajo.

—Así, Cooper, así, consuélate insultándome.

El cuerpo rebotaba de escalón en escalón. No sentía ningún dolor, pero el pánico inundaba su cerebro y al fin su voz se ahogó.

Barony torció por un estrecho pasadizo, descendió unos escalones más, siempre arrastrando al desgraciado, y llegaron a la siniestra estancia negra.

Cooper vio el cuerpo de Carmody tirado en un rincón. Aulló con voz agónica y Barony dijo:

—Ha sido una lástima para ti que sucediera eso..., habrías vivido unos días muy divertidos, esperando..., siempre esperando...

Dejó el quinqué a un lado y levantando el cuerpo de su víctima, lo extendió sobre la mesa. Tiró de su cabeza hasta encajarla en el aro metálico. Luego ató las correas en torno a sus brazos y piernas y después se quedó mirándole nuevamente.

Cooper jadeó:

—¡No..., Barony!

—¿No?

—Da...dale... la chica...

—Esa mujer es para mí, desgraciado. Tuviste un gran acierto al traerla, porque nunca antes vi otra tan bella.

—Carmody...

—¿No lo ves? Está ahí.

—La misma... noche...

—Ya entiendo. Pero no es lo que tú piensas. No lo desangró ella, aunque maldito si comprendo quién... ¡Eh! Un momento —exclamó de pronto—. ¿Será posible que esa loca haya sido lo bastante astuta como para hacer eso?

—¡Sácame de aquí...!

—Ni lo sueñes.

Ahora, Barony tenía el ceño fruncido y parecía muy preocupado. Como si hablara para sí mismo, masculló:

—Pudiera ser.. Está cada día peor, más impaciente, más insaciable. Puede haber querido hacerlo dos veces. Lo que me

sorprende es que no utilizase el cuchillo..., que lo hiciera de esa manera tan extraña.

—¡Por piedad, Barony...!

Ni siquiera le escuchaba. Sacudió la cabeza y gruñó:

—De cualquier modo, al diablo. En un día o dos, todo habrá terminado y entonces la mandaré al infierno. Descansa mientras puedas, Cooper, descansa...

Agarró el quinqué y salió de la estancia. La negrura de los pesados tapices pareció condensarse en torno al condenado y Cooper empezó a sollozar sin voz.

El tiempo se eternizó en medio del silencio y las tinieblas. Cada partícula de ese tiempo era una gota de su vida que se perdía en el pozo de la desesperación, y Cooper hubiera querido estar muerto para huir de lo que él, mejor que nadie, sabía que le esperaba.

Luego vio el pálido resplandor de una luz en la puerta, la luz que se acercaba poco a poco. Soltó un quejido y sus ojos giraron enloquecidos en las órbitas.

La luz se hizo más brillante a medida que empezaba a oír también los pasos. Después, la siniestra figura negra apareció, escoltada por Barony, que era quien sostenía el quinqué.

La loca se detuvo un instante, erguida, con su fría y extraña belleza, la faz del demonio bordada en oro en la túnica, y le miró con ojos en los que relampagueaba un extraño fuego.

El fuego de una demencia más poderosa que el deseo, más fuerte que la vida.

El conde gruñó:

—Yo nunca te he mentado, querida. Él está esperándote.

—No debí dudar de ti..., eres fiel, Barony. Te recompensaré, porque seré tan poderosa como mis antepasados.

Caminó, majestuosa, como en trance, hacia el altar de mármol negro. Sobre él estaban el cuchillo y la gran copa de oro.

Barony colgó el quinqué en un garfio del muro. Dio un último vistazo al enloquecido Cooper, y cuando la mujer se volvió sujetando el cuchillo y la copa, giró sobre los pies y salió de la estancia.

Cooper aún oyó sus pasos subiendo apresurado las escaleras, alejándose del horror.

Al fin, el desgraciado encontró la voz y chilló:

—¡No te acerques, maldita!

Ella sonrió. Una sonrisa como la mueca de un lobo. Enseñó los dientes mientras se aproximaba a él.

Cooper empezó a gritar. No articulaba palabra alguna, sólo gritaba, aullaba como una bestia enloquecida.

La mujer se detuvo junto a él. Depositó la copa en la mesa y le miró.

—¡No lo hagas..., ten... piedad! —sollozó Cooper.

No replicó. Con la mano izquierda le apretó la cabeza contra el aro de metal, al mismo tiempo que levantaba el afilado cuchillo hacia lo alto, como ofreciéndolo a alguna deidad infernal.

Los alaridos de Cooper se estrellaban contra las tapizadas paredes, porque el terror le había devuelto toda su facultad de gritar.

El cuchillo descendió lento, pausado. La curva y afilada hoja de acero reflejaba la luz a medida que se acercaba al cuello de la víctima.

—¡NOOO!

El último alarido sonó lo mismo que el rugido de una fiera. Luego, el filo del cuchillo llegó a su garganta y la mujer presionó casi con suavidad.

Cortó la yugular tan fácilmente que Cooper aún vio brotar un chorro de su propia sangre. Ya no gritó más.

La mujer tomó la copa y la sostuvo debajo del cuello de su víctima. Un torrente de sangre se precipitó en el recipiente de oro, tumultuosa, burbujeante.

No movió un músculo hasta que la enorme copa estuvo llena a rebosar.

Entonces, con los mismos movimientos lentos, majestuosos, retrocedió hacia la piedra negra y la depositó encima con gestos reverentes. Levantó los brazos, estática, como implorando aquel diabólico poder que ansiaba. De la garganta del desgraciado Cooper aún goteaba sangre.

Instantes después, la mujer tomó la copa y muy despacio, la levantó.

No advirtió el blanco movimiento en la puerta. No vio aquella silueta que avanzaba como si flotara y se detenía un momento al lado de la mesa, contemplando la atroz pesadilla que yacía en ella,

desangrada. Luego, la aparición blanca se apartó.

Tenía la gran copa de oro junto a los labios cuando una zarpa descarnada la atrapó por los cabellos y tiró de su cabeza con una fuerza inaudita.

La copa escapó de sus manos y rebotó en el suelo, esparciendo un río de sangre en torno a sus pies. Empezó a gritar con salvaje desesperación, volviéndose a pesar de la presión de la zarpa.

Entonces la vio.

Vio el rostro putrefacto. Vio los labios contraídos y los afilados colmillos, mientras su cabeza era empujada hacia atrás para dejar al descubierto su blanca garganta.

La fétida boca de la muerte descendió sobre ella. Los colmillos se hundieron en la carne y ya sólo se oyó un nauseabundo rumor.

El de la succión.

Capítulo XIX

AUNQUE debilitados por la distancia, apenas audibles, los alaridos de Cooper habían llegado hasta el refugio donde esperaban Connors y la muchacha.

Instintivamente, ella buscó la mano del hombre y musitó:

—¿Qué..., qué es eso, John?

Él sabía muy bien qué era. Lo imaginaba porque ya otras veces había oído aullar de aquel modo.

Pero dijo:

—No lo sé.

—Si al menos Max encontrase el camino pronto...

—Lo conseguirá. Tiene que sacarnos de aquí o estaremos perdidos en manos de esos demonios.

—¿De quiénes? No sé siquiera qué está sucediendo, ni por qué me trajeron.

Connors no replicó. No podía decirle que la habían raptado para convertirla en víctima de una ceremonia infernal, en la que alguien bebería su sangre...

—Ya no se oye nada —dijo en lugar de responder.

Ella musitó:

—¿Quién es Max, John?

—Esta es una buena pregunta.

Hablaban en susurros, pegado uno al otro.

—Estoy llena de temores, de incertidumbres, y quiero saber por lo menos quién es él, y quién eres tú, y qué estabais haciendo en un lugar como éste, del que parece tan difícil escapar.

—Max vino en mi busca, para salvarme. Pero lo otro es una historia complicada...

—Cuéntamela. Tenemos tiempo.

El suspiró. Aprovechó el silencio para escuchar con todos sus sentidos, pero no se oía nada.

Luego dijo:

—Max es marino. Posee un pequeño buque de cabotaje y nos conocemos desde niños. Es un hombre que ha navegado antes por medio mundo... Bueno, encontró unos antiguos pergaminos, aún no sé dónde. En ellos se hablaba de un tesoro oculto en este castillo. Consiguí descifrarlos y me habló de su propósito de buscarlo. Nos asociamos y yo me adelanté para reconocer el terreno, ver el castillo y saber si estaba habitado o era sólo una vieja ruina, mientras él se quedaba en Londres, visitando bibliotecas y archivos en busca de más datos.

—¿Y creísteis de verdad en un tesoro oculto?

El suspiró.

—Lo creímos. Y el tesoro existe, Samantha, lo hemos encontrado, aunque ojalá no... no lo hubiéramos visto.

Ella apretó los dedos en torno a su mano.

—¿De veras hay un tesoro aquí?

—Sí..., un Ataúd de Oro, que según los pergaminos está lleno de joyas y monedas de oro, perlas y diamantes... Pero no está enterrado solo. Creo..., creo que sin querer hemos despertado unas fuerzas que no son de este mundo.

Pensaba en las gotas de sangre en torno a una herida que jamás pudo sangrar, porque el cadáver databa de cientos de años.

—Sigue, John. ¿Qué pretendes decir con eso?

—Ni yo mismo lo sé. Y mejor que estemos callados o no oiremos los pasos de Max si regresa.

Ella estaba terriblemente intrigada ahora, pero respetó el silencio, recostada contra la pared, pensando en lo que acababa de saber.

Repentinamente la mano de Connors presionó la suya. Con un susurro apenas audible, musitó junto a su oído:

—¡Pasos!

—¿Max?

—Pudiera ser, pero no hables aún.

Al fin, ella también los oyó. Pasos lentos, aún lejanos, que subían las escaleras. Poco después, junto con los pasos oyeron otro sonido extraño, un sonido metálico.

Samantha dijo con voz queda:

—No es Max... ¿Oyes eso?

Él lo oía. Era como si con cada paso algo metálico se moviera también, entrechocara metal contra metal.

Los pelos se le erizaron porque había algo siniestro en esos pasos lentos y seguros, pesados, y su metálico acompañamiento.

Y estaban cada vez más cerca. Samantha, aterrorizada, apretó los dedos en su mano.

Los pasos llegaron ante la puerta. Connors rogó para que siguieran alejándose, para que se fueran al infierno. Pero se detuvieron. Un instante después, en las tinieblas brillaron dos pupilas rojizas, diabólicas, dos puntos aterradores suspendidos en el aire.

La muchacha empezó a temblar. Connors contenía la respiración. Cuando los puntos casi fosforescentes se movieron, el sonido metálico se reprodujo, ahora claramente.

Quien quiera que fuere avanzó un paso, indeciso. Luego volvió a detenerse. Del silencio brotó algo semejante a un gruñido ronco, gorgoteante, como si surgiera del fondo de un pozo.

Sentían la presencia del intruso. Podían captar una extraña sensación de maldad, de poder, algo impreciso que les envolvía, dominándoles.

Y entonces, la muchacha perdió los nervios y chilló:

—¡Ya basta, ya basta! ¿Quién está ahí, qué quiere?

Connors maldijo. Sacó las cerillas y encendió una, dispuesto a consumir sus últimas fuerzas peleando si era preciso, para que ella escapara, para que no pudieran sacrificarla...

La cerilla alumbró al intruso.

Samantha lanzó tal alarido que semejó un clarín.

Connors, empavorecido, sólo jadeó:

—¡El guerrero..., el guerrero del ataúd...!

El aparecido se erguía allí, mirándoles con aquellos ojos semejantes a cuentas de cristal, pero ahora animados por un fuego diabólico y profundo.

No cabían dudas de que era el mismo. Su cara medio corroída por la descomposición, las mallas, que sonaban a metal con cada movimiento, y la desgarradura allí donde el puñal había estado hundido hasta la cruz...

Un siniestro gorgoteo brotó de aquel horror cuando se movió. Connors soltó la cerilla y gritó:

—¡Huye, Samantha, corre!

Soltó su mano y él se desplazó a un lado. Encendió otra cerilla, viendo que la muchacha no se había movido y que el monstruo estaba cada vez más cerca de ella. El pánico la paralizaba.

—¡Huye! —rugió—. ¡Huye!

La muchacha no pudo moverse hasta que el aparecido levantaba las manos dispuesto a atraparla. Entonces saltó a un lado, chillando como una loca.

Connors aún bramó, frenético:

—¡Corre!

El guerrero giraba hacia donde la muchacha trataba de deslizarse pegada a la pared. Iba a atraparla..., sus manos eran como zarpas descarnadas, podridas.

Con un sollozo de desesperación, Connors se impulsó contra él sin reflexionar. Golpeó contra el cuerpo gigantesco y era un cuerpo blando y las mallas estaban heladas.

La cerilla se apagó. Las garras huesudas se cerraron sobre él como garfios de hierro y Connors creyó que le hundían metal al rojo en la carne. Llamas rugientes que ardían como el fuego del infierno.

Aún emitió un largo alarido de agonía antes de que una zarpa mortal se hincara en su garganta. Entonces calló.

Pero el alarido acompañó a Samantha mientras huía enloquecida escaleras arriba, trastabillando, cayendo y levantándose, ahogada por los sollozos y el pánico, incapaz de comprender, de asimilar aquel bestial espanto...

No sabía qué camino recorría ni adónde la conducirían los escalones. Llegó a un rellano y se estrelló contra una pared. Sollozando, se deslizó pegada a ella hasta que le faltó el apoyo. Había un pasadizo y de nuevo corrió, golpeándose contra los muros, insensible al dolor, convertida en una masa de terror.

El pasadizo terminó y justo entonces unas manos fuertes y duras la atraparon y con un grito, se desmayó.

Capítulo XX

LEJANOS, apagados por la distancia, los alaridos rebotaron de pared en pared, recorrieron estancias vacías y pasillos desiertos y llegaron, apenas audibles, a oídos del conde en el momento en que éste vaciaba otro vaso de whisky.

Dio un respingo porque era una voz de mujer.

Pensó en la cautiva y echó a correr. Sabía muy bien que los gritos de Cooper, si es que había podido gritar, jamás habrían podido llegar hasta el salón.

Y la maldita loca seguro que no chillaba. Sus orgías sangrientas no requerían gritos, sino susurros, absurdas palabras sin sentido, pero que él le había inculcado.

De modo que sólo la prisionera podía haber gritado de aquel modo.

Velozmente llegó a la desnuda estancia donde la habían encerrado.

A la luz de la lámpara de petróleo descubrió la puerta abierta de par en par. Soltó una soez maldición y quedó clavado en el suelo. Con la llave en la parte exterior de la puerta, ella no había podido abrir, de modo que alguien lo había hecho.

Connors, con toda seguridad. Aunque no imaginaba que le quedaran arrestos suficientes para eso. Sin embargo, se lanzó escaleras abajo, rechinando los dientes. Le haría pagar eso con su vida.

Hubo de frenar sus impulsos al llegar a las catacumbas, porque el revuelto suelo no permitía carreras. Pero saltó entre los montones de tierra hacia la cripta, que estaba sumida en tinieblas.

Allí levantó la lámpara. De Connors no había el menor rastro por ninguna parte. Empezó a maldecir en voz alta, enfurecido, antes de

descubrir el asombroso espectáculo del rincón más próximo.

Había una inmensa losa de piedra tirada a un lado, tumbada de costado contra un montón de tierra. Y más allá un profundo hoyo, una tumba en la que reposaban dos ataúdes.

Temblando ahora de excitación, se plantó junto a la sepultura. Ni siquiera se le ocurrió preguntarse qué fuerza colosal había podido lanzar la losa de piedra a aquella distancia.

Sus ojos miraban fascinados el ataúd vacío, y el otro, metálico, cerrado.

—¡El Ataúd de Oro! —jadeó sin voz, casi con reverencia.

Se introdujo en la fosa y lo examinó. No sabía cómo podría abrirlo, pero ni por un instante dudó de que fuera el sarcófago que contenía el tesoro.

Volviéndose, se asombró ante el otro que reposaba al lado. Un ataúd de madera, enorme, con el tapizado interior desmenuzado y sucio. Vio la protección de plomo desgarrada y tirada junto a la tapa y eso le dio qué pensar.

Pero tenía el tesoro. Al fin había aparecido.

De repente volvió a recordar la desaparición de la mujer y de Connors y brincó fuera de la tumba. Tenía que encontrarlos, ahora más que nunca, porque si escapaban todo estaría perdido.

Se disponía a salir de la cripta, cuando la figura blanca apareció bajo el arco, como cerrándole el paso, con largos mechones de cabellos negros desbordándose de la capucha... ¡Y la túnica blanca manchada de sangre!

El asombro le paralizó. Luego, un ramalazo de pánico ante lo desconocido, algo que él no había programado en sus bien trazados planes.

Levantó un poco más el farol, intentando verle el rostro, pero éste quedaba protegido por la capucha, y además estaba demasiado apartada.

—¿Quién...? —balbuceó.

Ella no se movía. Pero el conde notaba una creciente debilidad en las piernas a medida que el temor se apoderaba de él.

Entonces oyó otro ruido que no era su alterada respiración. Pasos pesados, y un tintinear de metal, y cuando aún intentaba comprender, el gigantesco guerrero apareció detrás de la figura blanca y a Barony los pelos se le pusieron de punta.

El aparecido se detuvo al lado de la figura blanca. Pareció que ambos quedaban estáticos, mirándose en silencio. Después un nauseabundo gorgoteo burbujeó en los labios del guerrero, algo que no era voz ni palabras.

El conde pensó que se había vuelto loco, que aquello sólo estaba en su imaginación. Aquel rostro podrido en el que brillaban unos ojos demoníacos, ahora fijos en la figura blanca.

Se le antojó que transcurría una eternidad antes de que recobrase el movimiento. Pero para huir tenía que pasar junto a los dos monstruos y eso estaba muy lejos de su ánimo.

Entonces, los dos se volvieron hacia él. Avanzaron paso a paso, lentos, siniestros.

La aparición blanca levantó la cabeza y los brazos, como disponiéndose a atraparlo, y la luz del farol le dio por fin en el rostro.

O en lo que una vez fuera un rostro.

Ahora no era más que putrefacción... y colmillos de lobo.

Colmillos de vampiro.

Barony emitió un alarido y retrocedió a trompicones. Resbaló en uno de los montones de tierra y el farol escapó de sus manos, quedando ladeado en el suelo, fuera de su alcance, mientras los dos aparecidos se acercaban implacables.

Al fin pudo gritar todo el terror que desbordaba de él, y ninguna de las víctimas de la loca había aullado jamás con tanta pavorosa desesperación.

El guerrero tendió las zarpas y antes que pudiera alejarse de ellas, le atraparon por los cabellos. Tiró, casi levantándolo en vilo.

Se debatió horrorizado. La otra garra descarnada se clavó en su hombro, inmovilizándolo, y al conde le hizo el efecto de que le clavaban un hierro al rojo vivo.

El guerrero le elevó en el aire, tirando de su cabeza hacia atrás, doblándole el cuello, con un sonido nauseabundo gorgoteando en su garganta, como si surgiera de un remolino de aguas estancadas.

Barony se debatió débilmente. Sus puños golpearon la cota de malla, lacerándose sin que el monstruo acusara el impacto.

Cuando se dio cuenta, junto a la suya alentaba la fetidez de la boca del otro rostro podrido. Pero al tenerlo tan cerca, vio algo más que los colmillos: vio la sangre que ensuciaba la cara, los cabellos.

Sangre que le había escurrido por el cuello hasta perderse en la túnica.

La boca podrida rozó la suya, deslizándose como un gusano sobre la carroña. Barony se ahogaba.

Entonces los colmillos se hundieron en su cuello, desgarradores, ansiosos de sangre.

Los ojos del conde giraron en las órbitas. El dolor alcanzó cimas de vértigo. Tardó una eternidad en morir, oyendo el nauseabundo sonido.

Oyendo la succión.

SAMANTHA vio los girones de niebla deslizándose a su alrededor tan pronto abrió los ojos. Sintió el azote del viento frío en la cara y en el primer instante no recordó nada.

Luego, sí.

Lo recordó todo y dio un salto, levantándose.

La voz de Max dijo:

—No te alteres, estamos fuera del castillo.

—¡Max!

—Estoy aquí.

Tendió la mano y sujetó la suya para infundirle confianza. Estaba a su lado, pero apenas podía verlo en medio de la bruma y las tinieblas.

—¡Oh, Max, lo que he visto... y John...!

—¿Qué ha sucedido con él, por qué no te acompañaba?

—El..., creo que está muerto.

Tras un silencio, Cameron gruñó:

—¿Le mató un hombre de rostro aguileño, muy pálido?

—No comprendes. No era de este mundo, Max.

—¿Quién no era de este mundo?

Instintivamente, la muchacha se abrazó a él, sollozando histéricamente.

Max le dio tiempo. Quería que se calmara antes de oír la historia de lo sucedido.

Poco después la acució:

—Bueno, ya pasó, linda. Ahora, cuéntame.

Con voz entrecortada, temblando, interrumpiéndose a menudo, la muchacha relató lo que sucediera en aquel antro, y cómo Connors se había lanzado contra el guerrero para que ella pudiera

huir... y el alarido que la persiguió mientras corría escaleras arriba...

—No puedo creer que fuera el hombre que vimos en el ataúd...

—John dijo que era el guerrero del ataúd. Vestía mallas de guerra... y tenía la cara destruida por la descomposición...

—¡Dios! ¿Cómo es posible, qué fuerzas del mal hemos desatado sin saberlo?

—Max, tengo tanto miedo...

—Ahora, yo no tengo menos. ¿Crees que podrás caminar?

—Si es para alejarme de aquí estoy dispuesta a echar a correr.

—Entonces, vámonos.

La tomó de la mano, guiándola en la oscuridad por el camino que descendía por la ladera.

De pronto, ella le espetó:

—¿Es cierto que encontraste un tesoro en un ataúd?

—¿Te lo contó John?

—Sí.

—Es verdad, aunque no pudimos sacarlo. Habrá que volver.

Ella se detuvo en seco.

—¿Quieres decir que volverás a entrar en ese infierno?

—No van a traerme el tesoro a la posada, digo yo.

—¡Pero es una locura!

—Vamos, sigue caminando, Samantha, y escucha; Johnny ha muerto y él vino aquí por ese tesoro. Tengo que conseguirlo, aunque sólo fuera por él. Estoy seguro que si las cosas hubiesen sucedido al revés, Johnny obraría del mismo modo.

—Te atraparán..., tú no sabes lo que es ese monstruo horrendo...

—Ciertamente, no lo sé. Pero el que encontramos estaba perfectamente muerto con el puñal clavado... Y eso debió suceder... por algún extraño sortilegio, el Puñal de Plata debía mantenerle en el mundo de los muertos.

—¿Qué puñal?

—Este.

En la oscuridad, ella apenas captó la increíble riqueza del arma. Max volvió a sujetarlo en su cinturón y siguieron el serpenteante sendero.

Atravesaron el bosquecillo sin hablar, apresurados, oyendo el

zumbido del viento entre el ramaje y el chapoteo de sus pasos sobre la hojarasca mojada.

Cuando dejaron atrás los árboles, la muchacha murmuró:

—¿Tan importante es para ti esa fortuna, Max?

—Esta es toda una pregunta.

—¿Lo es?

—No se trata de la fortuna en sí..., se trata de que el mejor amigo que tuve jamás ha muerto por ella. Y por otra parte la riqueza le permite a uno vivir como le guste...

—¿Cómo quieres vivir tú?

—No como debes imaginar. Todo lo que ambiciono es no tener que depender de nadie, no tener que navegar en un montón de tablas podridas temiendo que se hundan en el momento más inesperado. Ir adonde quiera y cuando quiera... ¡Qué sé yo! Con la riqueza uno alcanza la libertad, eso es lo importante.

—Entiendo...

—¿Es que a ti no te importa el dinero?

—No hasta ese extremo. Hasta el extremo de perder la vida por él, quiero decir.

—Aún conservo la cabeza sobre los hombros. Y continuará ahí después que haya sacado el tesoro del castillo.

Ella no replicó, renunciando a seguir discutiendo.

Hasta llegar a las primeras casas del pueblo la joven no volvió a despegar los labios.

Allí dijo:

—¿Vas a decirle a la gente lo que ha pasado?

—No.

—¿Ni que John ha muerto?

—Esas gentes lo daban por muerto hace días, desde que fue al castillo y no regresó. Existen supersticiones y leyendas que ellos creen sin dudar... y ahora, yo también. En cierto modo, supongo que el hecho de que yo haya regresado les defraudará. Y perderán sus apuestas —terminó, sombrío.

Llegaron a las inmediaciones de la posada y Max comenzó a buscar la llave de la puerta en los bolsillos. Se detuvo en seco.

—¡Maldita sea, la he perdido! —exclamó.

—¿Qué?

—La llave.

Ante la puerta cerrada de la posada aún volvió a tantear los bolsillos uno a uno.

—Habrà que llamar y despertaremos a medio mundo a estas horas de la madrugada...

—No será necesario, señor Cameron.

Samantha dejó escapar un leve grito. Max se volvió y descubrió la negra silueta de Larsen Lakatos, con su capa flotando en torno al cuerpo.

—¡Lakatos! —jadeó.

Tras él sonó un breve chasquido. Estupefacto, vio que la puerta de la posada estaba abierta.

—¿Quién es usted? —balbuceó.

—Larsen Lakatos. He traído el Puñal de Plata.

—Ojalá no lo hubiera encontrado, señor.

—¿Por qué dice eso? Es mi última oportunidad, porque el tiempo acaba esta noche. Después...

—¿Después, qué?

Vio perfectamente el estremecimiento del misterioso señor Lakatos.

—Otra eternidad perdida —le oyó susurrar.

—No le comprendo.

—Y es mejor así.

—Pero yo quiero saber. Usted no sabe lo que ha sucedido allá arriba. Lo que ha costado... Tengo derecho a saber.

La mirada fulgurante del personaje escrutó su rostro unos instantes. Después giró y se fijó en el rostro bellísimo de la muchacha.

—No es una historia alegre —murmuró—. Y menos para oírla una joven tan bella. Aún no me ha dicho usted quién es.

Tras una vacilación, Max gruñó:

—La raptaron las gentes del castillo. Tuve la suerte de liberarla y sacarla de aquel infierno.

—Ciertamente, una suerte inmensa..., nunca sabrá usted cuánta suerte tuvo.

—Sí, lo sé. Pero no fue suficiente para salvar también al amigo de quien le hablé —dijo, rechinando los dientes.

—Él está muerto. ¿Es eso lo que quiere saber?

—¿Cómo los sabe usted?

—¿Importa eso? Deme el puñal..., le he traído el resto del dinero prometido.

Le tendió una bolsa oscura. Max vaciló, pero acabó tomándola para guardarla en un bolsillo.

—¿Qué piensa hacer con el puñal, señor Lakatos?

—Lo verá usted..., si lo desea.

—Usted dio a entender que podría quedármelo.

—Será suyo. Las joyas y mi paga harán de usted un hombre rico.

—Lo seré más cuando haya sacado el tesoro del castillo.

Larsen Lakatos volvió a mirarlo de aquel modo penetrante que producía escalofríos.

—¿Está resuelto a volver a buscarlo?

—No tengo que buscarlo. Lo encontramos mi amigo y yo.

—Tiene usted mucho valor, amigo mío. Un gran valor... Un hombre como usted, merece un premio.

—Usted puede premiarme contándome lo que sabe de este misterio.

Lakatos titubeó.

Dijo:

—Lleve a la bella joven a su cuarto y luego vuelva usted. Se lo contaré... pero ella no debe oírlo..., no debe ver...

—¿Por qué no? Ha soportado pruebas muy duras. Es valiente y equilibrada.

—Llévela a su cuarto, señor Cameron.

—¿Siempre es usted tan inflexible?

Por primera vez desde que le conocía, Max sorprendió una sombra de sonrisa en aquel rostro sombrío.

—En esta ocasión debo serlo por el bien de su hermosa amiga y por su tranquilidad de espíritu. Haga lo que le digo.

Max se volvió hacia la muchacha. Ni siquiera las tensiones vividas, y el terrible cansancio que padecía, habían podido turbar la delicada belleza de su rostro.

—Vamos, te acompañaré, Samantha —murmuró.

Los dos desaparecieron en la oscuridad de la posada.

Larsen Lakatos suspiró. Se volvió en la dirección del castillo y permaneció muy quieto, la mirada fulgurante perdida hacia las sombras, como si a través de ellas pudiera ver la siniestra fortaleza.

No se había movido ni una pulgada cuando Max volvió.

—LE contaré una vieja historia, señor Cameron. Usted puede creerla o no, me es indiferente.

La voz de Larsen Lakatos era monótona ahora, reflexiva.

Max dijo:

—Después de lo que he visto en el castillo, y de lo que ha pasado allí, estoy dispuesto a creer cualquier cosa.

—Pero debe darme el puñal... Por favor.

Tendió la mano. Max se lo entregó, viendo cómo los dedos largos y sensitivos del hombre misterioso lo acariciaban delicadamente.

—Dudaba de que volviera a verlo alguna vez...

—¿Qué significa ese puñal para usted, señor Lakatos?

—Todo.

Hubo un corto silencio. Después, Larsen Lakatos habló:

—La historia se remonta a la fundación del castillo, y con él, del condado de Huntsbrand. Ya que ha estudiado usted el origen de esta fortaleza, sabrá que el primer conde de ese nombre se trajo una bellísima mujer de las tierras de donde él mismo era originario..., una región de los Cárpatos.

—Sé todo eso, como lo que algunas gentes creen aún hoy.

—¿Qué creen?

—Que aquel hombre fue un vampiro.

Larsen Lakatos emitió un gruñido despectivo.

—Los vampiros, amigo mío, no son exactamente como los ha identificado la superstición popular... No, el conde no era un vampiro ni descendía de un linaje de vampiros. El pertenecía a una saga poderosa en Rumania en aquel tiempo, los Huntzinger. La bellísima mujer con quien se casó era la hija de un Vlad Szalasi,

emparentado con otro tan poderoso que su sólo nombre infundía espanto. Poseía poderes misteriosos y era creencia general que esos poderes le habían sido concedidos por el propio Satán.

—Eso es absurdo. Podían creerlo en aquella época, señor Lakatos. ¿Qué tiene que ver con lo que sucede ahora en el castillo?

—Es usted demasiado impaciente... Siguiendo con la historia que tanto desea conocer, le diré que esa unión fue un error. Ella tenía veinte años y el conde cincuenta.

—También me contaron eso —le interrumpió Max—. Ella se enamoró de otro hombre y fueron descubiertos por el conde.

—No fue nada tan sencillo. Se enamoró, ciertamente. Él era tan joven como ella, apasionado, temerario. Se amaron hasta el delirio. Cuando el conde lo supo montó en cólera.

—¿Y...?

Lakatos no replicó. Estaba ensimismado, envuelto en su capa, como buceando en la memoria.

—Les condenó a una muerte horrible. Llegaron mensajeros de la familia de la mujer.

Enviados del Vlad Szalasi para hacerle desistir de su venganza. Nadie lo sabía entonces, pero los miembros de los Szalasi que morían violentamente entraban a formar parte de un círculo terrible... el círculo de lo que ustedes llaman vampiros.

—Ya veo...

Max suspiró. Había esperado otra cosa.

Pero Lakatos prosiguió:

—La mujer fue enterrada viva fuera del castillo, en el cementerio anexo.

—¡Demonios! ¿Y su amante?

Tras un prolongado silencio, Lakatos susurró:

—Logró escapar antes de ser sometido a tortura. Pero la muerte de la condesa desató las iras del Vlad Szalasi. Enfurecido, cubrió al conde con su maldición, y ordenó su muerte. También sentenció al causante de la muerte de su hija, el amante, a no tener reposo ni en este mundo ni en el otro excepto si, en la noche de cada centenario de la muerte de la condesa, podía librarse de la maléfica maldición mediante el Puñal de Plata, símbolo de su poder.

—¿Ese puñal?

—El mismo.

Max suspiró.

—Y usted cree... ¿Qué es lo que cree en realidad?

—Hoy, señor Cameron, esta noche, se cumple otro centenario de la muerte de la condesa.

—¿Cómo puede saberlo con tanta precisión? Además, ¿qué importancia tiene eso en nuestros días?

—El amante, amigo mío, se llamaba Larsen Lakatos.

Max no se cayó de espaldas de milagro.

—¿Quién era, un antepasado suyo? —balbuceó.

—No lo ha entendido. Larsen Lakatos no tuvo descendientes, no tuvo a nadie más que a la condesa. Aquel Larsen Lakatos desdichado soy yo, señor Cameron.

—¿Qué? Por favor, ¿es posible que se haya autosugestionado hasta ese extremo con semejante historia?

—No le pido que crea mis palabras. Sepa tan sólo que usted, al traerme el puñal, ha hecho posible que yo alcance el descanso eterno, y que el maleficio que reina en el castillo muera al mismo tiempo.

—¡Ya puede jurar que no le creo!

—No importa... Le doy las gracias, amigo mío.

Tenía el puñal sujeto con las dos manos. Antes de que Max pudiera sospechar lo que se proponía, apoyó la aguzada punta en su pecho, sobre el corazón, y con un brusco empujón lo hundió brutalmente hasta la cruz.

Max rugió:

—¡Lakatos!

El hombre le miraba con sus pupilas inmensamente abiertas. No había dolor en su expresión, aunque sus labios temblaban ligeramente.

Se precipitó hacia él justo cuando se desplomaba. Sus manos intentaron separar las de Lakatos de la empuñadura del arma, pero éstas resistieron y no pudo ni moverlas.

Y entonces, mientras luchaba por sobreponerse al espanto, vio cómo la piel de aquel rostro se cubría de millares de arrugas y adquiriría el aspecto de un pergamino viejo. Los ojos se apagaban hasta adquirir la fijeza de la muerte y los cabellos se desprendían del cráneo, como arrancados por manos invisibles.

Estaba viendo un anciano de cien años, y el proceso no se

detenía.

La piel siguió arrugándose, se encogió, descubriendo las encías oscuras. Los dientes se desprendieron, pero de la boca abierta aún brotó un ligero soplo:

—Gracias..., amigo..., al fin, la paz...

Todo el cuerpo se contrajo de súbito, empequeñeciéndose, desintegrándose ante sus horrorizados ojos. Las ropas se convirtieron en hilachas primero y en polvo después. Aparecieron los huesos cubiertos aún por jirones de piel reseca, y luego la piel desapareció y de pronto ya no hubo nada, excepto un polvillo grisáceo que revoloteó atrapado por una racha de viento hasta fundirse en la niebla.

En el suelo, limpio, brillante, cuajado de pedrería, tan sólo quedó el Puñal de Plata.

Temblando, entrechocándole los dientes, Max retrocedió a trompicones buscando un lugar donde apoyarse, porque las piernas no le sostenían.

Su mirada desorbitada no podía apartarse del puñal.

Nunca supo cuánto tiempo permaneció pegado de espaldas a la pared de la posada, mordiéndose los labios para no gritar.

Luego, al fin, tambaleándose, fue a donde estaba la daga y tomándola en las manos, la levantó. En la hoja de plata no había una gota de sangre. No había nada.

LA poterna de hierro estaba abierta de par en par, tal como él la dejara al escapar con Samantha en brazos.

Ahora, bajo la luz de un sol pálido y tibio, los alrededores no parecían tan siniestros como durante la noche.

Antes de penetrar en el castillo una vez más, Max Cameron titubeó.

Le había costado sobreponerse al horror del fin de Larsen Lakatos. Asimilar la pavorosa metamorfosis de un hombre convirtiéndose en polvo ante sus ojos, había requerido tiempo y reflexión.

La compañía de Samantha había ayudado, y fue en aquellas horas cuando descubrieron que se amaban, y lo que había nacido en el terror, creció con ternura en el placer.

Al fin, decidiéndose, entró. Ignoraba lo que había podido suceder en la fortaleza, como tampoco sabía si el conde, o la mujer diabólica que infundía tanto espanto al pobre Connors estaban aún allí. Si los encontraba...

Rechinó los dientes y su mano acarició instintivamente el revólver que ahora llevaba en el bolsillo.

Orientándose con calma, llegó a las estancias del castillo donde se habían desarrollado la vida de sus ocupantes. Reconoció el lugar donde el conde le recibiera, pero todo estaba desierto y silencioso.

Buscó una lámpara de petróleo, la encendió y poco después se internaba por las lóbregas escaleras, hundiéndose en las entrañas, donde se había desatado el infierno.

Escuchaba con todos los sentidos alerta, tenso, sin captar ni un rumor.

Se extravió primero, y subió y bajó escaleras llenas de humedad

y silencio. Luego, cuando ya desesperaba, vio una puerta abierta en un pequeño rellano y alumbró el interior de una desnuda mazmorra.

John Connors yacía en el centro hecho un ovillo. Con el corazón golpeándole en la garganta, se arrodilló al lado del cadáver y le dio la vuelta.

Casi se echó atrás al ver la terrible expresión de aquel rostro. Quedaban en él los estigmas del terror, de un dolor indecible, y sus ojos, inmensamente abiertos, parecían ver aún todos los horrores del infierno que había sufrido antes de morir.

Tenía el cuello negro, igual que carbonizado, y las ropas, en el hombro, estaban desgarradas, tan desgarradas como la carne renegrida.

Cuando reaccionó se cargó el delgado cuerpo en el hombro, agarró la lámpara y regresó escaleras arriba.

En el salón que ya conocía entraba el sol por el ventanal de sucios cristales. Depositó el cadáver sobre la alfombra y más resuelto que nunca, volvió a las entrañas de la tierra. Ansiaba encontrar al conde... en su fuero interno habría renunciado al tesoro a cambio de poder matar con sus propias manos a aquel engendro.

Esta vez su sentido de la orientación y la experiencia le ayudaron y así llegó al rellano donde se abría la estancia negra.

Y también allí el horror le paralizó.

Paso a paso se aproximó a la larga mesa. El cuerpo de Cooper, degollado, yacía rígido, con los ojos abiertos, sujeto por las correas.

Le costaba asimilar cuanto veía porque escapaba a la comprensión de una mente normal.

Como era difícil asimilar la muerte de la hermosa mujer cubierta por la túnica negra. Se inclinó junto a ella para examinar de cerca las dos desgarraduras de su garganta.

Y había aún el tercer cadáver, tirado en un rincón, y en cuyo cuello mostraba idénticas heridas que la mujer.

Y estaba la gran copa de oro sucia de sangre tirada en el suelo, y el enorme charco reseco y oscuro... y el cuchillo de curva hoja, y las palabras de Connors resonando en su memoria explicándole en qué consistían las ceremonias que tenían lugar en la estancia negra...

Salió de allí, tambaleándose.

¿Y el conde?

Ese era a quien tenía que cazar.

De pronto cayó en la cuenta de que Barony debía haber descubierto el tesoro. Y si era así...

Se lanzó escaleras abajo, recordando perfectamente el camino ahora.

Vio el suelo revuelto y se dirigió a la cripta. Había luz allí..., una luz mortecina, como de una lámpara casi apagada, pero luz al fin.

Allí estaba...

Empuñó el revólver y atisbo por el arco.

Ciertamente, el conde estaba allí, pero muerto. La luz procedía de un farol caído junto a un montón de tierra.

Desbordado por el alud de acontecimientos. Max se acercó a ese nuevo cadáver que aparecía ante su mirada desorbitada.

Casi estaba seguro de saber cómo había muerto, y cuando vio las dos profundas desgarraduras en su garganta, apenas si se asombró.

Fue al apartarse de él cuando descubrió la enorme losa de piedra tirada contra un montón de tierra. Eso sí resultaba asombroso también, porque era increíble que alguien la hubiera podido arrojar a esa distancia.

Se asomó a la gran fosa.

En el ataúd de madera reposaban los restos del guerrero. Las mallas estaban arrugadas en el fondo, vacías del cuerpo. Un cráneo amarillento yacía de costado sobre la podrida almohada.

Eso era todo.

Larsen Lakatos había dicho la verdad.

Max levantó la tapa del sarcófago y la colocó en su lugar. Luego, volviéndose, examinó el ataúd que sin duda contenía el tesoro origen de toda la pesadilla.

Se sorprendió al descubrir que ya no sentía las poderosas ansias de poseerlo que le habían empujado a emprender esa aventura.

Dejó el farol a un lado y trató de moverlo. No consiguió nada.

Saltó fuera de la fosa buscando el pico. De cualquier modo que fuera lo abriría.

Entonces la vio.

Estaba de pie bajo el arco de la entrada a la cripta.

Blanca, estática, con manchas parduscas en la túnica.

Sintió que se quedaba sin fuerzas a impulsos del terror. No podía apartar la mirada de la blanca aparición, y cuando ella se movió, Max hubiera jurado que ni siquiera tocaba el suelo con los pies.

Al fin pudo retroceder unos pasos a medida que ella los adelantaba. No pensó en el revólver que tenía en un bolsillo. No pensaba siquiera. Era sólo un cuerpo asustado e incrédulo, desbordado por un fenómeno que no comprendía.

Cuando ella estuvo más cerca, le vio el rostro.

Otros antes que él habían experimentado el mismo horror y ahora estaban muertos.

Él lo sintió hasta la última fibra de su carne, y el pánico se adueñó incluso de su sangre y de su mente y fue incapaz de moverse.

En aquel instante, ella descubrió los afilados colmillos.

Y él comprendió.

La comprensión estalló en su cerebro como un deslumbrante cohete y asoció aquella presencia con el relato de Larsen Lakatos, con las desgarraduras de las gargantas que había visto poco antes..., era la hija del Vlad Szalasi, la condesa enterrada viva, muerta violentamente.

Su proximidad nauseabunda paralizaba su voluntad. Inerte, la veía cada vez más cerca y los colmillos diabólicos estaban allí y desgarrarían su garganta hasta matarle...

Sacudió la cabeza, luchando por librarse del terrible influjo paralizante.

Nunca supo si lo habría conseguido o no.

Una extraña sombra se movió en la arcada de la cripta y una voz, como un soplo de viento, murmuró:

—¡A él, no..., déjalo en paz!

La aparición se detuvo, vacilante.

—Ven...

El susurro de nuevo.

Max desvió la mirada. No estuvo seguro, pero por un instante creyó que quien estaba allí, en la penumbra, era Larsen Lakatos.

La aparición blanca giró poco a poco. Tendió los brazos hacia la sombra y caminó hacia ella.

El soplo de viento, la voz, aún dijo:

—Cubre la fosa. Ese oro está maldito y tú ya eres rico. No sigas

tentando al destino..., amigo mío.

La mujer llegó bajo el arco. La sombra que ya estaba allí pareció envolverla, oscureciendo la blanca túnica. Esta pareció diluirse, convertirse en niebla.

Max seguía mirándola fascinado cuando se esfumó y bajo el arco no quedó nadie.

No quedó nada.

Hubo de sentarse sobre un montón de tierra porque las piernas no le sostenían.

Cuando, más tarde, logró reaccionar, agarró la pala y manejándola con frenesí, obedeció a la voz.

Era cierto que sin el tesoro ya era rico.

Y era dueño también de otra riqueza incomparable: Samantha.

Arrojó la pala y corrió escaleras arriba, en busca de la luz, de la libertad, de la paz.

En busca del amor de una mujer.

FIN